

REVISTA DE LAS FUERZAS ARMADAS

No. 56

VOL. XIX

JUNIO Y JULIO DE 1969

RESOLUCION DEL MINISTERIO DE GOBIERNO No. 360

Director Editorial: Tte. Coronel ALBERTO ANDRADE A.

**TARIFA POSTAL REDUCIDA No. 148
DE LA ADMINISTRACION POSTAL NACIONAL**

NIT 60015713

La Revista de las Fuerzas Armadas es órgano de divulgación del pensamiento militar y civil sobre aquellos aspectos, que en una u otra forma tengan relación con los problemas de la Defensa Nacional.

* * *

Se autoriza la reproducción de los artículos editados, siempre que se haga mención de la Revista de las Fuerzas Armadas.

* * *

Las ideas o tesis expuestas por los autores de los estudios que se publiquen serán de su exclusiva responsabilidad y no reflejan necesariamente, el criterio de los Altos Mandos.

Suscripciones, Propaganda, Canjes: Edificio del Ministerio de Defensa Nacional - C. A. N. - Oficina No. 505 - Avenida Eldorado. Teléfonos: 44-43-04 y 44-40-20. Extensión 225

Sus COLABORACIONES
envíelas directamente al APARTADO AEREO No. 8176, Bogotá, D. E.

E. C. COLOMBIA

CONTENIDO:

	Pág.
Presentación.	
Tte. Coronel Luis A. Andrade Anaya	159
Francisco de Paula Santander.	
Tte. Coronel Camilo Riaño	167
José María Córdoba.	
Brigadier General Alvaro Valencia Tovar	173
Fray Ignacio Mariño.	
R. P. Roberto M. Tisnés J. CMF.	183
Pedro Fortoul.	
Tte. Coronel (R) Alberto Lozano Cleves	193
Antonio Morales Galavis.	
León Jaime Zapata García	199
J. A. Arredondo Martínez.	
Mayor Ramiro Zambrano Cárdenas	211
Joaquín París.	
Capitán (R) Elías Escobar Salamanca	221
Antonio Obando.	
José María Baraya	231
Juan José Reyes Patria.	
Ramón C. Correa	245
Antonio María Durán.	
Tte. Coronel Alberto Andrade A.	257
Juan José Neira.	
Capitán Roberto Ibáñez S.	269
Policarpa Salavarrieta.	
Joaquín Piñeros Corpas	281
Antonia Santos.	
Horacio Rodríguez Plata	287
Antonio Nariño.	
Carlos Restrepo Canal	307
Francisco Antonio Zea.	
Fr. Alberto Lee López	315
José Prudencio Padilla.	
Cap. de Corb. Enrique Román Bazurto	325
Discurso del General (R) Julio Londoño	335
Discurso del General Jaime Durán Pombo	339
Guía de Anunciadores	343

Presentación

La Revista de las Fuerzas Armadas cumple con su propósito de presentar una serie de bocetos biográficos de los principales héroes neogranadinos de nuestra guerra de emancipación, no obstante que algunos de ellos no hubieran participado directamente en la Campaña Libertadora, cuya conmemoración estamos emocionadamente celebrando.

En esta forma se contribuye al conocimiento de nuestros próceres, cuya vida es ejemplo de patriotismo, de desprendimiento, de abnegación y de amor a la libertad.

Para quienes ejercemos esta nobilísima profesión de la Milicia, nada puede resultarnos tan importante y aleccionador como el recuerdo, y el examen de la vida de estos ínclitos varones que todo lo sacrificaron y todo lo entregaron para realizar sin timideces el supremo ideal de la libertad como condición indispensable para la estructuración independiente de la Patria.

Porque este legado inapreciable nos compromete con la Historia. El papel de las generaciones se va recogiendo capítulo a capítulo en las grandezas y en las pequeñeces de su acción. Y esas mismas generaciones así sumadas en el esfuerzo, van perfilando los

rasgos fundamentales de la nacionalidad. Y es el Ejército de la República precisamente, complementado posteriormente por las otras Fuerzas Militares, el que ha mantenido una mayor continuidad histórica con su presencia siempre activa en el proceso evolutivo de nuestra formación independiente.

Primero fue esa montonera heterogénea de valientes que sin disponer de los medios materiales exigidos por la magnitud de la empresa que se propusieron realizar, pero con una mística incontenible y casi inimaginable, cumplieron el prodigio de redimir la Patria.

Y si en los años siguientes a esa época quizá sus actividades no se concilian con la exacta dimensión de su grandeza, es lo cierto que de las filas de ese menegado Ejército lo mismo salieron Magistrados y los Legisladores, los grandes del pensamiento y los guerreros, que en las contiendas fratricidas o en los intermedios de la paz, fueron delineando la nueva fisonomía de la nación independiente.

Repasar, pues, los capítulos de la Historia Patria y examinar en el recuerdo la postura viril de sus principales protagonistas, es quizá lo más importante y lo más positivo de esta remembranza biográfica a que se consagra nuestra Revista.

Todos ellos fueron hombres y como tales pudieron cometer errores, pero estos se empequeñecen si se comparan con la grandiosidad de sus acciones positivas. No nos detenemos pues, en el análisis de los primeros no porque queramos ignorarlos sino porque consideramos apenas oportuno saber de lo que fueron capaces al entregarnos, como el mejor de los legados, nuestra propia capacidad para auto determinarnos en el concierto de los pueblos libres.

Igualmente, consagramos algunas páginas a exaltar la figura de la mujer representada en estas dos estampas extraordinarias de Policarpa Salavarrieta y

Antonia Santos, quienes representan la más auténtica expresión del sentimiento popular, valeroso y altivo, contra lo que consideraban lesivo para su derecho y para su dignidad. En su recuerdo emocionado están las madres, las esposas y los hijos, de la bendita generación de la independencia.

Gracias sean dadas a los muy destacados escritores colombianos que quisieron honrar nuestras páginas con el brillo de su inteligencia y con la pureza de su estilo, para que nuestro homenaje a los próceres estuviera a la altura de su significación.

Tte. Cor. Luis Alberto Andrade Anaya
Director Revista de las Fuerzas Armadas



TRANSPARENCIA: CORTESIA CORPORACION NACIONAL DE TURISMO

TRAVESIA DEL EJERCITO LIBERTADOR POR EL PARAMO DE PISBA



FRANCISCO DE PAULA SANTANDER

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER

Por el Teniente Coronel CAMILO RIAÑO

SUS PRIMEROS AÑOS

Entre los varones ilustres que han honrado a Colombia con su talento y servicios destacados, el General **Francisco de Paula Santander** ocupa sitio especial por su relievante contribución a la causa de la independencia y en la organización de la República.

Nació en la Villa del Rosario de Cúcuta el 2 de abril de 1792 y desde muy niño fue llevado a Santafé en donde siguió su carrera de derecho en el histórico colegio de San Bartolomé.

SU PARTICIPACION MILITAR EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Pero el movimiento independiente del 20 de Julio de 1810, vino a interrumpir sus estudios de manera definitiva, pues, el joven Santander, atendiendo al llamado de la patria, se incorporó inmediatamente como abanderado en el Batallón de Guardias Nacionales que se organizara en la capital.

Como todos los prohombres de la época, participó en las guerras civiles

de la Primera República en el bando centralista y luego en el federalista. Prisionero de Nariño el 9 de enero de 1813, fue libertado poco después y destinado por el Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada a prestar sus servicios en el Ejército del Norte.

Encontrándose en Ocaña, cuando las columnas invasoras de Morillo penetraban en el territorio nacional, Santander con hábil maniobra estratégica se unió al ejército que a órdenes del General Custodio García Rovira conformaba la 1ª línea de defensa y como su segundo jefe actuó en la desastrosa batalla de Cachirí (febrero de 1816). A raíz de la derrota se retiró con Serviez a Casanare en donde fue nombrado comandante del ejército que operaba en los Llanos.

Depuesto del mando por un motín encabezado por el Comandante José Antonio Páez, continuó prestando sus servicios a órdenes de este y como jefe de una columna del ejército participó en la acción de Yagual en donde demostró extraordinario valor. Se in-

corporó luego a las huestes de Bolívar en Angostura quien lo nombró Subjefe del Estado Mayor General y como Jefe Encargado del mismo participó en la campaña de 1818 en Venezuela.

Interesado por la libertad de su patria logró que Bolívar lo destinara, en agosto de este año, como comandante de una agrupación militar que debía organizarse en Casanare con el nombre de Vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada. Llegado a la provincia granadina en noviembre, desplegó sus admirables dotes de organizador e instructor de tropas que le permitieron presentar a Bolívar, el 12 de junio de 1819, un lucido cuerpo que como vanguardia del ejército estuvo presente en todas las acciones de la Campaña Libertadora de nuestra patria. Logró Santander derrotar a los españoles en Paya y ser factor decisivo en Gámeza, Vargas y Boyacá. La vanguardia granadina y el apoyo de los pueblos al Ejército Libertador, materializado en guerrillas y ayuda económica, posibilitaron el triunfo de las armas patriotas.

SU ACTUACION COMO VICE-PRESIDENTE, ENCARGADO DEL PODER EJECUTIVO

Terminada la campaña, Santander fue nombrado Vice-presidente de Colombia, la grande. Si su carrera militar se truncó con esa determinación de Bolívar, confirmada más tarde por el Congreso de Cúcuta, su obra como organizador de la República y como motor del esfuerzo logístico en apoyo de los ejércitos que combatían en Vene-

zuela, en el Ecuador y en el Perú lo consagran como creador de la República y como uno de los Libertadores de Suramérica. Con razón le dijo Bolívar: "El ejército en el campo y V.E. en la administración son los autores de la existencia y de la libertad de Colombia. El primero ha dado la vida al suelo de sus padres y de sus hijos y V.E. la libertad, porque ha hecho regir las leyes en medio del ruido de las armas y de las cadenas. V.E. ha resuelto el más sublime problema de la política: si un pueblo esclavo puede ser libre".

La obra de Santander en este período no tiene par en nuestra historia puesto que la estructura de la República que él organizara subsiste incólume. Su preocupación constante por sentar las bases definitivas de nuestro sistema republicano y democrático en todos los órdenes y su diligencia y firmeza para secundar la política del Libertador hacen imperecedera su obra de gobernante.

SU DESTIERRO

A raíz del execrable atentado contra la vida del Libertador-Presidente, el General Santander fue sometido a un inicuo proceso en el que se buscó a toda costa implicarlo en el intento de magnicidio y condenarlo a muerte. Pero al grande hombre, a quien lo caracterizaban sus profundas convicciones republicanas y democráticas, no le pudieron comprobar ninguno de los cargos y, antes bien, el proceso demostró que, aunque sus ideas políticas no eran acordes con las del Libertador,

había mantenido siempre una intachable lealtad al héroe americano.

Sin embargo, se le condenó al destierro, que aprovechó para visitar a Europa y Estados Unidos en donde dejó la más grata impresión dentro de los altos círculos sociales, intelectuales y políticos que frecuentó.

LA PRESIDENCIA DE LA NUEVA GRANADA

Sus excepcionales condiciones de hombre de estado hicieron que, desmembrada la República de Colombia, los granadinos llamaran a Santander a ocupar la primera magistratura. Se posesionó de ella el 7 de octubre de 1832 para el período que finalizaba y luego, el 1º de abril del año siguiente, para el período constitucional de cuatro años.

A pesar de los múltiples inconvenientes de orden político y económico, debido a las divisiones existentes y a la precaria situación del país, realizó una *administración progresista* en la cual continuó la obra que llevara a cabo durante la Gran Colombia.

SU LABOR PARLAMENTARIA Y SU MUERTE

Retirado de la presidencia ocupó su curul en la Cámara como jefe de la

oposición al gobierno de Márquez, su sucesor, desde donde desarrolló una gran actividad parlamentaria y se defendió de los múltiples ataques que le hicieron sus enemigos políticos. Una enfermedad del hígado agravada por los disgustos que le ocasionaran dichos ataques lo llevó a la tumba en Bogotá, el 6 de mayo de 1840.

El pueblo capitalino tributó al héroe y estadista uno de los mayores homenajes que se conozcan en la historia de Colombia.

LO QUE SANTANDER REPRESENTA PARA LOS COLOMBIANOS

El General **Francisco de Paula Santander**, es quizá el hombre más representativo de nuestra patria. Su activa participación en la guerra magna, su decisiva actuación en la Campaña Libertadora de 1819, su inigualable gestión administrativa como gobernante probo y progresista, su inequívoca posición democrática, su lealtad incommovible a la constitución y a las leyes de la República y su extraordinario valor civil, hacen de él el modelo de magistrado y la más alta figura del patriota.

El pensamiento de Santander es y será para Colombia insustituible norma de vida republicana.

KARD · · VEYER

RECORDS RETRIEVAL REPORT

¿Puede Ud. controlar el crecimiento de sus registros de tarjetas vitales?

One hundred identification photos to a tray. Twelve trays to a cabinet. Twenty-five cabinets. The Criminal Record and Identification Division of the Wilmington, Delaware Police Department was just plain running out of room. Besides, the cards became loose, dog-eared, hard to keep current.

That's all changed now. The Department's KARD-VEYER system holds 75,000 photocards, any one of which can be retrieved in seconds. The unit is now one-third

full and will accommodate a ten year expansion with no additional space.

Does it take valuable time to fish the right record out of your files? Do you tie up personnel as much as a week out of every month filing new cards that keep stacking up? There's a better, push-button way that narrows your search instantly to groups having similar physical characteristics and methods of criminal operation. The right card is right at your fingertips.

Filing new cards is an electronic breeze.

Take a good hard mug-to-mug look at your C. R. I. filing system. There must be something better. There is, and Remington Rand has it. Put a tracer on your Records Retrieval Specialist: he's in your phone book under Remington Rand.

REMINGTON RAND
OFFICE SYSTEMS DIVISION

Averigue Ud. ahora si su actual archivo de tarjetas está trabajando para Ud. o en contra suya.

No more flipping thru the mug file in Wilmington, Del.

Kard-Veyer® gets its man in seconds.

SI UD. SUFRE CUALQUIERA DE ESTOS PROBLEMAS, UD. NECESITA LOS BENEFICIOS DE LA AUTOMATIZACION



★ REMINGTON RAND COLOMBIANA S.A.

★ SPERRY RAND





JOSE MARIA CORDOBA

JOSE MARIA CORDOBA

Por el Brigadier General ALVARO VALENCIA TOVAR

La mañana de Ayacucho, fría y transparente en el retazo de pampa enmarcado por cumbres adustas, encuentra el formidable ejército español adueñado de las alturas. Son 9.310 hombres entre peninsulares y peruanos, espejismo brillante de una época que desaparece, poderosa aún en la esplendidez virreinal de formaciones cargadas de tradición guerrera. El propio Virrey Laserna, Teniente General de los Ejércitos reales, comanda en jefe. José de Canterac dirige su estado mayor. Los Mariscales de Campo Valdés, Monet, Villalobos y Carratalá mandan respectivamente las divisiones derecha, centro, izquierda y reserva, destinada la primera a la maniobra de flanco que el mando español tiene en mente. El Brigadier Valentín Ferraz se halla al frente de la caballería, el Brigadier don Fernando Cacho de la artillería, y el Brigadier Manuel Atero del Cuerpo de Ingenieros.

Ante aquel conjunto impresionante de tropas veteranas que ennoblecen su

trayectoria con una constelación de triunfos en suelo peruano, alinean los 5.780 hombres del general grancolombiano Antonio José de Sucre. Un hábil juego de maniobras sutiles han servido de antesala a la batalla, y el señuelo de las alturas, audazmente cedidas por Sucre a trueque de la llanura baja pero espaciosa, cristaliza la determinación de los dos contendores de definir allí la extenuante campaña iniciada a raíz del descalabro realista de Junín.

Lateralmente, el campo de batalla resulta estrecho para el ejército español, lo que permite a Sucre neutralizar la inferioridad numérica de sus fuerzas, colocando su débil Legión Peruana al mando de La Mar a la izquierda, frente al temido Valdés, en tanto la división Córdoba a cuatro batallones y dos cuerpos de caballería se sitúa a la derecha, dando frente simultáneamente a Monet y Villalobos. **Bogotá, Voltigeros Pichincha y Caracas**, son los bloques de acero que aguardan en columnas profundas apoyadas en

ambos flancos por dragones a caballo, formación esta llamada por el propio Córdoba "a la francesa". Más atrás, sobre el borde mismo de la meseta, alinea la reserva a órdenes del General Jacinto Lara.

Monet tiene la hidalguía castellana de avanzar hasta medio campo y anunciar a Córdoba con voz poderosa que la batalla va a comenzar. Valdés desciende, el primero, impetuosamente, y carga sobre la Legión Peruana que vacila. Luego Monet y Villalobos acompañan el movimiento. Toda la línea realista progresa en una gran masa impresionante. Sucre había anticipado el desarrollo de la Batalla y espera. Una quebradura del terreno habrá de desordenar las formaciones hispanas. No importa que la Legión Peruana amenace quebrarse en pedazos ante la acometida de Valdés. Las Batallas tienen un instante crucial, y Sucre lo aguarda, con esa mezcla de fe, clarividencia y determinación que convierte a un hombre en General. Y ese clímax llega cuando el frente enemigo trata de rehacerse sobre el borde delantero de la hendidura, y el Batallón del Coronel Rubín de Celis, desprendiéndose inexplicablemente de la División de Villalobos, cruza de lado a lado el campo, en movimiento alocado y heroico, para deshacer el flanco tambaleante de la Legión Peruana.

La voz serena de Sucre llega hasta Córdoba ordenando la carga. La densa masa de la Segunda División se pone en marcha. El joven general la precede, erguido, sobre su caballo de guerra.

! "División, armas a discreción, de frente, paso de vencedores"!

La voz, vibrante como un clarín, es un reguero de llamas que incendia a los combatientes colombianos. Comienza la carga. La banda del Batallón Volátiles lanza al viento los aires de un bambuco que sustituye al himno, inexistente aún, de aquella patria que nace a golpes de bayoneta y lanza. Rubín de Celis, tomado por el flanco es vuelto trisas. En las primeras líneas de Monet y Villalobos, las bayonetas silenciosas penetran como hierro incandescente. Cuando se empieza a disparar, el desastre español es un hecho irreversible que el Brigadier García Cúmba, de la caballería realista, describe en dos líneas mortales:

"Resultado tan rápido como terrible e inesperado produjo grandísima sensación en el Ejército real".

Lo que sigue es el agrietamiento final, el derrumbe, la desintegración de ese ejército. Sobre los hombros de Córdoba, planta Sucre sus propias charretas de General de División, en el más hermoso ascenso que pueda recibir un hombre de armas, y Ayacucho pasa al libro de la historia resumido en una desconocida voz de mando y en la semblanza heroica de un comandante divisionario de 25 años...

Así culmina la espectacular trayectoria guerrera de José María Córdoba, iniciada diez años atrás en la Academia Militar fundada por Juan del Corral, el momposino que rigió los primeros destinos de la provincia antioqueña. Bajo la dirección científica del Coronel de Ingenieros Francisco José

de Caldas, y la maestría profesional del Teniente Coronel Manuel Roergas de Serviez, el Cadete Córdoba recibe las primeras lecciones militares. Su destino y el de aquel brillante oficial galo de la revolución y del Primer Imperio, han de entremezclarse más adelante, para dejar en el aprendiz de combatiente una huella perdurable.

1815. El Coronel español Don Aparicio Vidaurrázaga, precedente del sur, ha ocupado a Popayán el 29 de diciembre anterior, y el Cauca, que ya presenció el bizarro paso del Ejército cundinamarqués al mando del Caballero Andante Don Antonio Nariño, y su desastre en las goteras de Pasto, siente de nuevo en su suelo la planta del conquistador. Del Ejército Cundinamarqués subsistió un núcleo de alguna consistencia que, ahora a órdenes de Cabal, se apresta a hacer frente al español. Allí arriban, una columna de Antioquia en la cual milita el joven Cadete de 16 años José María Córdoba, y una fuerza reducida al mando del Coronel Serviez, enviada por Santafé. Las dos trayectorias vuelven a encontrarse. El antioqueño, ascendido a Subteniente, pasa a órdenes del francés, y el 5 de julio se bate con un valor que habría de ser en adelante el sello distintivo de todos sus actos, contribuyendo a la victoria del río Palo, en la que es batido Vidaurrázaga. José María Córdoba recibe su ascenso a Teniente en el campo de batalla, confirmado luego con fecha 15 de agosto de 1816. Para entonces, el ejército patriota ha tomado a Popayán, y el Teniente Córdoba, siempre a órdenes de Ser-

viez, regresa a Santafé, cuando ya las viejas murallas de Cartagena se llenan de cicatrices heroicas en el asedio de Morillo.

1816 es año de catástrofes. Los noveles ejércitos republicanos son pulverizados en todas partes por las formaciones que vienen de batir a los mariscales de Napoleón en la península. Cachirí al norte, Cuchilla del Tambo y La Plata al sur, constituyen otros tantos dramas finales del derrumbamiento que entrega el amplio panorama de la Nueva Granada a los realistas. Serviez, comandante en jefe de los últimos restos del ejército insurgente, abandona Usaquéen el 5 de mayo, víspera de la entrada a la capital del hidalgo General don Miguel de La Torre.

La retirada a Casanare con Serviez, enseña al joven teniente de 17 años las peripecias de reveses continuados, que forjan el ánimo y templan la reciedumbre de una voluntad guerrera. En la cabuya de Cáqueza están a punto de ser copados. El propio General La Torre acosa los fugitivos en el descenso al llano, y trata de obligarlos a una acción decisiva en Ocoa y Upía. Por fin, el maltrecho grupo alcanza Pore, y acaba por incorporarse a Urdaneta el 1º de julio.

No terminan aún los infortunios patriotas. El valiente General Serviez, espléndido arquetipo militar de una era que se extingue con los últimos cuadros del Imperio Napoleónico, libra en suelo llanero sus últimas acciones, comandando el 2º escuadrón de caballería como subordinado del Gene-

Tejidos

Leticia Ltda.

♦ PAÑOS

♦ MANTAS

♦ RUANAS

♦ PONCHOS

♦ HILAZAS

DE

LANA

MEDELLIN

BOGOTA

CALI

ral Páez. José María Córdoba, hace armas como Capitán en aquellas móviles fuerzas de venezolanos y granadinos, hasta que Serviez, fatigado e incomprendido, retírase en forma transitoria del mando, y es asesinado oscuramente.

En el llano conoce el Capitán Córdoba a un joven Coronel granadino de 24 años, a quien ha de unirle en lo sucesivo una profunda amistad: Francisco de Paula Santander. La nutrida correspondencia que habrá de cruzarse más tarde entre las dos figuras más destacadas del panorama militar granadino, traza perfiles de singular trascendencia histórica y psicológica.

1817. El ejército a órdenes de Páez conoce días aciagos. El caudillo llanero no habla otro lenguaje que el de su peculiar concepción de la guerra y de la vida recia y brava a lomo de caballo. Disgusta con Santander, con Córdoba, con quien no tenga como él, la llanura brava como único horizonte. El Capitán antioqueño abandona aquel campo de cimarrones, con ánimo de incorporarse a Bolívar en la Guayana, como ya lo han hecho antes que él varios de sus coterráneos granadinos. La justicia de Páez es incisiva y dura. Capturado Córdoba, es atado a un árbol y está a punto de ser alanceado. Se salva, posiblemente bajo el influjo del prestigio que irradia de su fuerte personalidad, aún en el medio indómito y violento donde se forja la caballería que más tarde habrá de cubrirse de gloria.

El 18 de enero combate en Mucuritas contra el propio La Torre y sabo-

rea una vez más la casi olvidada embriaguez del triunfo. En junio consigue su traslado al Cuerpo de Bolívar, quien lo incorpora al Estado Mayor, le reconoce el grado de Capitán e intuye en él los positivos y recios valores que habrán de ponerse en evidencia a lo largo de la ruta que conducirá a Ayacucho. Después de participar en la campaña de 1818 contra Morillo, año este de fortuna alterna para las armas republicanas, Córdoba es ascendido a Teniente Coronel en Angostura el 14 de febrero del 19.

En Rincón Hondo se pisa la antesala de la libertad. Santander enviado por Bolívar con el grado de General de Brigada para asumir el mando político y militar de Casanare, ha ejecutado una brillante maniobra frente a Barreiro, que hace saltar una nueva chispa en el cerebro del Libertador: el 28 de mayo, en la aldea de Setenta, se toma en asamblea de jefes la decisión histórica de abrir la campaña sobre la Nueva Granada.

El Teniente Coronel Córdoba es ahora Jefe de Estado Mayor de la División comandada por Anzoátegui. Se cruza el Arauca turbulento entre el 4 y el 5 de junio. Por la sabana inundada avanza el ejército semidesnudo. En Fore se encuentran las divisiones, fundiéndose en un solo cuerpo desastrado de infantes y jinetes. Como en la Campaña admirable de 1813, este 12 de junio del 19 sienta un hito de oro en el alumbramiento común de Colombia y Venezuela al universo de la libertad. Un trapo, un sublime trapo descolorido por la lluvia y el sol, desflecado en

Cuéllar, Serrano, Gómez y Cía. Ltda.

arquitectos, ingenieros.

bogotá, d. e. — colombia.

miembros:

s. c. a., s. c. i., andi y camacol.

CAMILO CUELLAR TAMAYO
GABRIEL SERRANO CAMARGO
JOSE GOMEZ PINZON
GABRIEL LARGACHA MANRIQUE
ERNESTO CUELLAR TAMAYO
GUILLERMO ROMERO LEON

CARRERA 10a. No. 16-39 PISO 15
EDIFICIO SEGUROS BOLIVAR
APARTADO AEREO NO. 3527

viajes y batallas, se hunde en la altura, empuñado por algún llanero hercúleo, erguido, sobre su caballo, como escultura de bronce. Es el tricolor de la Patria naciente.

El 27 ha cerrado la retaguardia de Anzoátegui en Morcote. El 28 Santander con la Vanguardia ocupa a Paya, forzando el trincherón. Se amaga hacia Labranzagrande, pero se rompe el cinturón andino por el páramo de Pisba, en hazaña memorable deja un reguero de vidas, de sudor y de angustia sobre el sendero escabroso, envuelto en neblinas de hielo.

Corrales, Tópaga, Gámeza, Paipa, Duitama, Bonza, señalan las maniobras y encuentros preliminares de los dos ejércitos que se miden y observan mutuamente. Barreiro no se compromete. Espera, interceptando los caminos que conducen a Santafé. Juega un poco a la cacería del ratón, con aquel harapiiento manojó de esqueletos aún heridos por el páramo, y a quienes visten las gentes con sus propias ropas campesinas.

En el Pantano de Vargas, el bizarro jefe español sufre cruel bofetada en el rostro. Catorce lanzas llaneras le han arrebatado la victoria que creía segura. El 5 de agosto, Bolívar en desconcertante maniobra nocturna, cae sobre Tunja y se instala en la retaguardia realista, Barreiro, alterado en su equilibrio psicológico, se precipita a la destrucción. Tras recia y veloz batalla decisiva sobre las márgenes del Teatinos, José María Córdoba es ascendido a Coronel.

El 14 de agosto, Anzoátegui y Córdoba llegan a Honda, pero el Virrey Sámano, con su negra conciencia de crímenes, ha escapado hacia Cartagena. El joven Coronel es destacado a la provincia de Antioquia. La libera y gobierna hasta mediados de 1820, cuando recibe órdenes de proseguir hacia Cartagena, que cae en manos patriotas el 10 de junio de 1821.

La gloria, sin embargo, está al sur, y hacia allá se encamina el Coronel Córdoba, vía Panamá que se independiza y anexa a Colombia el 17 de enero de 1822. El viaje es toda una trágica odisea. De los 685 hombres que abordaron en Panamá el "Alto Magdalena" apenas 160 alcanzan al General Antonio José de Sucre en marcha hacia Quito en abril del mismo año.

El 24 de mayo, ante la mirada expectante de los quiteños, Sucre libra la batalla de Pichincha, en las propias goteras de la antigua capital. Córdoba comanda una magra División integrada por los Batallones Alto Magdalena y Yaguachi, ecuatoriano el último. En momentos en que el Coronel español Nicolás López resuelve asestar el golpe final a los independientes, Sucre ordena a Córdoba cargar. Las cargas definen batallas, y Pichincha se decide con el bravo empuje del joven Coronel que atropella las formaciones enemigas, penetra a la ciudad, acorrala al adversario en el fuerte de Panecillo, y tan solo cobra aliento cuando el tricolor colombiano ondea sobre la Recoleta de La Merced.

Los destellos de Pichincha y Ayacucho han situado en la penumbra los

hechos guerreros de Córdoba en los años 1822/23. Tampoco permite el alcance de un simple trazo biográfico adentrarse en la brillantez de acciones selladas por el arrojo, la audacia y el valor temerarios que signan perdurablemente la más breve y heroica trayectoria militar de un General colombiano. Al día siguiente de la victoria de Pichincha, Córdoba rendía al Batallón Cataluña, despachado desde Pasto por Basilio García en ayuda de los realistas. El 23 de diciembre, conquistaba las charreteras de General de Brigada -Pichincha ya las había merecido- en la acción, verdadera batalla, del Guátara y cuchilla de Taindala, librada a órdenes de Sucre contra los realistas, pastusos y patianos, acaudillados por Jacinto Boves, y en la que, con un audaz movimiento de flanco, y otra carga legendaria, Córdoba abre la ruta hacia el triunfo.

El General regresa a la guerra en septiembre de 1823 después de breve y para él tedioso contacto con cargos administrativos en la capital de Cundinamarca y de la Gran Colombia, primero como Comandante General del Departamento y luego como Ministro Militar para la primera Corte Marcial fundada en Colombia. Nombrado comandante de Popayán, por Santander, abre campaña sobre Pasto, por la ruta saturada de historia trágica y sombría para las armas patriotas. Triunfa en altos de Tácines y Cebollas el 9 y 11 de octubre. Casi envuelto en el cañón del Juanambú se abre paso el 12, y termina por batir al legendario Agualongo el 30 de noviembre en el

pueblo de Veinticuatro. El 5 de febrero del año siguiente alcanza Guayaquil. A sus espaldas quedan los pastusos, sometidos por primera vez.

1824, con Junín y Ayacucho es el año de la libertad y de las más altas glorias, pero la guerra aún se prolonga con la expedición del Alto Perú, que apenas culmina el año siguiente con la victoriosa entrada del Libertador a La Paz, rendida por Córdoba el 24 de marzo.

La guerra ha terminado. Los hombres que la libraron bravamente inician el retorno. El humo de la batalla comienza a disiparse. Se acallan las marchas militares y con ellas los ecos de los vótores, que saludan en las calles engalanadas el regreso de los héroes. Lo que sigue a las grandes victorias es el lento eclipse de los hombres que las ganaron, siguiendo en veces un trágico destino, sumergiéndose otras en la melancolía del inevitable crepúsculo.

Para Córdoba habría de llegar como epílogo de una batalla, irremisiblemente perdida desde antes de librarla. No habremos de penetrar en esta ocasión en las complejas circunstancias que situaron allí al héroe espléndido, al subordinado leal y al amigo del Libertador, que a su lado hizo sus últimas armas en la campaña del sur, de 1829, contra López y Obando. En Santuario, sobre un fragmento de su propia tierra natal, pisando apenas el filo de la tercera década de su vida, José María Córdoba siente por primera vez la pesadumbre de una gran derro-

ta: la última. "Si es imposible vencer, no es imposible morir", dice. Y muere, herido en el combate adverso. Un irlandés bestial descarga en la noble cabeza los sablazos asesinos. La noche eterna cae sobre el guerrero, mientras de sus labios escapan, inaudibles casi para quien las registró en la his-

toria, tres palabras desfallecientes: "PATRIA... GLORIA... AYACUCHO".

Atardece el 17 de octubre de 1829; José María Córdoba había visto la luz de la vida, el 8 de septiembre de 1799, en Concepción, poblado de la misma comarca y de la misma Patria que ahora recibía su último aliento.

EL MUSEO DEL ORO DEL BANCO DE LA REPUBLICA

ESTA ABIERTO PARA EL PUBLICO EN GENERAL, CON EL
SIGUIENTE HORARIO:

DE MARTES A SABADO. DE LAS 10:00 A. M. A LAS 7:00 P. M.

DOMINGOS Y DIAS FERIADOS DE LAS 10:00 A. M. A LA 1:00 P. M.

La entrada tendrá el valor de \$ 2.00 (Dos pesos m/cte.), suma que será destinada a obras para la protección de la niñez.

Los colegios y centros educacionales en general, se recibirán únicamente con cita previa, convenida con anterioridad, en la Sección de Extensión Cultural del Museo del Oro (Tel. 42-84-50) y no pagarán entrada.



FRAY IGNACIO MARIÑO

FRAY IGNACIO MARIÑO OP.

Por el R. P. ROBERTO M. TISNES J. CMF.

Nos hallamos a pocos días de la conmemoración sesquicentenario de la Batalla de Boyacá, hecho trascendente no solo para Colombia sino para todas las naciones bolivarianas.

Porque el descalabro del ejército español, en Boyacá, tuvo consecuencias que no escaparon al talento y sagacidad de don Pablo Morillo que supo adivinar la significación extraordinaria de un hecho de armas nunca comparable, ejempligracia, a la batalla del Pantano de Vargas, y sin embargo, de una resonancia continental.

A este exaltante triunfo contribuyó toda la Granada. Y esto desde antes del 20 de julio de 1810, porque los grandes sucesos de la Historia no se presentan de repente, sino que se van gestando a veces a lo largo no ya de decenas sino de centenares de años.

Todos los estamentos sociales granadinos concurrieron, con una sola voluntad, al éxito de la gesta emancipadora: el pueblo, los dirigentes, los eclesiásticos. Hombres, mujeres de todas las clases sociales y de todas las pro-

vincias, ofrecieron su desinteresado y patriótico aporte a lo largo de los años de la primera república, y después de de la reconquista española, en los días de la prueba, del dolor y de las lágrimas, de los destierros y cadalsos...

También el clero se hizo presente en esta hora gloriosa y trágica de la Patria. Y en consonancia con su significación en la sociedad de aquella época, trabajó y luchó en aquellos años heroicos y de todos los modos y maneras, en pro de la granadina libertad.

Vamos a verlo, así sea rápidamente, en el siguiente esbozo histórico. Porque en verdad su labor da materia para libros enteros que esperamos poder leer muy pronto.

Y vengamos ya al tema enunciado.

Clero realista y clero patriota.

Y ante todo despejemos una duda. ¿Por qué alguna parte del clero fue partidaria del Rey, y la mayor parte, partidaria de la libertad?

Por una sencilla razón: por la influencia que ejercía el poder real en

la Iglesia y consiguiente en el clero, a través del Patronato que le fuera concedido por los Papas.

Además, existía en aquellos tiempos la opinión de que el Rey era el representante personal de Dios y que en consecuencia cualquier insubordinación contra él, lo era contra el mismo Dios.

Estas teorías influyeron profundamente en la actuación de unos y de otros. En consecuencia, si alabamos y admiramos a quienes se enfrentaron al modo general de pensar y actuar, no podemos olvidar a quienes creyeron cumplir su deber obedeciendo al Rey, en quien veían poco menos que al mismo Dios en persona.

Además, como puede cualquiera adivinar, el clero llano estaba sujeto a los Obispos, y estos eran designados por el mismo Rey, al que prometían fidelidad y obediencia. De aquí que casi toda la jerarquía americana fue realista a todo lo largo de la independencia.

Tiempos pre-independientes.

Desde estos tiempos empieza a actuar el clero granadino. En él van a influir en orden a la independencia las mismas causas que en los demás próceres. Causas internas y externas, provenientes de la misma América o de España y de otras naciones. Tales fueron las doctrinas de Santo Tomás y de Suárez enseñadas en los colegios y universidades y según las cuales Dios otorga el poder a través del pueblo. De aquí la reversión del poder o soberanía cuando falla o abusa del poder aquel a quien le fue conferido. América había llegado a su mayor edad, como lo

insinuaba el doctor Camilo Torres en carta de mayo de 1809 a su tío don Ignacio Tenorio.

A todo lo cual se añadía el fracaso económico de España en América y una serie de errores de centenaria antigüedad, y la misma leyenda negra acuñada en Holanda y propagada hábilmente por los enemigos de España dos siglos antes. Esta campaña de descrédito a la que contribuyó sin pensarlo ni pretenderlo el Obispo Las Casas, fue hábilmente explotada por casi todos los precursores americanos y contribuyó poderosamente a afianzar el ideal de independencia.

Las comunidades religiosas.

Los miembros de las comunidades religiosas, sacerdotes y legos, estaban doblemente atados a la monarquía al igual que todos los demás eclesiásticos: como ciudadanos y como súbditos de superiores que obedecían casi ciegamente las órdenes reales. Uno y otro clero aprendió sin embargo, las lecciones jurídicas en las universidades y colegios mayores, respecto del origen del poder, y de su transmisión y reversibilidad. Y basados en ellas y en la renuncia de Carlos IV a la que siguieron la anarquía y la invasión francesa, antes y después del 20 de julio, muchos de ellos, quizá la mayoría, proclaman su adhesión a las nuevas tesis y doctrinas y a los nuevos hechos y normas jurídicas implantadas a raíz del primer grito independiente.

Los dominicos.

Se distinguieron a una con los franciscanos, por su caudalosa adhesión a

la nueva patria. Baste recordar el ofrecimiento de las joyas de N. S. de Chiquinquirá y de su santuario en favor de la patria, a comienzos del año 1815.

Nombres como los de Mariño, Fray Pablo Lobatón y Fray Mariano Garnica (futuro Obispo de Antioquia) son bien conocidos, y sus méritos con la patria justamente recordados y alabados. Vamos a detenernos así sea con histórica brevedad, en la excepcional figura del primero.

Un fraile guerrillero.

Así podríamos denominar al dominico cuya estampa procerca tratamos de delinear. Un guerrillero de la patria y de la libertad. Como los hubo en España, máxime en la época de su segunda independencia, a raíz de la irvasión francesa de 1808.

En la Nueva Granada fueron muchos los frailes que, una vez perdida la libertad tan fácil y casi alegremente ganada, se dedicaron a guerrear en favor de las ideas independientes. La historia de las guerrillas del país en aquella época (1816-1819), es en gran parte la historia de muchos eclesiásticos.

No sabemos dónde viniera a la vida el futuro misionero de los llanos y coronel de la república. Pero importa poco. Y ante esta ignorancia y su posterior larga y benemérita actuación patriótica en los llanos, bien podríamos asignarle si no cuna llanera sí una patria chica aledaña a aquellas inmortales y heroicas tierras, como las del departamento de Boyacá.

Joven aún, da su nombre a las falanges de Domingo de Guzmán y estudia

en Tunja y en Santafé donde recibe la sacerdotal ordenación y es destinado a las misiones de Casanare. En marzo de 1800 lo hallamos ejerciendo su apostolado en el pueblo de Tame.

Mariño y la Independencia de Tunja.

Diez años han pasado de su permanencia en los llanos. Y hasta ellos llegan las noticias de movimientos preindependientes y los anhelos y deseos irrefrenables de libertad, a través de aquellos dos heroicos precursores inmediatos, los mozos Cadena y Rosillo, quienes en los inicios de 1810 alzan los primeros pendones de la libertad, siendo apoyados en los llanos por las autoridades eclesiásticas criollas, lo mismo que a lo largo de su derrota hasta aquellas tierras.

El grito y movimiento de Santafé, alcanza el mayor de los éxitos y el más prolongado eco. Pronto sucederá igual cosa en las provincias, y a la absoluta declaración de independencia en Cartagena el 11 de noviembre de 1811, su cederán las de Cundinamarca el 16 de julio, Antioquia el 11 de agosto y Tunja en diciembre de 1813. En el acta de esta última, aparece la firma de Fray Ignacio, precedida por otras no menos ilustres, como las del Presidente de aquella asamblea Pbro. Javier de Torres y Rojas, José Joaquín Ortiz José Acevedo Gómez.

Grande e insigne fue la participación clerical en esta y en otras oportunidades. En la Constitución tunjana de 1811 se pueden leer las firmas de 20 eclesiásticos.

A partir de esta época se inicia la actuación patriótica de Mariño. El his-

torizador Restrepo nos habla de los quehaceres del dominico en las poblaciones de Tame, Macaguanes y Betoyes. Acaudillados sus habitantes por el fraile "quien desde el principio de la revolución había hecho la guerra a los españoles mandando guerrillas y aún partidas considerables de tropas, que comenzaron a hostilizar a los expedicionarios (españoles) por cuantos medios estaban a su alcance".

En 1814 acompaña Mariño a Bolívar en el sitio y toma de Santafé por el ejército del Congreso de la Unión. Ya para entonces había sido ascendido al grado de Coronel de la Nueva Granada.

Mariño y los realistas.

Poca gracia hubo de hacer a los realistas españoles y americanos, la actuación del dominico en favor de la patria. De aquí que fuera atacado por aquellos y que en su misma orden fuese criticado. "Feroz apóstata" lo llama el Pbro. realista José Antonio Torres y Peña, en su poema **Santafé Cautiva**. Y bandolero también, por pelear y encabezar a sus feligreses en orden a la libertad.

Morillo lo mandará procesar en 1816. Y remitirá el proceso a España, del que no se conserva sino el extracto. Y seguramente así como lo verificara Sámano con el Pbro. doctor Andrés Ordóñez y Cifuentes, habría ordenado, de ser aprehendido, el que se le desafiara y pasara por las armas.

También sus superiores desaprobaron, como no podía ser menos, su consagración a la libertad. Pero la histo-

ria ha dado la razón al fraile guerrillero, prócer de la nacional independencia.

Actuaciones en los Llanos.

En 1815 comienzan las acciones guerreras en los llanos. He aquí enumeradas aquellas en las que actuó Mariño:

—1813. Salva a Casanare de los realistas acaudillados por Yáñez.

—1817. Marzo. Interviene en la acción de Cuiloto donde es apresado y fusilado el teniente coronel realista don Julián Báyer.

—1817. Marzo 17. Acciones militares de Chire y Pore, donde es apresado el realista Jiménez.

—1817. Finales. Derrota de una guerrilla española en Arauca.

—1818. Febrero 21. Asalto a la Fundación de Upía.

El año 1817 es el año heroico de Casanare. Durante él y en los comienzos del siguiente, las guerrillas patriotas logran barrer a los realistas de la llanura colombiana que queda definitivamente libre. Y a Mariño corresponde algo y mucho en estos éxitos guerreros aunque no era guerrillero profesional sino ocasional y obligado a ello por las circunstancias y el amor a la libertad. Por eso, concluida la gesta emancipadora, volverá a su ministerio sacerdotal y en el acabará sus días.

Capellán General del Ejército Libertador.

La libertad empieza a eclipsarse en diciembre de 1815 con la caída de Cartagena. Y se confirmará su transitoria disolución con los desastres militares

de los patriotas en junio y julio de 1816. No valió, no podía valer contra las circunstancias adversas el heroísmo sin nombre de los republicanos en la Cuchilla del Tambo y La Plata. La invasión española se produjo como un torrente impetuoso desde diciembre de 1815. Y en mayo de 1816 tenía prácticamente conquistado casi todo el Virreinato.

Los años 816 al 819 van a ser de duelo y de tragedia, de expiación de pocos pero largos años, de divisiones internas que constituyeron crimen y pecado de **lesa patria**. Pero al final de ellos se alcanzó la definitiva libertad e independencia.

Desde 1818 planea Bolívar la campaña invasora de la Nueva Granada.

El 12 de marzo de 1819 aprueba el plan ideado por Santander en caso de ser atacado por las tropas realistas. El 29 informaba el mismo Santander a Bolívar acerca de la fracasada expedición de Barreiro a los llanos.

El 23 de mayo en la aldea de **Setenta** a orillas del río Apure, se decide en principio la invasión a la Nueva Granada. Entre la oficialidad del Ejército Libertador aparece el Coronel Fray Ignacio Mariño como Capellán General. Otros tres capellanes lo fueron: el P. Fray Miguel Ignacio Díaz, agustino, del **Batallón Cazadores**; Fray Joaquín Guarín, franciscano, del **1º de Línea**; y el Pbro. Cayetano Reyes de **Ca-ballería**.

La misión de Mariño se va a circunscribir ahora casi exclusivamente a lo espiritual, aunque también ayudó en otras tareas relacionadas con la cam-

paña, tales como reunir desertores, animar y ayudar a los compañeros de la Legión Británica, cuidar y transportar enfermos y heridos, atender a la subsistencia del ejército y al transporte del parque, etc. Constituyóse así, por su carácter sacerdotal y grado militar, en eficazísimo colaborador del General Soubllette y del Coronel Bartolomé Salom.

El Llano de Miguel.

El 27 de junio llega Bolívar con la retaguardia al pueblo de Morcote. La vanguardia patriota se apunta un notable éxito al vencer al realista Tolrá en las Termópilas de Paya. El 29, en el **Llano de Miguel**, reunióse Bolívar con su oficialidad. Sin pretenderlo y quizá sin saberlo muchos de ellos, iban a decidir los destinos de América.

“El Libertador, escribe el historiador Cayo Leonidas Peñuela, hizo el recuento de los trabajos sufridos hasta entonces y de los que esperaban todavía; desarrolló en un corto discurso lo que se podría hacer por entonces en Venezuela, pero acentuó sus palabras al hablar de las ventajas incomparables que se obtendrían con la libertad de la Nueva Granada y en seguida excitó a los vocales para que con franqueza emitieran su parecer”.

Según Peñuela, las cortas pero vehementes palabras pronunciadas por Mariño en esta oportunidad, fueron definitivas en orden a la irrevocable decisión tomada allí de proseguir la invasión a la Nueva Granada, que apenas se iniciaba, y que se iba a enfrentar dentro de pocos días a su mayor obstáculo y peligro: el páramo de Pisba.

El Paso de los Andes.

Del 2 al 5 de julio tiene lugar el paso del páramo de Matarredonda o Pisba, una de las grandes hazañas militares de todos los tiempos, "el episodio más sorprendente de la historia militar del mundo" en opinión del General francés Mangin, concepto del que se hace eco Emil Ludwig en su obra sobre Bolívar.

Amplio y ancho campo abrió este suceso al cielo sacerdotal de Mariño. Animar a los decaídos y agotados y encender en sus mentes el ideal de la victoria; socorrer materialmente a las pobres víctimas de aquellas heladas soledades; fortalecer para el postrer paso hacia la eternidad a tantos que allí rindieron sus vidas de manera heroica, en aquel altar blanquísimo y agreste, a la patria y a la historia.

En fin: ejercitar debieron todos los capellanes —y Mariño más que todos— las obras de misericordia por caridad y por justicia, con aquellos desconocidos héroes anónimos, muchos de los cuales rindieron su vida en aquella gloriosa jornada de la libertad de América, al paso que muchos otros, conservada milagrosamente la existencia, lograron ver flamear en Boyacá y en Carabobo, en Pichincha y Ayacucho la bandera de la patria y de la libertad.

El 9 de julio tiene lugar un encuentro con tropas realistas en el pueblo de Corrales. Al día siguiente Mariño, con su hábito remangado por el sable que ceñía, atiende a los moribundos y bendice la fosa en que iban a encontrar descanso las víctimas del combate.

Nuevamente el 25 de julio, después de la batalla del Pantano de Vargas,

se ve a Mariño ejercitando su ministerio sacerdotal. "Fue muy grande, escribe el testigo presencial Pbro. Andrés María Gallo, la pérdida de vidas que uno y otro ejército sufrieron en aquel combate. Yo auxilié a más de 200 esa tarde, la mayor parte patriotas, y eran muchos los que encontré ya cadáveres; el Padre Miguel Díaz que auxilió a los de la otra loma de la derecha, me dijo que pasaban de 100; el Padre Mariño que auxilió a los del camino real estimó en 50 los muertos patriotas y en más de 200 los españoles alanceados".

Últimas actuaciones.

Obtenida la libertad el glorioso 7 de agosto, Mariño es designado Jefe Civil y Militar de Sogamoso y Santa Rosa, con la facultad de designar alcaldes. Le entrega además algunos fusiles para adiestrar a los reclutas en el manejo de las armas. Debería restaurar en aquella provincia el gobierno republicano y recolectar toda suerte de ayudas en favor de los ejércitos patriotas.

El 23 de octubre da cuenta a Santander de las solemnes exequias verificadas en honor de los patriotas muertos en el sitio de la Ramada y hechos prisioneros en la acción de Gámeza. Y el 28 le hace sabedor de las donaciones de algunos sacerdotes en favor de la patria.

Algunas pocas cartas se conservan de las cruzadas entre el fraile y el Vicepresidente.

En marzo del 820 tiene lugar en Sogamoso un extraño y divulgado suceso: el envenenamiento con chicha de bastantes soldados de la División a órde-

nes del General Valdés. Investigado el hecho y probada la complicidad de algunas personas, el Libertador, por decreto firmado en Santa Rosa, prohibió a perpetuidad las chicherías en Sogamoso. Correspondió a Mariño adelantarse la investigación y hacer cumplir el decreto de Bolívar.

Poco después es remplazado en la Jefatura Civil y Militar por el Sargento Mayor Félix Soler que la desempeña hasta diciembre. Para Mariño cuya salud flaqueaba, solicitaba Bolívar el curato de Guateque, que desempeñará del 15 de abril al 31 de diciembre de 1820. En este lapso es designado representante de la Villa de Tenza al Congreso que se reuniría en Tunja para nombrar delegados de la Provincia al Soberano Congreso de Cúcuta, convocado para el 1º de enero de 1821.

A comienzos de enero de 1821 lo llamamos de párroco en Nemocón, donde permanecerá hasta su muerte, ocurrida el 25 de junio del mismo año.

El hombre, el sacerdote, el fraile.

Benemérita en sumo grado fue la existencia de Fray Ignacio Mariño.

Llamado por Dios al sacerdocio, a él se dedica durante largos años en tierras de misión y llegada la hora de la independencia, colabora como el que más para alcanzarla. Cumple, pues, sus deberes sacerdotales y religiosos y gana méritos en el campo militar y en el de la libertad granadina.

Ni por un momento abandona sus obligaciones sacerdotales a pesar de su vinculación a las falanges libertadoras.

A todo lo largo de la campaña de la invasión a la Nueva Granada se halla al lado de los heridos y moribundos. Cuando viajaba a Santafé, se hospedaba en su convento como lo anota el historiador Groot; "cuando salía a la calle, añade, no se desdénaba de llevar el hábito de su patriarca, figurado en una larga levita blanca ceñida con su banda colorada; en los hombros sus charreteras de coronel; su sable al cinto y el sombrero de tres picos galoneado sobre el cerquillo".

Así lo vió en humilde parroquia el ilustre poeta y apologista don José Joaquín Ortiz. Y de ello y de la admiración que le causó la figura del coronel que así vestido se acercaba a celebrar la Santa Misa, dejó testimonio en sus **Cartas a un sacerdote católico.**

El 22 de julio de 1821 aparece en la **Gaceta de Bogotá**, una breve nota sobre la muerte del Padre Mariño. Poca cosa era y nada digna de los méritos del fraile guerrillero. Pero así suelen pagar las naciones a sus más beneméritos servidores.

Pasan los años, y al cumplirse el 150º aniversario de la Independencia de Tunja, se le hace justicia. Un bronce suyo es colocado en el campo inmortal de Boyacá y su vida y sus gestas son narradas en volumen patrocinado por la Academia Colombiana de Historia.

El único retrato que de él se conserva, ilustrado con larga y expresiva leyenda, se halla en el Museo Nacional de Bogotá y aparece decorando las presentes páginas dedicadas a su ilustre memoria en el año sesquicentenario de la libertad.



SÍ... Pielroja es único!

La calidad de Pielroja convence
y satisface plenamente el deseo de fumar.



Compre Pielroja por docenas y dése gusto.



PEDRO FORTOUL

PEDRO FORTOUL

Por el Teniente Coronel (r) ALBERTO LOZANO CLEVES

Una de las figuras de mayor relieve y de más altos méritos en la Gesta Emancipadora, fue sin lugar a dudas, el General **Pedro Fortoul**.

Hombre de recia voluntad, altivo, valiente, de cimentada personalidad y dotado de eximias virtudes cívicas y morales. El General Fortoul, fue uno de los más cumplidos y eficaces servidores y colaboradores en la empresa portentosa de la Independencia. Fue, en una palabra, un excelente soldado, un cumplido oficial y uno de los buenos jefes que tuvo el Ejército Libertador: En fin, su vida estuvo matizada de un perenne afán de superación para servir a los más altos intereses de la Patria.

Desde el primer movimiento revolucionario de 1810 se consagró al servicio de la causa patriota con vehemencia y gallardía. En acciones de guerra, en labores de organización y en mando civil, el General Fortoul mereció siempre el reconocimiento de sus superiores y de quienes estuvieron a sus inmediatas órdenes. Fue ajeno a las

ambiciones y siempre sirvió con inigualable desinterés como lo comprueba el hecho de no haber querido recibir del Gobierno ni sueldo ni ninguna otra recompensa hasta 1820, a pesar de que se encontraba en la más completa miseria por la destrucción que los españoles hicieron de sus propiedades.

Su vida fue una línea recta, de matemática rectitud. Por muchos años estuvo consagrado a su patria y se entregó totalmente al ideal sagrado de la libertad. Ascendió en su carrera por sus méritos excepcionales y nunca por intrigas. Su vida fue un batallar incesante que le permitió fortalecer su férrea voluntad.

Ejemplar, por lo tanto, es la trayectoria de este ilustre General nacido en la ciudad de Cúcuta en mayo de 1780 y muerto en la misma, en enero de 1837, a la edad de 57 años.

El General Fortoul sirvió al Ejército con celo, talento y patriotismo inigualables desde el año de 1810 en el grado de Teniente, hasta 1829 como General de División.

Prestó servicios en el Estado Mayor de Operaciones sobre el Norte; fue Comandante del Cuerpo de Milicias de Cúcuta y de la Columna que obraba sobre esos valles; Segundo Jefe de la línea de Caballería de Apure; Segundo Jefe de la Vanguardia del Ejército de Operaciones sobre la Nueva Granada; Primer Jefe de Operaciones sobre el norte en 1819; Segundo Jefe del mismo Ejército y Comandante en Jefe del Ejército de Operaciones situado en Cúcuta de 1822 a 1824; hizo parte de las fuerzas que cubrían el Norte de la Nueva Granada, del Cantón de Occidente de la Provincia de Pamplona.

Traemos también, para mejor dignificar el recuerdo de este meritorio General y para pregonar sus sacrificios, el siguiente patético pasaje de su meritoria como sufrida vida: "Cuando emprendían los patriotas la campaña de Achaguas, el General Fortoul mandó a su esposa, la señora Manuela Ramírez, y tres niñas tiernas, para Nutrias. La dama fue atacada de un acceso de locura a causa de sus sufrimientos y los de sus hijos. Estos fueron repartidos entre oficiales amigos, que cuidaban de ellos; pero a pocos días la ciudad fue ocupada por tropas españolas, y esa familia, abandonada, se vio reducida al último grado de infortunio. La mayor de las niñas murió de hambre, y la señora, después de este trance, vió fusilar allí mismo al prócer, doctor Piedri, su pariente. Al reunirse de nuevo el General Fortoul con su señora y sus hijos, fueron obligados a internarse en los llanos con la emigración patriota, donde les faltó agua y toda

clase de alimentos, pues se vieron obligados a comer cueros y raíces para no perecer de inanición".

El General Páez, eminente Jefe venezolano se expresa en la siguiente forma sobre la emigración a que se vieron obligados los patriotas a hacer a los Llanos:

"Aquella emigración recordaba la salida de los israelitas de la cautividad de Egipto, con la sola diferencia de que para los nuestros no había nube de fuego que los guiara en el camino, ni el pobre Moisés que los conducía (refiriéndose a él mismo), tenía el maravilloso poder de hacer llover el maná del cielo ni brotar agua de la roca con la extraordinaria virtud que tenía la vara del caudillo hebreo. Y para que todo contribuyera a hacer la comparación más exacta, nos llegaron noticias de que el General Morillo, cual otro Faraón, venía en nuestra busca para reducirnos de nuevo a la antigua esclavitud. ¡Oh tiempos aquellos! Sabe Dios lo que sufrimos, y si era preciso más que la estoicidad y el heroísmo para no irse a las poblaciones, arriesgando más bien la vida en brazos de una tiranía despiadada y vengativa, que no arrastrar una existencia llena de peligros y necesidades mayores que a los que la humana condición le es dado resistir. Jamás podrán nuestros hijos ni aún imaginar tan solo a qué precio se compró la Independencia. Pero aquellos tiempos trajeron aquellos hombres, que si tenían el cuerpo de hierro no llevaban el alma menos templada. Nada nos quedaba entonces, sino la esperanza y una resolución in-

domable, superior a todas las calamidades y desgracias unidas. La esperanza nos alimentaba; nuestra resolución sirvió de base para levantar de nuevo el altar santo de la Patria”.

Entre los valientes granadinos que marcharon a Venezuela en 1816 para pelear y obtener la Independencia de la hermana nación, se destacó el General Fortoul, quien concurrió a las batallas campales de Yagual, San Antonio de Apure, Barinas, Santo Domingo, Cura y Pueblo de Setenta. En la Nueva Granada participó en las acciones de San Antonio de Cúcuta, Bálaga, Cachi, Pantano de Vargas, y en todas ellas demostró arrojo y energía que le dieron mucho prestigio en el ejército.

Concluida la larga jornada, crecidos sus hijos, continúa en la empresa de servir a su patria. Durante cinco años prestó el cargo de Intendente del Departamento de Boyacá con brillo, talento y pulcritud.

En síntesis, podemos decir que la vida del Gral. Pedro Fortoul, fue un armonioso resumen de las más enaltecidas virtudes que son adorno de la historia y orgullo legítimo de la patria.

Su muerte fue muy lamentada, haciéndose público reconocimiento a sus virtudes. Murió con el alma desgarrada por los innumerables infortunios a que estuvo sometido con su familia, pero que en ningún caso hicieron desfallecer su recio espíritu de soldado.

DELE SABOR A LA VIDA CON PRODUCTOS



PRODUCTOS

California

DE SUPERIOR CALIDAD

ENCICLOPEDIA DE LA MODA FEMENINA

INDULANA

El paño de hoy y de mañana fabricado con lana pura. Indulana es la marca de los más bellos paños que se producen en Colombia con lana 100 o/o.

Indulene®

Son los paños y telas que fabrica Indulana con mezcla ideal de fibra poliésterica Terlenka 55o/o y lana 45o/o. Los paños INDULENE han revolucionado la moda femenina en Colombia con su modernismo, elegancia y calidad.

Terlenka®

Es la fibra poliésterica que fabrica Enka de Colombia S. A. y que Indulana usa en sus productos INDULENE.

CALIDAD *homologada*

Los paños y telas INDULENE tienen Calidad Homologada porque reúnen las más exigentes normas internacionales de técnica y calidad que exige Enka de Colombia S. A. a quienes utilicen su fibra poliésterica Terlenka.



Miss Belleza Internacional Mirta Teresita Massa luce un moderno traje de coctel, confeccionado con telas Indulene.

Tea



ANTONIO MORALES GALAVIS

ANTONIO MORALES GALAVIS

SU PUÑO DE HIERRO PRENDIÓ EL FUEGO SACRO DE LA REVOLUCIÓN

Por el Sargento Mayor (r) LEON JAIME ZAPATA GARCÍA

En la vida de las comunidades hay familias que se yerguen con características sublimes y en su servicio a las más caras virtudes ciudadanas constituyen dinastías de grandilocuente ejemplo. Colombia ha sido prolífica en esta clase de núcleos humanos cuyos vástagos se han consumido en el fuego del amor patrio proyectando su sombra benefactora de generación en generación.

A estirpe de tales quilates pertenece la familia Morales cuyo origen parte de la villa de Colmenar Viejo, en la legendaria Castilla, en donde naciera hacia 1728 don Lorenzo Morales Díez Coronel, caballero de la hispania guerrera quien acompaña al Virrey José Alonso y Pizarro a la Nueva Granada en 1750, integrando su séquito. En el Nuevo Mundo encuentra don Lorenzo a la dama sevillana doña Josefa Fernández y Rodríguez a quien conduce al altar, para prolongar en la tierra de Colón la genealogía que habría de inmortalizar la casta hidalga al prender la chispa revolucionaria el 20 de julio de 1810, pagando con su vida en

el régimen del terror su amor a la libertad.

La posición del jefe del hogar quien es Superintendente de la Real Casa de Moneda de Bogotá, da a la familia Morales rango de privilegio en la alta sociedad santafereña y en este ambiente don Francisco Morales Fernández templó su personalidad; bartolino a partir de 1772, continúa sus estudios en España; como su padre, contrae matrimonio en la capital del virreinato, con doña María de la Luz Galavis y Hurtado, esposa que fuera de don Luis Claudio de Azuola Prieto. De esta unión nacen don Francisco de Paula en Turbaco (1782), y Antonio Morales Galavis (1), en Bogotá (1784), trilogía de oro llamada a desempeñar papel de primer orden en la vida nacional. Ocupa don Francisco los siguientes cargos de importancia en la Administración Pública, los cuales relaciona el historiador Raimundo Rivas, así: "Oficial Mayor de la Administración principal de tabacos; Contador Ordenador del Tribunal y Real Audiencia de Cuentas, primero como

supernumerario y luego con nombramiento del Virrey Flórez, de 29 de junio de 1778; Contador principal de la Real Renta de Aguardientes de Cartagena, 1782; Capitán de Milicias de caballería de la capital, 31 de agosto de 1786; Contador Interventor de la Salina de Zipaquirá y Capitán de la compañía de Carabineros de esa Villa, 1789, y finalmente Contador Principal de la Real Renta de Aguardientes de la Capital, cargo que desempeñó en los años anteriores de 1810".

Muy allegado al palacio y a la familia del Virrey Amar y asiduo socio de las tertulias de los patricios granadinos, don Francisco, había ofrecido su colaboración a estos en los planes revolucionarios para cuando la oportunidad se presentase y realmente no se hizo esperar mucho.

Palabras más, palabras menos los testigos oculares coinciden, en términos generales, sobre la causa del amotinamiento del pueblo. Don José María Caballero, don Manuel del Socorro Rodríguez y dos Diarios anónimos, uno publicado en **El Mosaico** en 1864 que sirviera de consulta a Caldas y a don Joaquín Camacho -quienes no estuvieron en el desarrollo de todos los acontecimientos- para sus relatos en el **Diario Político**, y el que menciona don Miguel Antonio Caro; otros documentos nos hablan de la iniciación de la revolución, entre ellos una carta de don José Acevedo fechada el 21 (2) y otra anónima del 26 de julio dirigida a un señor N. N. de Cartagena (3), muy recurrida por los apasionados de nuestra historia, publicada por primera

vez en 1894 por Ignacio Borda en **El Libro de la Patria**, la cual vamos a transcribir:

"Mi estimado amigo: Después de mi última, tengo tantas cosas que decirte, que no sé de donde comenzar, ni si acierte a hacerlo, porque estoy tan atolondrado, y todavía creo en sueños. Los sucesos son tan memorables, que no han tenido ni tendrán iguales en la América. Tu lo dirás después que los hayas leído.

"El viernes 20 del corriente, como a las doce del día, comenzó en la calle Real a divulgarse la especie de que Llorente había dicho iniquidades contra los criollos, con motivo de haberse ido a prestar unos adornos, entre otros un florero para el recibimiento de Villavicencio. La voz se fue esparciendo, y tuvo la fortuna de electrizar a varios patricios, y particularmente a Francisco Morales, términos que, no pudiendo contenerse, le dijo a Caldas, que pasaba por el frente de la puerta de Llorente, que no le hiciese atención alguna a este, porque era un pobre sastrezuelo, y había dicho mil cosas contra los criollos. Llorente, que estaba a la puerta lo negó, y con este motivo levantó Morales la voz y se comenzó a agregar gente dirigiéndose toda en pelotón hacia la tienda, gritando todos desafortadamente, y en particular los tres Morales, padre e hijos.

"Antonio, aunque procuraron contenerlo, se metió hasta dentro del mostrador y hartó de palos a Llorente, quien por pura casualidad escapó vivo de entre las manos de este y de un in-

menso pueblo que se había congregado. Sosegado un poco aquel primer bullicio, se entró Llorente a la casa de las Morenos, situada en la primera calle Real, en donde se mantuvo medio privado hasta la una o una y media, que lo llevaron a su casa en silla de manos, para que no fuese conocido. Pero ni aún esto le valió al infeliz, porque llegaron a descubrirlo, y empezó a gritar un muchacho, y a seguirlo mucha gente hasta su casa. Allí lo metieron y cerraron, pero cada vez iba creciendo más y más el concurso junto a la casa, y toda la calle Real estaba llena de corrillos, de modo que parecía día de Corpus. A las dos y media de la tarde comenzó a desenfundarse el pueblo, pidiendo a gritos satisfacción del agravio que les había hecho Llorente, y que no se contentaban con menos que con su cabeza, y que al instante lo llevasen a la cárcel. A este tiempo se apareció en la calle Real el Alcalde Pey, con el fin de pacificar a la gente; entró en la casa de Llorente, en compañía de D. Camilo Torres y D. Lorenzo Marroquín. Salió luego al balcón de la calle y procuró tranquilizar al pueblo, que se había reunido en número muy considerable, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos hasta que hubo de prometerles que lo llevaría a la cárcel para satisfacerlos. En efecto, así lo verificó inmediatamente, sacando a Llorente de su casa para la cárcel chiquita, y yendo detrás de ellos, adelante y a los lados toda la multitud blasfemando públicamente contra los chapetones y su conducta en orden al

tratamiento que daban a los americanos”.

Aunque el documento citado alude más a una soberana paliza que a una simple bofetada, los demás cronistas la incluyen en su relación, por lo tanto es necesario darle crédito, lo cual no quita veracidad al hecho que después del primer golpe se sucedieran los demás para castigar -como bien lo dice un escritor-, en la pobre humanidad del español el mal gobierno y la arrogancia de los peninsulares.

Se ha llegado a establecer que quien solicitó el préstamo del florero fue don Pantaleón Santamaría y Prieto para la recepción que se iba a ofrecer a Villavicencio en casa de las Santamarías, familiares suyas. (4) En todos los antecedentes, desde el fracaso de la revolución comunera, pasando por la publicación de los Derechos del hombre, el Memorial de Agravios hasta la acción misma de buscar a Llorente para pedirle un favor trivial, salta a la vista la premeditación del grito de rebeldía, lo contrario del levantamiento de los comuneros que surgió de súbito como desahogo de un sentimiento de opresión económica, naturaleza que explica su candoroso desmoronamiento.

Instalado el Cabildo Abierto, el padre de los Morales fue uno de sus integrantes. Se le comisionó ante el Virrey para que diese mayor libertad al Oidor Juan Jurado como representante suyo en el Cabildo. Caldas anota que exasperado ante la sorna de uno de los funcionarios palaciegos que se encontraban con Amar, le dijo: “Te

burlas de la Comisión de un Cabildo, de un pueblo que sabe hacerse respetar?" y seguidamente le expresa al Virrey: "Tres partidos se presentan a V. E.: salir en persona a sosegar a un pueblo enfurecido, pasar personalmente a las casas consistoriales o aumentar las facultades de Jurado. ¿Cuál elige sin demora?" y el atribulado Virrey da las facultades solicitadas para su representante. Es de lamentar que la firma de don Francisco no esté en el Acta del 20 de Julio siendo él uno de los principales actores, en cambio la de su hijo Antonio sí aparece en el magno documento.

A partir del 20, los Morales inician una etapa de continuos servicios a la república, la cual se prolonga hasta el momento mismo de su muerte. Don Francisco agrega a su hoja de vida los siguientes cargos: Vocal del Cabildo; Miembro de la Sección de Guerra; Diputado de Santafé ante el Congreso Constituyente y Electoral de Cundinamarca que expidió la primera Constitución el 30 de marzo de 1811; en 1813 asume el mando de las Fuerzas Militares del Estado, con el rango de Coronel, el que solo le es confirmado en 1815 con fecha 1º de enero; Miembro del Colegio Electoral y Revisor de Cundinamarca, en 1815, participa en la reforma Constitucional; finalmente, vuelve a la Salina de Zipaquirá con el cargo de administrador y en este ejercicio lo encontramos en el año triste de 1816 cuando es nombrado Comandante Militar de dicho Cantón, con la misión de reunir e instruir una unidad de 400 hombres de Caballería pa-

ra hacer frente a las tropas de Morillo. Nos cuenta la historia que en dicho empeño el ilustre prócer no ahorró esfuerzo yendo, de pueblo en pueblo, exponiendo el peligro en que se encontraba la patria y la necesidad de acudir en su defensa (5).

En cuanto a don Francisco Morales Galavís, el primogénito, hombre de leyes, egresado del San Bartolomé, cambia la toga por la espada e ingresa como oficial en uno de los Cuerpos Armados que se constituyeron a raíz del 20 de Julio; en 1811 comanda la 1ª Compañía de Guardias Nacionales. Según los pocos relatos históricos conocidos, tenemos que, al producirse la división entre Nariño y el Congreso, los dos hermanos toman partido al lado de Baraya mientras el padre se alinea con el Precursor, circunstancia que seguramente influyó para que el Coronel Morales no aceptara el nombramiento de Juez Militar del Supremo Tribunal de Guerra y Seguridad que le hiciera Nariño el 15 de septiembre de 1812; en tal situación participan en las jornadas de Ventaquemada y sitio de Bogotá. Unidos asistieron los Franciscos a la defensa de esta ciudad en el sitio que le puso Bolívar en 1814. Producido el derrumbamiento de la resistencia granadina al avance de Morillo, siguen al Presidente don José Fernández Madrid en su desplazamiento a Popayán, siendo apresados en las montañas de Cunday; trasladados a Bogotá se les recluye en el Colegio Mayor del Rosario y sometidos a Consejo de Guerra es condenado el padre a la pena de muerte, sentencia que

al ser leída erradamente por el funcionario se iba a aplicar al hijo quien marchaba hacia el suplicio ensombrecido por tener que dejar a su joven esposa doña Rufina Caicedo Sanz de Santamaría y al pequeño hijito en la más tremenda penuria y regocijado a la vez por ver a su padre salvado del patíbulo; oportunamente corregida la equivocación, fue desterrado de la capital. Al Coronel don Francisco Morales Fernández se le fusiló por la espalda en la plazuela de su nombre, el 23 de noviembre de 1816 (6).

Después de Boyacá se reúnen los dos hermanos, siendo nombrado don Francisco Juez de Hacienda de la Provincia de Neiva, en 1820; Ministro Juez de la Alta Corte de Justicia por 4 años y posteriormente en la sala de Apelaciones del Distrito de Bogotá (1829-1834); Magistrado del Tribunal de Boyacá (1835), finalmente Magistrado del de Popayán hasta el 8 de enero de 1855 en que ocurre su muerte en la ciudad de Buga.

Llegamos ahora a don Antonio. Si bien el artículo está dedicado a él, pecaríamos de injustos con su padre y su hermano, pues los tres estuvieron íntimamente ligados a los acontecimientos, no solo del 20 de Julio, sino también a los del desarrollo posterior de la independencia, como atrás queda dicho, llegando el egregio padre a rubricar con su propia sangre en el martirio el amor por la causa tan febrilmente consagrado a ella. Don Francisco, hombre de armas y de leyes, consumió su existencia en continuo y ejemplarizante laborar. Tres vidas

eximias que en cierta forma han permanecido por demás relegadas a una fugaz leyenda, siendo su heroicidad y sacrificio dignos de una más amplia información; se nos ocurre decir que Llorente y el florero parecen opacarlas.

Digámosle a nuestros niños y jóvenes en las aulas escolares y universitarias lo que realmente representan estos tres personajes en la vida de la nacionalidad: llevemos hasta el pueblo una imagen justa de sus acciones, pues si analizamos su trayectoria veremos que son tan eminentes como cualquiera otro de los próceres que tanto alabamos, merecidamente.

Don Antonio Morales Galavís estudió jurisprudencia y letras en el Colegio Mayor del Rosario, al cual había ingresado desde 1795. Llegó a destacarse tanto y tan rápidamente en su profesión que en plena juventud ya era abogado de la Real Audiencia. A partir de su estelar bofetada y golpes consiguientes, su figura cobró un halo de popularidad y simpatía que le conquistaba aplausos del pueblo por donde transitaba. Secretario de la Sección de Gracia y Justicia en la Junta Suprema, nueve días después del grito revolucionario recibió el grado de Capitán del Regimiento Auxiliar de Infantería; a finales de 1810 fue nombrado Secretario de la Junta Legislativa; en 1811 sale hacia Ocaña al mando de 121 hombres más el personal de oficiales y suboficiales, en apoyo de la ciudad contra las pretensiones del gobierno realista de Santa Marta, campaña que se prolonga hasta el Magdalena y Mariquita. Retorna a la Capi-

tal en 1812 para ponerse a órdenes de su amigo el General Antonio Baraya, con los resultados ya descritos. En 1816 se suma a Serviez y a Santander emprendiendo con ellos la retirada a los Llanos en donde operó contra los españoles, llegando en 1818 a miembro del Estado Mayor. Diputado por Casanare al Congreso de Angostura declina la curul para continuar en campaña hasta la iniciación de la jornada libertadora, a la cual se suma, siendo nombrado Subjefe del Estado Mayor de la División de Vanguardia. Tras el triunfo de Gámeza el Libertador lo envía a levantar la Provincia del Socorro, concediéndole el ascenso a Coronel efectivo (7). Emprende la marcha con su pequeña fuerza encontrando en Charalá los ánimos exaltados por el fusilamiento de la señorita Antonia Santos Plata, ocurrido el 28 de julio, siendo Gobernador el español don Lucas González. De la ciudad mencionada se habían apoderado los rebeldes, siendo reconocido por estos como jefe, secundado por los cabecillas de la guerrilla organizada y sostenida por Antonia Santos. El 2 de agosto llegan las tropas de González al puente sobre el río Pienta, en las goteras mismas de Charalá, trabándose recia lucha que se prolonga por tres días hasta que los 800 soldados realistas, bien armados y pertrechados, logran vencer la resistencia de una población que se defendió con piedras, garrotes y armas blancas. Tomada la ciudad se dió comienzo a una masacre horrenda calculándose que no menos de 500 personas, la mayoría mujeres y niños,

fueron sacrificados. Esta acción de los patriotas de la provincia del Socorro impidió a Lucas González sumar su aguerrido contingente a las tropas de Barreiro antes de la batalla de Boyacá, lo que hubiera sido, sino un desastre, al menos una gran dificultad para las armas republicanas. Con marcado disgusto por la demora en Charalá continuó González su marcha por Virolín para unirse a Barreiro, recibiendo en el camino la noticia de la derrota del Puente de Boyacá, causando un efecto desmoralizador entre sus fuerzas. Hostilizado por el Coronel Cruz Carrillo, Gobernador y Comandante General de Armas nombrado por Bolívar en el campo de Boyacá para la región, y el Coronel Morales, el Comandante Lucas González emprende su retirada hacia Cúcuta para tratar de llegar hasta las fuerzas realistas que operan en la frontera. Enviado Carrillo a incorporarse a las tropas de Soublette en Pamplona, el Coronel Morales es nombrado para reemplazarle, iniciando desde su posesión el 7 de septiembre de 1819 una acción de organización administrativa, reclutamiento y recolección de tributaciones asaz enérgica, que le acarreó la malquerencia de la provincia y una serie de acusaciones ante el gobierno central, no siempre desprovistas de razón. El 18 de Octubre de 1820 es relevado por el Coronel Fortoul (8) no sin antes haber cumplido, a pesar de lo antedicho, una meritoria y difícil labor.

Ningún efecto adverso causaron en Bolívar los informes contra Morales pues a los pocos días, a raíz del Ar-

misticio con Morillo, le nombra su comisionado ante el presidente de Quito para informarle del Tratado y fijar la línea divisoria de los dos países. En representación del jefe español iba el Teniente Coronel José Moles. Con este nombramiento inicia el Coronel Morales una etapa nueva de su vida al recibir la responsabilidad diplomática que ejerce con gran acierto y beneficio para el país. Cerca de Pasto los comisionados se encontraron con las diezmadas tropas del General Manuel Valdés quien acababa de sufrir serio revés al enfrentarlas a las realistas en Genoy comandadas por el Coronel Basilio García, el 2 de febrero de 1821. La llegada de los altos oficiales frenó la persecución de los hombres de Valdés, logrando salvar a 586 que pasaron bajo el mando de Sucre. En Pasto, el Coronel Morales, haciendo exhibición de imperturbable sangre fría ante el pueblo hostil, adicto furiosamente al rey, logró llegar a un acuerdo con el Coronel García, fijando como línea divisoria el río Mayo. En Quito, ante el Presidente Aymerich, no fue menos afortunada la gestión, siendo recibido con particular deferencia. Como en las conversaciones de Quito no se contempló a Guayaquil, viaja allí encontrando varias facciones: una por el rey, otra por San Martín y otra por su agregación a Colombia; visto esto Morales dirige sus empeños a robustecer la última.

Aportó su pericia militar a las actividades del General Sucre quien delegó en él el mando militar de la Provincia, lo que permitió al General ope-

rar más libremente contra el ejército español. Leamos la comunicación de Sucre a Santander: "Recomiendo a usted los asuntos de Morales: sirve con mucho interés y eficacia y su infatigable trabajo ha sido un descanso para mí cuando me hallaba con 3.000 enemigos invadiendo la Provincia, y yo apenas con 1.200 para defenderla. Morales era en la capital el apoyo de mis medidas, y debemos mucho a sus servicios: queda aquí encargado de todas las cosas, nuestras, colombianas". (9) Nombrado Jefe de Estado Mayor de la División del Sur Participa en la batalla de Pichincha al lado de los brillantes jefes del ejército, luchando hombro a hombro con ellos, compitiendo en bravura y pericia.

Contrajo matrimonio por segunda vez en 1822 con la dama ecuatoriana doña Carmen Vítores; su primera esposa, doña Mariana Espinosa y Prieto, santafereña, de quien había vivido casi siempre separado por los avatares de la guerra, le dejó dos hijos que fueron después a vivir con él al Ecuador. En su nuevo matrimonio los renuevos fueron numerosos. La nacionalidad de doña Carmen ató a nuestro prócer al vecino país, el cual lo llamó a su servicio, como veremos más adelante.

En 1825 alista sus valijas diplomáticas y sale al año siguiente para Guatemala con la investidura de Ministro Plenipotenciario, en donde desplegó grande actividad y buen juicio, lo cual le valió el nombramiento para el Perú con el fin de arreglar asuntos delicados con este país, cargo que al fin no le fue confirmado. Su permanencia

en Guatemala se prolongó hasta 1829 cuando regresó a Guayaquil. En 1836, bajo la presidencia de Vicente Rocafuerte, desempeñó la cartera de Guerra del Ecuador, posición que cobra en el granadino importancia significativa pues muestra la confianza del gobierno ecuatoriano en su persona e indica la fraternidad que desde lejanos tiempos une a las dos naciones. ¿Qué otra cosa puede deducirse del nombramiento en tan destacado ministerio de un conterráneo nuestro? Estas son sus palabras al Presidente Santander: "Nacido en Nueva Granada, lleno de hijos en el Ecuador, afecciones muy poderosas me llaman hacia la prosperidad de estos dos pueblos. Miró con transporte cuanto dice relación a ellos, y me causa un efecto contrario cuanto pueda turbarlo" (10).

Su espíritu de indeficiente amor a la patria se transparenta en esta otra comunicación al General Santander con motivo del incidente provocado en Panamá por un funcionario británico, la que en uno de sus apartes, dice: "Si usted cree que mi vieja espada, mis servicios y mi vida son útiles en defensa de mi adorada Patria, avísemelo usted cuanto antes de oficio; pediré en el instante permiso al Congreso, abandonaré mi larga familia, me olvidaré del mal estado de mi salud, dejaré a mis hijos sujetos a la miseria, volaré a cumplir los sagrados deberes de granadino, a defender los derechos y las leyes de la tierra que me dió el ser y me sepultaré con mis conciudadanos antes que tolerar la ignominia a que un Poder extranjero e

injusto quiere sujetar al Gobierno y al pueblo granadino..." (11). Amigo entrañable del General y su discípulo guardaba por el Hombre de las Leyes un cariño a toda prueba y una admiración sin límites; mantuvo con él continua correspondencia, en una de cuyas cartas encontramos esta bella frase de despedida: "Hasta que le escriban a usted mi muerte en el combate, o tenga el placer de darle el parte de una victoria", frase que refleja la calidad de militar que era este caballero de la libertad. A la colaboración prestada al gobierno de Rocafuerte sobreviene un período de silencio en su discurrir hasta 1845, año en el cual se traslada a Panamá, desde donde oficia al gobierno colombiano solicitándole "la honra de pertenecer nuevamente al Ejército de la tierra en que nací, por cuya independencia he prestado servicios, aunque pequeños, y por cuya conservación y la del honor nacional sacrificaría cuanto exijan de mí el honor militar, el amor a la Patria, su libertad, su independencia, su gloria y sus leyes", petición que es atendida, inscribiendo su nombre en el escalafón de Generales de la Nueva Granada y llamándosele al servicio activo con el cargo de Comandante de Armas de Panamá. Ya en 1846 se le había decretado una pensión de 800 pesos mensuales (12).

Falleció en ejercicio de su cargo el 8 de junio de 1852, en Panamá. Sus exequias, según los relatos conocidos, no correspondieron ni a los servicios prestados a la república ni a su alta investidura. Prueba de ello es el que

su tumba no ha sido descubierta hasta la fecha para que las cenizas del ínclito ciudadano reciban la veneración de un pueblo que le debe inmensa gratitud.

Todos los próceres merecen nuestra gratitud y su memoria el culto correspondiente a sus servicios. A ninguno debe demeritarse, antes bien, su vida y ejemplo demandan la exaltación a que se hicieron acreedores. Revisando la relación de sus nombres, sus hazañas, sus virtudes y cualidades, la justicia no ha estado siempre de parte de todos. Si nos detenemos en la figura de don ANTONIO MORALES GALAVIS, uno de los primeros oficiales de nuestra gloriosa Infantería, ligado por más de 40 años al accidentado pero sublime discurrir de la amada Colombia, concluiremos que su nombre merece mucho más que la simple alusión a la reyerta del 20 de julio.

Quiera la estrella del gran General que en estas festividades su memoria emerja del cuasi olvido y su figura heroica adquiera ante nuestros ojos y los de las generaciones venideras el brillo y las dimensiones que realmente posee.

NOTAS

- (1) HERNANDEZ DE ALBA, Guillermo. "El Coronel Francisco Morales Fernández y su hijo el doctor Francisco de Paula Morales Galavis". *Próceres de 1810*. [Bogotá]. Banco de la República, [1960], p. 199—208.
- (2) POSADA, Eduardo. *El 20 de julio*; capítulos sobre la revolución de 1810. Bogotá, imprenta de Arboleda y Valencia, 1914. (Biblioteca de Historia Nacional, v. 13), p. 3.
- (3) HERNANDEZ DE ALBA, G., boceto citado, p. 202—204.
- (4) POSADA, E., obra citada, p. 4
- (5) HERNANDEZ DE ALBA, Guillermo. "Informe sobre servicios de Francisco Morales Fernández". *Bol. Hist. y Ant.*, vol. XIX, Nº 223, 1932, p. 255—257.
- (6) GONZALEZ BRU, Guillermo. "Méritos del Prócer Francisco Morales Galavis". *Bol. Hist. y Ant.*, vol. XVII, Nº 202, 1929, p. 594—596.
- (7) LOZANO Y LOZANO, Fabio. "General Antonio Morales". *Próceres de 1810*. [Bogotá], Banco de la República, [1960], p. 209—225.
- (8) RODRIGUEZ PLATA, Horacio. *La Antigua Provincia del Socorro y la Independencia*. Bogotá, Publicaciones Editoriales, 1963. (Biblioteca de Historia Nacional, vol. 98), p. 380.
- (9) LOZANO Y LOZANO, Fabio, obra citada, p. 219.
- (10) *Ibidem*, p. 222.
- (11) *Ibidem*, p. 223.
- (12) *Ibidem*, p. 224.
- (13) CASTILLERO R., Ernesto. "Uno de los promotores de la revolución de julio (1810) en Colombia murió en Panamá". *Bol. Hist. y Ant.*, vol. XXX, Nos. 347—348, 1943, p. 934—937.

BIBLIOGRAFIA

- Academia Colombiana de Historia. Bogotá. *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. X, p. 698; XV, p. 575; XVII, p. 594; XIX, p. 469 y 555; XXX, p. 934.
- Baraya, José María. *Biografías Militares* [Bogotá], Librería Ejército, 1962 (Biblioteca del Ejército) vol. 11.
- Posada, Eduardo. *El 20 de Julio*; capítulos sobre la revolución de 1810. Bogotá, imprenta de Arboleda y Valencia, 1914. (Biblioteca de Historia Nacional, v. 13)
- PRO CERES de 1810. [Bogotá], Banco de la República, (1960).
- Rodríguez Plata, Horacio. *La Antigua Provincia del Socorro y la Independencia*. Bogotá, Publicaciones Editoriales, 1963. (Biblioteca de Historia Nacional, vol. 98).
- Scarpeta, M. Leonidas y Saturnino Vergara. *Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú*, que comprende sus servicios, hazañas y virtudes. Bogotá, imprenta de Zalamea, 1879.

COLOMBIANO TOMA

Colombiana



LA MEJOR BEBIDA



JOSE ANTONIO ARREDONDO MARTINEZ

J. A. ARREDONDO MARTINEZ

UN COMANDANTE VALEROSO

De Ceuta a Madrid y Santafé. Un africano empuña las armas de América. Avanza la reconquista española. El cabo del batallón Numancia. Un condenado viaja a la libertad por el camino de la guerrilla. Arredondo en el llano. El arrojado conocedor de los Andes. El escalafón militar del Coronel Arredondo Martínez. De Gámeza a la inmortalidad. Un sepulcro se abre en Tasco.

Por el Mayor RAMIRO ZAMBRANO CARDENAS

Siglo y medio llevaba Ceuta de ser española, luego del tratado de Lisboa de 1640, cuando en sus calles se-leadas entre españolas y moriscas, nació José Antonio Arredondo y Martínez, en una fecha no suficientemente precisada, de la década comprendida entre los años de 1775 a 1785.

La influencia característica de la hégira de Carlos III se dejaba sentir en el Marruecos español, para la fecha del nacimiento de Arredondo, y bien pronto su familia emigró hacia la capital del reino, seducida por la gracia de aquella Madrid finisecular. A la capital española llegó, pues, un día José Antonio, acompañado por su madre doña Josefa Martínez.

De Ceuta a Madrid y Santafé.

No obstante que la semblanza biográfica de Arredondo carece de la suficiente documentación, y pese a la penumbra que rodea la época histórica en la cual se vió enmarcado su tránsito vital, se ha logrado establecer que —como atrás anotábamos— la primera juventud de Arredondo transcurrió en Madrid, desde donde emigró hacia el Nuevo Mundo. Parece haber sido Cartagena su puerto de desembarco, a partir del cual remontando primero la corriente del Magdalena y siguiendo luego el camino de Honda, llegó hasta Santafé.

Alguna teoría daba como razón de la venida de Arredondo a América, la

circunstancia de haberse enrolado en las filas del ejército español. Sin embargo, esta tesis no resiste mayor análisis, ya que si evidentemente Arredondo fue entonces soldado español, al caer prisionero durante la pacificación de don Pablo Morillo —como más adelante veremos— ha debido pasársele por las armas, como traidor al Rey, tal como se estilaba con los desertores, y no condenársele a servir sus armas cosa que evidentemente sí ocurrió.

Un africano empuña las armas de América.

Sobre la primera ocupación de nuestro biografiado a su llegada al Virreinato, no existe noticia cierta; se conoce en cambio que, cuando se encendió la tea libertadora con la oratoria fogosa de Acevedo y Gómez —en julio de 1810— y numerosos criollos y españoles tomaron las armas, como integrantes de las milicias que se instruyeron bajo la dirección del comandante del batallón “El Fijo”, don José Ramón de Leyva, Arredondo formó entre los primeros. Eligió las milicias de infantería y en las inmediaciones de la actual iglesia de Nuestra Señora de las Aguas, —entonces convento— recibió sus primeras lecciones.

Tampoco ha podido determinarse con exactitud si durante las disputas entre federalistas y centralistas, Arredondo tomó las armas en favor de Nariño, o si, por el contrario lo hizo bajo las banderas del Congreso de Tunja. El hecho es el que hacia 1815, vestía “chaceta de color pardo, pantalón blanco,

gorra de vaqueta, botones y divisa de color de oro”, como oficial de una unidad de infantería patriota, (1).

Avanza la reconquista española.

Pablo Morillo se hallaba ya zarpan-do de Cádiz —17 de febrero de 1815— y nuestros caudillos de independencia aún no habían trazado una directriz única para la defensa territorial. No obstante, la Antioquia de don Juan del Corral daba vida a la Academia Militar de Rionegro, mientras que Santafé se apresuraba a reclutar más tropas, agregando nuevos efectivos a las unidades existentes.

Cartagena cayó ante los sitiadores, con los últimos días de 1815 y poco después la progresión arrolladora de cuatro columnas realistas frustró los sueños independientes granadinos.

Para entonces, Arredondo Martínez, era teniente en el Batallón “Granaderos de Cundinamarca”, que siguió al Coronel Liborio Mejía, para morir por la Patria en las acciones de la Cuchilla del Tambo —29 de junio— y La Plata —30 de junio— de ese tristemente célebre año de 1816.

Menos de seiscientos eran sus compañeros de infantería, quienes junto con treinta artilleros y setenta hombres de caballería, eligieron la vía de combatir valerosos hasta el fin. (2).

Era la mañana del veintinueve de junio, cuando Arredondo, como parte de una de las dos fracciones en que se habían dividido las tropas patriotas, se acercaba a la población caucana del Tambo, para tropezar allí con un reducto fortificado realista. José María

Espinosa, compañero de armas de Arredondo y de Alejo Sabaraín y Rafael Cuervo, en el "Granaderos de Cundinamarca", relata así el encuentro cuando los patriotas de su batallón recibieron la orden de tomar las posiciones del Rey: "Allí se generalizó el fuego, y como duraba ya más de una hora sin resultados y nuestras municiones eran escasas, se dió la orden de avanzar al Batallón Granaderos de Cundinamarca. Nuestros soldados se arrojaron con el mayor valor y llegaron al pie de los atrincheramientos, pero viendo que sufrían muchas bajas y comenzaban a ceder, fue reforzado con el Antioquia, y últimamente se hizo general el combate, comprometiéndose en la línea de las fortificaciones casi toda nuestra gente" (3). Más adelante, afirma el mismo Espinosa, que cuando los patriotas se vieron también atacados por la espalda por una columna de guerrilleros realistas, patianos, "ya no era posible obrar en concierto, cada uno hacía lo que podía, y nos batíamos desesperadamente; pero era imposible rehacerse, y aún resistir el torrente de enemigos que, saliendo de sus parapetos nos rodearon y estrecharon hasta tener que rendirnos. Sucumbimos pero con gloria". (4).

Hecho prisionero Arredondo, junto con trescientos diez compañeros más, se le condujo atado hasta la cárcel de Popayán.

El Cabo del Batallón "Numancia".

Como es bien sabido, los prisioneros de la Cuchilla del Tambo, fueron reunidos con los de la Plata y "quitados",

cayendo consecuentemente una buena parte de ellos bajo las balas de la reconquista. La suerte favoreció esta vez a Arredondo Martínez, ya que se le perdonó la vida y se le condenó a servir las armas de España, como cabo, en el Batallón de Numancia.

Por más de un año arrastró su condena, y formó parte de las huestes de Fernando VII, integrando una compañía de fusileros, al lado de quince cabos más, en su generalidad excombatientes patriotas, y condenados a una suerte similar.

A la libertad por el camino de la cordillera.

Corría el mes de septiembre de mil ochocientos diecisiete y además, como casi todo el territorio estaba en poder de los españoles, aún ardía en los llanos de Casanare la llama de la libertad, que hasta allí habían conducido el cucuteño Francisco de Paula Santander y el francés Manuel Serviez. Simultáneamente, grupos guerrilleros ejercían su influencia en regiones ubicadas al norte y noreste de Cundinamarca. Pues bien, uno de aquellos días, hacia mediados de septiembre, el cabo Arredondo anocheció sirviendo su condena, pero las primeras luces de la siguiente mañana, le sorprendieron junto con ocho compañeros más, como desertores de las tropas del rey y buscando rápidamente el contacto con la resistencia casanareña. Simpatizantes de la guerrilla le permitieron el ocultamiento de las patrullas realistas y le facilitaron también la información requerida para tomar el accidentado

camino de la cordillera, que habría de conducirlos hacia la libertad.

Arredondo en el llano.

No iba corrido un mes desde su reincorporación a las tropas patriotas, cuando el célebre Ramón Nonato Pérez, le recomendaba ante el Libertador para comandar el Batallón "Constantes de la Nueva Granada". (5).

En el mismo año de 1817, Arredondo, que era ya un jefe de considerable figuración en las filas patriotas, fue comisionado por el Comando de Casanare, dentro del grupo encargado de tratar con Bolívar aspectos de importancia y del cual formaban también parte Fray Ignacio Mariño y el Coronel Agustín Rodríguez. (6).

Las disensiones que en las filas patriotas se habían producido, rompieron en Casanare su unidad y Páez se hizo entonces poco simpático a los ojos de los granadinos, razón por la cual se integró la comisión que atrás mencionábamos, de la cual Arredondo formaba parte, para pedir a Bolívar un Jefe granadino.

En el interin de la disputa, Arredondo, quien ya había sido nominado como comandante del Batallón "Constantes", o "Cazadores de la Nueva Granada", integrado en gran parte en base a desertores del ejército español, decidió —secundado por una parte de los suyos— trasladarse a Zapatosa para unirse a la guerrilla patriota. (7).

Nombrado luego Santander, como Jefe de las tropas de Casanare y habiendo establecido su cuartel general en La Trinidad, los caudillos patriotas

se sometieron a su autoridad y el "Batallón Cazadores", volvió a unirse bajo el mando único del Sargento Mayor (8) Antonio Arredondo. Para el efecto, se reunieron la fracción que seguía al africano en la guerrilla de Zapatosa y la que se había dirigido a la Laguna, a órdenes del Capitán José Leal.

De la estancia del Sargento Mayor Arredondo en Zapatosa, hemos encontrado el siguiente documento en el archivo de Santander: "Desde que fue rescatada esta provincia por un corto número de desertores del Bajo Apure, que estaba deseando un Jefe que, guardándola de sus derechos, la pusiera a cubierto de cualesquiera desórdenes interiores y de las tentativas que han hecho frecuentemente los enemigos por sublevarla de nuevo. Esto mismo han deseado muchos granadinos, que buscando un asilo en ellos (sic), aspiraban al mismo tiempo a organizar alguna fuerza con qué poder restituirse a su país y acaso libertar; pero ni lo uno ni lo otro se ha conseguido hasta hoy, merced a la insolencia de las pasiones, que todo lo han tergiversado.

Hoy respiramos al fin al saber que se aproxima U.S., con facultades y auxilios del Supremo Jefe, para remediar ambos males; motivo por el cual todas las gentes celebran su venida, y mucho más nosotros, que cansados de sufrir las calamidades del Llano comenzamos ya, con razón, a concebir esperanzas de establecer un nuevo orden de cosas en Casanare y de que fenezca este linaje de destierro en que hemos caído.

Quiera Dios que así sea, y U.S. con el objeto de informarle a viva voz sobre las causas que han influido en mi separación de las órdenes, así del gobierno, como de la Comandancia General de Casanare. El le manifestará cómo el Batallón de mi mando, estando consumiéndose en Betoyes en la inacción y a fuerza de enfermedades, pudiendo entretanto siquiera haber estado en movimiento molestando al enemigo en la frontera, no era más que un cuerpo próximo a su ruina, inútil e inerte para el bien público, y como para salvarlo de su total destrucción y hacerlo en alguna manera beneficioso, resolví, con anuencia de la oficialidad, transportarlo a este punto, donde ambas faltas quedasen remediadas. En efecto, desde entonces cesó la enfermedad en él y la mengua, al mismo tiempo que se ha obrado felizmente sobre el enemigo. U. S. no debe dudar un momento de mi obediencia: mi persona, las armas, la oficialidad, todo está a su disposición; pues nuestros deseos no son otros que militar bajo las órdenes de un jefe de la instrucción, experiencia y prudencia como usted.

Dios guarde a usted muchos años.

Antonio Arredondo.

Zapatoza, noviembre 28 de 1818".

El arrojado conocedor de los Andes.

El conocimiento sobre los pasos andinos, adquirido por Arredondo durante el tiempo en que permaneció con

la guerrilla de los hermanos Almeydas, lo convirtió en un elemento imprescindible en el Estado Mayor de Santander, tanto para el planeamiento como para la ejecución de los golpes de mano contra los destacamentos realistas que se aventuraban hacia Casanare. De ello da testimonio la siguiente carta: "Señor Comandante en Jefe **Francisco de Paula Santander**, —del Comandante de Cazadores de N. G.— Mi General: Acabo de recibir el adjunto, que remito, del Capitán Alfonso. Tengo averiguado la idea de Marroquín; se echan, a mucho apretar, dos días y medio. Supuesto a que son nada más que 300, bueno será atacarlos, previo el gusto de U.S., con eso nos dejan de incomodar, tanto de frente como por retaguardia. Me comprometo a batirlos, con que U.S. lo determina, aguardo la orden antes que se vayan. De frente se les puede apretar, pero por retaguardia tenemos dos ventajas, pues podemos tomar las trincheras. Yo aguardo aumentar mi Batallón con los de Paya o Salina. Soy de U.S. su amigo invariable. A. Arredondo. Jomos, 14 (diciembre) a las 9 de la noche".

La acción de Arredondo por los senderos de la serranía, se hizo temible para los soldados españoles y se afirma que hacia mediados de 1818, burló su vigilancia y se presentó en la plaza pública de Guateque, para propiciar un movimiento subversivo contra la autoridad realista.

Sus méritos indiscutibles, y el gran conocimiento personal del área de operaciones, dieron a Arredondo la oportu-

tunidad de que su unidad fuese seleccionada en la formación de vanguardia para la campaña libertadora de 1819.

El escalafón militar del Coronel Arredondo.

Curiosamente el destino señaló a Arredondo para formar parte de dos escalafones: el patriota y también el correspondiente al ejército realista. A este, como atrás queda dicho, ingreso forzosamente luego del combate de la Cuchilla del Tambo y poco más de un año después lo abandonó para tornar al lado de los independientes.

De sus servicios en las filas patriotas, se recuerda que sus grados de Teniente y Capitán, transcurrieron con antelación a la reconquista del año de 1816. En 1817 y poco después de su deserción del Numancia, aparece en las tropas casanareñas con el grado de Sargento Mayor, y ya el cuatro de febrero de 1818 se le promueve a Teniente Coronel de Infantería, con antigüedad de la misma fecha, (9). Una semana después, a solicitud de Santander y por reorganización, el batallón bajo su mando cambió el nombre de "Constantes de la Nueva Granada", por el de "Primero de Cazadores".

Al mando del "Cazadores", contó con la colaboración del Sargento Mayor Joaquín París, como segundo comandante, y con la ayuda de los oficiales subalternos Fernando Vargas, Custodio Gutiérrez y Eusebio Corrales, quienes habrían de permitir a su unidad desempeñarse como la más célebre de las tropas de vanguardia patriota en

la campaña cuyo sesquicentenario celebramos.

El genio de Bolívar y la capacidad organizativa del general Santander habían planeado cuidadosamente la campaña libertadora del año 19 y esta se encontraba ya en marcha. La cordillera fue ascendida gracias al espíritu de sacrificio de los soldados y bien pronto la acción de Paya, se convirtió en un éxito resonante para los hombres desnudos procedentes del llano. Con respecto a ella, afirma Cayo Leonidas Peñuela, en su "Album", que correspondió a Arredondo Martínez su planeamiento y ejecución.

Iniciada en Morcote la acción de reconocimiento ofensivo hacia Paya, con la cuarta compañía de Cazadores, nuestro biografiado puso en fuga a los realistas pertenecientes al Batallón "Tambo", el 30 de mayo de 1819. Ello habría de valerle su ascenso a Coronel, ante las peñas de Tópaga.

De Gámeza a la inmortalidad.

A la cabeza de su batallón y primero en Soacha y en Tasco, lo sorprendió el diez de julio de 1819 frente a las posiciones de José María Barreiro en el combate de Gámeza. Allí, valeroso como de costumbre, habría de ganar su ascenso a Coronel y también su tránsito hacia la eternidad, cuando con sus hombres después de efectuar una temeraria carga a la bayoneta, cubría el repliegue patriota, de orden de Bolívar.

Seguro el Libertador de que la acción no revestía mayor importancia, ante la resistencia realista, dispuso un repliegue inmediato bajo la protección

del Cazadores. Fue entonces cuando dos certeros disparos hirieron de muerte al comandante de la brava Unidad, casi simultáneamente con la herida que recibía el propio general Santander.

En aquel día, las peñas de Tópaga testimoniaron la muerte de trescientos realistas y setenta y seis patriotas. Al caer de la noche los independientes pernoctaron en Gámeza y al día siguiente entraron a Tasco en cuya plaza fue sepultado Arredondo.

Un sepulcro se abre en Tasco.

Así pues, Tasco, una pequeña población boyacense, con una cantidad actual de habitantes similar a la distancia que la separa de Ceuta, guarda con el Marruecos español la relación de haber servido como última morada de un hombre de aquella, indiscutiblemente meritorio y cuya vida apagaron las balas realistas en ese tan lejano y tan próximo julio de 1819, cuando los valles de Boyacá se teñían de rojo durante el gran alumbramiento patriótico a la vida de la libertad.

El hijo de doña Josefa Martínez, casado con doña María Francisca Solórzano, dejó a sus soldados el recuerdo de un valor sin par y de una inigualable voluntad de servicio, y a sus deudos la muy modesta pensión de seis pesos mensuales, (10) fijada por el libertador para ayudar a la manutención de aquellas dos mujeres que entregaron a la República algo de sí mismas, en la persona del arrojado coronel, cuya sepultura aparece registrada en Tasco el día trece de julio de 1819.

En el mando del Batallón "Cazadores", sucedió a Arredondo el Sargento Mayor Joaquín París y como tributo de merecido respeto a su memoria, se ordenó a los Oficiales de la División de Vanguardia llevar luto por dos días.

Al aparecer esta edición de "**Fuerzas Armadas**", consagrada a evocar los nombres de quienes en gesta singular hace ciento cincuenta años, vencieron en la lid —bajo el sol libertador de Boyacá— los núcleos más importantes de resistencia realista, un lugar destacado merece José Antonio Arredondo Martínez, el hombre que vino desde Ceuta hasta América, para ofrendar la vida por su patria adoptiva, lejana del soleado Ceuta de sus años juveniles, y unida desde entonces a la aldea, perdida en los contrafuertes andinos, donde el destino abrió la tumba de un capitán sin tacha.

N O T A S

- (1) Tal era el uniforme de los Oficiales de Infantería hacia 1815, conforme lo asevera el Mayor Jorge Mercado, en su "Campana de Invasión del Teniente General Pablo Morillo 1815-1816", reeditada por la librería del Ejército, página 33, Editorial Iris, Bogotá, 1963.
- (2) José Hilario López, acredita estas cantidades de combatientes, en sus "Memorias".
- (3) José María Espinosa, "Memorias de un abanderado", Biblioteca rural y aldeana de Colombia. Página 145.

- (4) José María Espinosa Op. Cit.
- (5) Esta propuesta de nombramiento esta acreditada mediante documento original que forma parte del archivo particular del señor Coronel (r) Leonidas Flórez Alvarez.
- (6) Oswaldo Díaz Díaz acredita esta misión, en su estudio publicado por la "Revista de las Fuerzas Armadas", número 26, correspondiente al mes de mayo de 1959.
- (7) "Archivo Santander", Tomo I, página 546, Editorial Aguila Negra, Bogotá, 1913.
- (8) Grado entonces equivalente al actual de Mayor.
- (9) General Carlos Cortés Vargas, "Noticia sobre el escalafón general de los héroes de la independencia". Memorial del Estado Mayor del Ejército de Colombia, números 127 y 128, correspondientes a enero y febrero de 1923. Páginas 48 y 55.
- (10) Oswaldo Díaz Díaz. Art. citado.

TEXAS PETROLEUM COMPANY

TEXACO

Contribuye desde 1926 al desarrollo de la economía nacional, mediante la vinculación de capital en trabajos de:

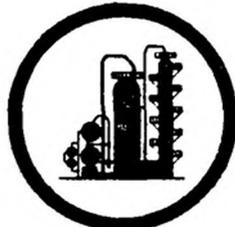




EXPLORACION



EXPLOTACION



REFINACION



TRANSPORTE



JOAQUIN PARIS

JOAQUIN PARIS

Por el Capitán (R) ELIAS ESCOBAR SALAMANCA

Entre los caudillos más sobresalientes de nuestra gesta emancipadora, se encuentra sin duda la figura de este insigne soldado santafereño, que al lado de Francisco de Paula Santander y José María Córdoba, forma la primera fila de los próceres granadinos.

Nacido el 18 de Agosto de 1.795, en el hogar formado por el ilustre madrileño Dn. José Martín París y Dña. Genoveva Ricaurte. Tronco de una de las familias singulares, que más próceres dieron a nuestra Patria, ya que de él salieron Manuel, Antonio, José Ignacio y Mariano. Los dos primeros cosecharon laureles en las campañas venezolanas a órdenes de Bolívar, alcanzando merecidos ascensos en lucha contra Boves y Morales. José Ignacio gozó siempre del aprecio del Libertador y su admiración hacia el héroe caraqueño, fue tan grande que donó al país el famoso bronce de Tenerani que hoy se levanta en la plaza principal de Bogotá en homenaje al Padre de la Patria. Dn. Mariano quien por su ferviente patriotismo y su fidelidad a la persona de Bolívar sufrió varias persecuciones y fue vilmente asesinado.

La hoja de servicios de Joaquín, es de las más amplias y brillantes; comienza el 20 de Julio de 1.810 con el grito de Independencia, que envuelve al joven París, a los 15 años, en las filas revolucionarias. En 1813 forma parte de la expedición que manda Dn. Antonio Nariño en la denominada campaña del Sur, toma parte en las principales acciones libradas por la fuerza patriota contra Sámano y Melchor Aymerich; se distinguió por su arrojo y bravura en los combates de: Alto Palacé, Calibío, Juanambú, Tazines, Ovejas, El Palo y por último en la Cuchilla del Tambo en donde con el grado de Capitán, cayó herido y fue hecho prisionero. Por órdenes de Sámano en 1816 fue enviado en compañía de otros granadinos ilustres, a la fortaleza de Puerto Cabello, a pagar una condena de 16 años. Escapó milagrosamente del buque que lo conducía a prisión y logró llegar a la Isla de Curazao, refugiándose por algún tiempo allí, hasta cuando en 1818 pasó a Venezuela y se enroló en las filas de la fuerza patriota que comandaba el Li-

bertador, tomando parte en varias acciones de aquella infructuosa campaña.

En la Campaña de La Nueva Granada

Destinado el General Santander para organizar y comandar la fuerza que debía construir la división de vanguardia, París solicitó y obtuvo de Bolívar el traslado a aquel frente de lucha; a órdenes de su compatriota demostró gran capacidad en la organización y disciplina de ese cuerpo que debía formar la punta de lanza del ejército expedicionario, de la Nueva Granada.

Creado el famoso Batallón Cazadores de Vanguardia se destinó a París como su Segundo Comandante, a órdenes inmediatas del valeroso Teniente Coronel Antonio Arredondo. Reunido en Tame el 11 de Junio todo el Ejército expedicionario y de acuerdo al plan operativo dispuesto por el General en Jefe, las tropas tomaron su dispositivo, para iniciar la penosa marcha que debía cubrir la distancia enorme entre Tame y Socha. Afrontando toda clase de sacrificios y penalidades, determinados por el rigor del clima y la dificultad del terreno abrupto, se asignó al Batallón Cazadores la misión de marchar como descubierta de la columna para proteger sus movimientos, explorando el terreno y asegurando las comunicaciones. En esta formación de combate, el Cazadores jugó el papel más importante en la acción ofensiva a la fortaleza de Paya. Gracias a la pericia de Arredondo quien conocía perfectamente el terreno, y al valor y sentido táctico de París, la

guarnición realista fue sorprendida con un audaz movimiento de flanco, que dislocó el dispositivo de la defensa realista obligando a su Comandante a ejecutar una maniobra falsa, abandonando sus magníficas posiciones sin ofrecer prácticamente resistencia alguna. Como sabemos, este primer triunfo de los patriotas fue de gran importancia para el futuro de la guerra ya que se aseguró allí el éxito en la continuación del plan operativo de la Campaña.

En la difícil travesía del Páramo de Pisba, Santander comisionó a París para que con parte de su fuerza se adelantara a la columna de vanguardia para adquirir abastecimientos, asegurar las comunicaciones e impedir cualquier sorpresa del enemigo. La conducta del granadino fue admirable en todo el trayecto de la escarpada cordillera dando siempre ejemplo a sus hombres de energía y valor, atendiendo los enfermos y alentando a los moribundos. El 10 de Julio la fuerza patriota tomó nuevo contacto con el grueso de la tercera división de Barreiro y al amanecer del 11 se libró el combate de Gámeza donde el peso de la acción ofensiva estuvo a cargo del "Cazadores" de Vanguardia, que con gran intrepidez cargó sobre las formaciones realistas, pasó el Río Gámeza ante el fuego cruzado y vivo del enemigo haciéndolo replegar hasta las alturas de Tópaga. Este combate que duró ocho horas, según el parte oficial del Estado Mayor firmado por el Coronel Manrique, costó a los independientes doce muertos y 76 heridos, entre estos últimos el propio Comandan-

te del Batallón Cazadores, Coronel Arredondo, quien falleció después, siendo reemplazado en el mando de esta Unidad por París, ascendido entonces a Teniente Coronel. En la Batalla del Pantano de Vargas, la actuación del Batallón Cazadores y su Comandante fue muy valiosa; ordenando el dispositivo de combate del Ejército Patriota, el Libertador dispuso que la división de Vanguardia que comandaba Santander, ejecutara una atrevida maniobra por él, a la izquierda de la posición enemiga en el cerro del picacho. París, con su Batallón que hacía parte de esta división, trepó por escarpado cerro y logró una hábil maniobra tratando de flanquear aquel punto de apoyo enemigo, pero la ventaja del terreno y superioridad del número, lo hicieron retroceder en varias ocasiones lo mismo que toda la línea de resistencia patriota que al promediar la tarde estuvo a punto de sucumbir en la más trágica derrota, pero que gracias al improvisado ataque de los Lanceros de Rondón, quien con su fulminante carga, cambió el rumbo de la Historia inclinando la balanza del triunfo en favor de nuestras armas.

En la memorable jornada del Puente de Boyacá, tal vez la actuación más destacada de París en el curso de esta Campaña, condujo a su Batallón en forma acertada, y al chocar las dos Vanguardias entre la casa de Teja y el Puente, el Cazadores luchando hombro a hombro con el Rifles en formación de batalla obligaron a las Unidades de la División Realista del Coronel Jiménez, a replegarse en desorden

precipitándose sobre el Río Teatinos. Por su comportamiento en todos los actos de esta jornada decisiva el Cazadores y su Comandante recibieron merecidos elogios de Bolívar y Santander; en el parte oficial del Estado Mayor, firmado por Soublette se destaca notablemente la actuación de este cuerpo. Ordenada por el Libertador la persecución del resto de fugitivos realistas hasta Ventaquemada, París recibió la delicada misión de conducir hasta Santa Fé al Jefe peninsular Barreiro y a los demás prisioneros; enérgico pero a la vez magnánimo cumplió esta nueva tarea con gran celo pero sin abusar de sus enemigos a quienes dió el trato que merecían su condición y rango.

Consolidada la Libertad de la Nueva Granada con la Victoria de Boyacá, Bolívar incansable en ejercicio de la guerra y de la política, se dió a la tarea de organizar el naciente Estado, pero sin descuidar sus faenas militares; fue así como desde la Capital despachó varios destacamentos en persecución de los fugitivos que todavía ocupaban algunos lugares del territorio granadino. París recibió la orden de marchar sobre la columna de Calzada que se había retirado hacia Popayán. Más tarde esta fuerza Patriota constituyó el núcleo principal del llamado Ejército del Sur, que a órdenes primero del Coronel Antonio Obando y posteriormente del General Manuel Valdez, sirvieron de base al Libertador para emprender la Campaña del Sur que culminó con las célebres batallas de Bomboná y Pichincha, asegurando la

independencia de Quito. En medio de los deberes y responsabilidades impuestos por la guerra, París no olvidó su sagrado compromiso de amor adquirido el año anterior con su prometida Dña Mariquita de la Roche y obteniendo licencia especial del Libertador Presidente, se unió a esta gentil y bella dama santafereña en los primeros días de Enero de 1820.

La Nueva Campaña del Sur

Bolívar, con el deseo ferviente de continuar su inmensa tarea de liberar a los demás pueblos del continente, que gemían bajo la dominación española, una vez asegurada la Independencia de su Patria, en la brillante Victoria de Carabobo, decidió abrir personalmente operaciones en el Sur de la Nueva Granada, y para tal efecto destinó a los Generales venezolanos, Antonio José de Sucre y Pedro León Torres con la misión de obrar el primero sobre Guayaquil y Quito y el segundo sobre la región de Pasto. París con su Batallón Cazadores fue a prestar sus servicios a órdenes del General Torres. En Octubre de 1821 rescató a Popayán que se incorporó definitivamente al territorio granadino. Asumiendo Bolívar el mando de la columna de Torres, dirigió las operaciones que culminaron con la Batalla de Bomboná. Antes de esta memorable acción conviene destacar un hecho importante que contribuyó en cierto modo al éxito de esta campaña; esta fue la desertión de las filas realistas, del famoso guerrillero comandante José María Obando, quien gracias a Pa-

ris y Torres, se incorporó a las filas patriotas luchando contra la opresión. Bolívar, en una entrevista que concedió a Obando le confirió el grado de Teniente Coronel del Ejército de su Patria. La Batalla de Bomboná que se libró en la mañana del 7 de Abril de 1822 se inició a semejanza de la del Pantano de Vargas, con desventaja ostensible para la fuerza patriota, a causa de las magníficas posiciones que ocupaban los realistas del Coronel Basilio García, quien presentó su fuerza en una sólida línea de combate, apoyando sus alas entre el volcán Galeras y las depresiones del Guátara. Esta desventaja, tácita en la iniciación del combate, fue compensada por la valentía e intrepidez que demostraron los independientes, quienes al llegar la noche consiguieron flanquear las posiciones enemigas obligando a los realistas a replegarse, abandonando el campo de batalla. Las pérdidas patriotas en esta acción fueron muy apreciables; casi todos los Comandantes de Unidades importantes resultaron heridos o perecieron en la lucha; el General Pedro León Torres, recibió una grave herida de cuya consecuencia falleció más tarde en Pasto. París perdió dos dedos de la mano derecha que le cercenó una bala de fusil.

Con esta jornada de sacrificio y abnegación tal vez la más sangrienta de todas y cuya decisión no fue completa, merece especial significación la conducta observada por los Jefes subalternos que con su acostumbrada valentía compensaron los errores tácticos en la dirección y conducción de ella. París

con su energía y valor estuvo presente en todos los actos de este drama y contribuyó con su esfuerzo a evitar una posible derrota. Por su comportamiento en Bomboná recibió el galardón de "La Orden de los Libertadores de Colombia" y el grado de "Coronel Efectivo". Aquí termina la trayectoria militar de nuestro ilustre biografiado en lo que respecta a la lucha emancipadora que se inició doce años atrás en Santa Fé de Bogotá y el grito de rebelión con que el pueblo granadino se aprestó para sacudir el yugo de la esclavitud.

La Formación de la Nacionalidad Colombiana

En tanto que Bolívar se disponía a completar su grandiosa Empresa Libertadora, con la brillante Campaña del Perú, el Coronel París regresaba a Santa Fé para iniciar un nuevo capítulo de su vida al servicio directo de su patria en la formación y afianzamiento de sus instituciones. Asegurada la libertad del Perú en las memorables jornadas de Junín y Ayacucho, el Libertador regresó a Bogotá, asumiendo las funciones de Presidente Constitucional. París, que en aquella época ejercía la Comandancia de armas del Estado de Cundinamarca fue ascendido en Octubre de 1827 al grado de General. En este cargo lo sorprendió el funesto acontecimiento del atentado perpetrado al Libertador Presidente en la noche del 25 de Septiembre de 1.828. Su conducta en este lamentable suceso, demostró gran equilibrio intelectual y moral. Conservando su in-

quebrantable adhesión y fidelidad al Padre de la Patria, sin olvidar sus deberes de amistad y gratitud hacia su antiguo compañero y Jefe Santander, logrando en aquella difícil situación política servir de conciliador entre los máximos caudillos de nuestra emancipación. Posteriormente, en los gobiernos que sucedieron a Bolívar y Santander, obtuvo las más altas posiciones del Estado, fue varias veces Gobernador y Ministro de Guerra, Primer designado a la Presidencia y Comandante en Jefe del Ejército. Defendió con valor sus ideas políticas, cuadrándose siempre en defensa de la legitimidad.

Doblegado al fin por el paso de los años, desgastado en los campos de batalla, cargado de honores y méritos por sus prolongados y valiosos servicios a la noble causa de la Libertad, enfundado en su uniforme de gloria y objeto de veneración y respeto de sus compatriotas, exhaló el postrer latido, este benemérito soldado de la Independencia en su Hda. "Peñas Blancas", municipio de Honda, el 2 de Octubre de 1868.

La Patria agradecida dispuso que sus despojos mortales recibieran solemne sepultura en su ciudad natal, honrando su memoria por medio de este decreto expedido por el Congreso de la República.

El Congreso de los Estados Unidos de Colombia,

CONSIDERANDO:

Que el Benemérito General París se enroló el 30 de Julio de 1.810, a la

edad de quince años, en las filas de los que abrazaron la causa de la Independencia y Libertad de su Patria, y contribuyó a darle renombre y días de gloria;

Considerando: Que el General París se halló en las acciones de guerra libradas en los campos de Matarredonda, Ventaquemada, Monserrate, Angostura de la Grita, Alto Palacé, Calibío, Juanambú, Tacines, Ejidos de Pasto, Ovejas, El Palo, Cuchilla del Tambo, La Plata, Gámeza, Pantano de Vargas, Boyacá, Bomboná y en otros encuentros de armas, habiendo quedado herido e inutilizado por consecuencia de alguna de estas batallas;

Considerando: Que el General París fué prisionero de Sámamo el 24 de Julio de 1.816 y condenado a presidio después de sufrir el "Quinto a Muerte";

Considerando: Que el General París, hasta el día de su fallecimiento, le sirvió a la República con honradez, lealtad y patriotismo;

Considerando: Que todos estos merecimientos constan por notoriedad y el testimonio de los Generales Bolívar, Nariño, Urdaneta, Santander, Soublatte, Cabal, Herrán, Ospina, Obando, Acevedo y el de varios ciudadanos,

DECRETA:

ARTICULO 1º—El Congreso de los Estados Unidos de Colombia honra la memoria del Benemérito General Joaquín París, como uno de los más de-

nodados defensores de la Independencia Nacional, y de los más heroicos caudillos de la Libertad en Hispano América.

ARTICULO 2º—El retrato al óleo de este eminente ciudadano costado por los fondos públicos, será colocado en la sala de monumentos patrios, con esta inscripción: "El Congreso de los Estados Unidos de Colombia honra la memoria del Benemérito General Joaquín París.

ARTICULO 3º—La Sta. Virginia París, hija legítima de dicho General, gozará de una pensión de cuarenta pesos mensuales, pagadera del Tesoro Nacional.

Dado en Bogotá a veinticuatro de Marzo de Mil Ochocientos Sesenta y Nueve. El Presidente del Senado Plenipotenciario, Juanuario Salgar. El Presidente de la Cámara de Representantes, J. Eusebio Otálora. El Secretario del Senado Plenipotenciario, Ernesto de Vilar, El Secretario de la Cámara de Representantes, Nicolás Esguerra.

BOGOTA MARZO 25 de 1869.

PUBLIQUESE Y EJECUTESE.

(I.S.) Santos Gutiérrez.

El Secretario del Tesoro y Crédito Nacional

Narciso González Lineros.

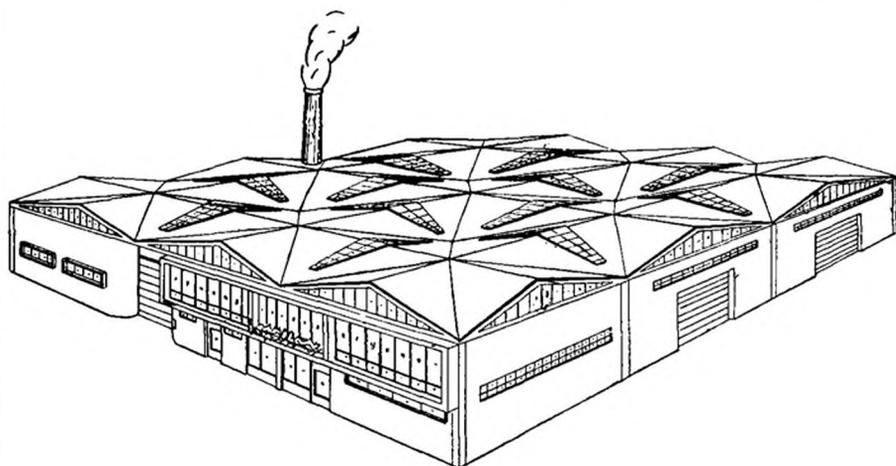
Britilana Benrey Ltda.

CALI - COLOMBIA

FABRICANTES DE:

- PAÑOS Y
- TELAS DE ALTA CALIDAD

*Se complace en felicitar a las
Fuerzas Militares por la
presentación de su edición
especial en el No. 56 de la
"Revista de las Fuerzas
Armadas", dedicada a la
Recordación de nuestros
Próceres, con motivo del
"Sesquicentenario de nuestra
Campaña Libertadora".*



FONDO ROTATORIO DEL EJERCITO

PRESTA SERVICIOS AL PERSONAL DE LAS FUERZAS ARMADAS Y CONTRIBUYE AL
DESARROLLO ECONOMICO DEL PAIS, CON LAS SIGUIENTES INDUSTRIAS:

FABRICAS DE RACIONES DE CAMPAÑA

PASTAS ALIMENTICIAS

TOSTADORA EMPACADORA DE CAFE

PANIFICADORA Y BIZCOCHERIA

TRILLADORA DE MAIZ

PLANTA DE LAVADO Y APLANCHADO DE ROPA

PRODUCCION

SERVICIO

ECONOMIA



ANTONIO OBANDO

ANTONIO OBANDO

Por JOSE MARIA BARAYA

El 20 de julio de 1810, un estudiante del Colegio del Rosario, de esta ciudad, iba apresuradamente acompañado de un amigo, con dirección a la plaza mayor. Llegan a ella cuando la efervescencia y el entusiasmo del pueblo en ese día habían tomado alguna tregua. Serían las cinco de la tarde cuando los dos amigos excitaban de nuevo la pasión patriótica pidiendo a voz en cuello y sin descanso, la reunión del cabildo de la ciudad. "Cabildo abierto" pedían, y "Cabildo abierto" gritaba la multitud, hasta que el cabildo se instaló.

El estudiante del Rosario era Antonio Obando, hijo de la provincia del Socorro, y su compañero, el ilustre patriota presbítero doctor Nepomuceno Azuero quien entre los próceres granadinos se hizo notar por la energía de su alma y por la firmeza de su carácter.

Antonio Obando sentó plaza como soldado en el batallón "Milicias de Cundinamarca", y en él concurrió a las acciones de Alto Palacé, Calibío, Juanambú y Tacines, en la Campaña del sur emprendida por el General Nariño en 1813, ganando en ella los ascensos desde subteniente hasta capitán.

Con el General Cabal hizo también la campaña sobre Pasto en 1815, hallándose en los combates de Ovejas y del Palo; y después en el año de 1816, a las órdenes del Coronel Mejía, en los de la Cuchilla del Tambo y La Plata, ascendido ya a Sargento Mayor.

Emigrado Obando en 1816, cuando la dominación de Morillo en Bogotá, llegó al Arauca por San Martín y Casanare, con las tropas que condujo Serviez, en su retirada, a tiempo en que Páez, atacaba en los Cocos una partida de realistas de 55 hombres, a quienes, con 8 compañeros, derrota, mata y hace prisioneros, escapándose solamente unos pocos; y cuando el comandante Jenaro Vásquez, atacó con su escuadrón toda la caballería enemiga mandada por el Padre Torrellas, quien huyó espantado ante el arrojo de los patriotas.

En febrero de 1817, bajaba por el Apure con dirección a Barcelona el Teniente Coronel Antonio Obando, en compañía del General Santander (coronel entonces) con quien hizo la cruda campaña de Venezuela en los años de 1817 y 1818.

Preciso es recordar en esta biografía algunos otros hechos de esa campaña.

El 20 de marzo de ese último año, después de haberse reunido el ejército republicano en el Rastro, situado el realista al mando de Latorre en Ortiz, Bolívar y Páez, determinaron atacar a aquel en sus fuertes posiciones, trabándose en efecto el combate a las doce del día.

Tomada la primera altura del campo enemigo, se retiró este a la segunda, y para forzarla, auxiliando a la infantería, echaron pie a tierra quinientos jinetes. La caballería trepaba los cerros en alcance de los batallones realistas, combatiendo todos con un valor extraordinario hasta las cuatro de la tarde; pero todo fue en vano. Los esfuerzos y el valor heroico de los republicanos se estrellaron contra los obstáculos que la naturaleza del terreno y la disciplina militar del enemigo les oponían. Se ha creído que si los patriotas en vez de atacar de frente, hubieran flanqueado las alturas de Ortiz y procurado así apoderarse del pueblo, habrían obtenido la victoria.

El ejército republicano tuvo en este obstinado combate una pérdida considerable entre oficiales y soldados, muertos y heridos, siéndolo de los primeros el Coronel Jenaro Vásquez, que había descollado entre los valientes; pero temeroso el enemigo de un segundo ataque, mejor combinado, abandonó el campo aquella misma noche.

En esa sangrienta acción se halló y se distinguió por su denuedo el Teniente Coronel Obando.

Después del funesto combate del Rincón de los Toros, que costó la vida a 300 republicanos, entre ellos al Coronel Silvestre Palacios y al Mayor Mariano Plazas, tuvo lugar el 2 de mayo de 1818, la acción de Cojedes, en que Páez ostentó, aunque sin éxito, todo su heroísmo.

Formada la división Páez en batalla, Latorre ordenó su línea de combate por columnas que tenían la infantería al centro y la caballería a los costados. Los patriotas aguardaron a pie firme en su formación. Cubrían su derecha setenta jinetes de la guardia de honor de Páez, formada con hombres de los más valientes de Apure y mandados por el Teniente Coronel Cornelio Muñoz; y la izquierda un escuadrón de carabineros mandado por el Coronel Iribarren, quedando en la reserva el Coronel Rangel, con tres escuadrones lanceros. A pesar de que el enemigo era muy superior en número, la infantería mandada por el General Anzoátegui, lo esperó con la mayor serenidad, rodilla en tierra y sin disparar un fusil hasta que aquel estaba a tiro de pistola; pero abandonada esta por la caballería de la izquierda, que huyó y se dispersó, fue toda lanceada y degollada por la caballería enemiga. Entonces Páez, a la cabeza del escuadrón de la derecha, da una carga formidable, como de costumbre, y rompe y arrolla las filas enemigas hasta la infantería de su retaguardia, que es destrozada. Después de una carga tan atrevida, vuelve Páez, sobre su campo, y hallándolo ocupado ya por los realistas, sin detenerse un momento, arremetió

de nuevo, y con un puñado de sus soldados obtuvo, lo que parece increíble, el completo rechazo del enemigo, que aterrado y creyendo que lo atacaban mayores fuerzas, se retiró a una eminencia a la izquierda del campo de batalla.

En este combate se halló también el Teniente Coronel Obando, que fue gravemente herido, y junto con él lo fue también, el Teniente Coronel granadino Vicente Vanegas, que recibió más de doce heridas. El comportamiento de ambos, como el de los demás granadinos que a esa acción concurrieron, mereció los mayores elogios.

Fueron igualmente heridos los dos jefes españoles Latorre y Bausa, y hubo de una y otra parte un gran número de muertos.

Después de este y del combate del Cerro de los Patos, perdido por Cedeño, el 20 de mayo, no quedaba a los patriotas de todo lo que habían libertado al principio del año sino la plaza de San Fernando, en donde fue destrozada la vanguardia de Morales por la guardia de honor de Páez el 28 del mismo mayo.

Corría el mes de agosto de 1818, y en él regresaba el Teniente Coronel Obando, después de tan gloriosa campaña y de tantos sacrificios, acompañando al General Santander desde Angostura, para venir a Casanare a levantar y organizar las fuerzas con que debía emprenderse en el siguiente año la campaña de la Nueva Granada.

Reunidas las fuerzas de Bolívar y Santander en Pore el 28 de junio de

1819, una parte de la vanguardia del ejército mandada por el segundo, forzó y tomó la fuerte posición de Paya a tiempo en que Obando ocupaba el pueblo de Chita, haciendo prisionero todo el destacamento español que lo defendía. De los efectos tomados al enemigo en Chita, le tocó al jefe un dormán de paño guarnecido de pieles, que en esas circunstancias era una valiosa adquisición, porque jefes, oficiales y soldados del ejército republicano venían todos casi desnudos. Obando lo donó al General Santander, a quien después sirviera como distintivo en la batalla de Boyacá y lo traía en su entrada a la capital, viniendo a la cabeza del ejército vencedor.

Obando combatió en Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá con notable denuedo, mereciendo por esto la aprobación de sus jefes y los elogios de sus compañeros de armas.

El mismo día del combate de Gámeza (11 de julio) en que fue herido se le dió el despacho de coronel graduado; y la efectividad de este empleo, el 22 de agosto.

Después de la batalla de Boyacá, apareció en los valles de Cúcuta la división expedicionaria del General Latorre; pero el General Soubllette, que del campo de Boyacá partió para esos valles y que había organizado ya una división de más de 2.000 hombres, auxiliado por el Coronel Pedro Fortoul, debía oponérsele.

Marcha Soubllette sobre Latorre, y las avanzadas de este son destrozadas el 23 de diciembre en el Rosario, por lo cual se retira a Bailadores, y Souble-

tte ocupó a San Cristóbal para unirse con Páez en Mantecal y amenazar a Caracas.

En Pamplona se organizó, como hemos dicho antes, un nuevo ejército regido al principio por Anzoátegui, a cuya cabeza se puso en persona el General Bolívar, para emprender nuevamente sobre Venezuela.

Morillo, que había permanecido en Calabozo hasta principios de agosto, se movió de allí a Venezuela y Caracas, fijando después su cuartel general en Barquisimeto, donde se hallaba inactivo en octubre, esperando la nueva expedición que se preparaba en Cádiz a las órdenes del General O'Donnell para venir en su auxilio, la que en Cádiz mismo tuvo que disolverse.

Por ese tiempo tuvo lugar el combate naval de Apure Seco, ganado por el intrépido Comandante Antonio Díaz y el no menos valeroso Capitán Castelli, que mandaban las fuerzas sutiles de los patriotas en el Orinoco y en el Apure.

Páez ocupó entonces a San Fernando de Apure, abriendo este flanco a los patriotas para acometer a los españoles en sus dominios, y dominar todo el bajo Apure.

Hallábase todavía el Libertador activando en Pamplona la completa organización del ejército del norte, cuando la 5ª división española mandada por Latorre, volvió a presentarse en los valles de Cúcuta.

El General Bolívar partió para Angostura, y el General Bartolomé Salom, quedó mandando el ejército del norte, por muerte del General Anzoátegui,

desgraciadamente ocurrida el 15 de noviembre.

La legión irlandesa contratada con el General Juan D'Evereux, empezaba a llegar a la isla de Margarita. En ella vinieron como edecanes del General, un hijo de O'Connell, el grande orador irlandés y el Alférez Santiago Fresar, reliquia todavía viviente de esa heroica legión que tanto contribuyó a la independencia suramericana.

El 14 de diciembre se presentó Bolívar, ante el congreso de Angostura y el 17 se votó por unanimidad la ley fundamental de la Unión, quedando constituida la República de Colombia, que desde ese día parecía llamada a los más altos destinos.

Entre tanto, el ejército del norte al mando del General Salom, abría la campaña sobre Venezuela el 11 de enero de 1820, y Latorre, se retiraba hacia Mérida, sosteniendo combates parciales con las avanzadas de la caballería republicana, distinguiéndose en ellos como siempre los comandantes Rondón y Mellado.

Tenían lugar estos sucesos por el norte de la República, cuando el Coronel José María Mantilla, había organizado con grande actividad una escuadrilla en el Magdalena, la que al frente de la playa llamada de "Barbacoas", triunfó de la enemiga mandada por el Coronel Isidro Barrada. En el desembarco que hicieron los de una y otra escuadrilla, el valiente llanero Carvajal, cargó al enemigo, y en breve lo destruyó, no quedando en tierra ningún español con vida.

En el año de 1820, el Coronel Antonio Obando, mandaba la guarnición de Popayán, en número de 430 hombres de mala calidad, y los patianos realistas ocupaban todo el territorio hacia el sur, desde los alrededores de aquella ciudad.

Calzada, que había salido en fuga para el sur después de la batalla de Boyacá, auxiliado por el gobierno de Quito y favorecido por las guerrillas realistas, se puso en marcha sobre Popayán, con una división de cerca de 2.000 hombres, con la cual pensaba volver a Santafé en triunfo.

Interceptada toda comunicación con Pasto, Obando no supo ni podía saber el movimiento de Calzada; y por esto al amanecer del 24 de enero, los realistas sorprendieron y tomaron la ciudad, matando a varios oficiales y soldados de la guarnición, que hicieron una resistencia heroica, aunque desesperada, sabiendo que la muerte los aguardaba al ser prisioneros del enemigo, como así sucediera, pues, que a ninguno se le dió cuartel. El Coronel Obando y algunos oficiales pudieron salvarse, por el generoso asilo que les dieron en sus casas algunos vecinos realistas.

Apoderado del valle hasta Cartago, tuvo Calzada, que regresar a Popayán, por haber sabido la derrota de Warleta, en Chorros-blancos y la llegada de fuerzas republicanas a La Plata.

“La excursión de este jefe por el hermoso Valle del Cauca, dice el historiador señor Restrepo, obró como un torrente devastador. Hombres, ganados, muebles, cosechas, todo lo destruían sus soldados, para los que todo

era permitido contra los rebeldes e insurgentes. En el tránsito hizo arca-bucear a varios oficiales republicanos, y atormentar inhumanamente a muchos patriotas. Distinguiéndose entre los demás por sus crueldades, el comandante de “Dragones de Granada” don Francisco González, el mismo que tan cobardemente huyó con todo su cuerpo en la batalla de Boyacá.”

El capitán Juan Domínguez, mandado de Popayán por Calzada, a ocupar la ciudad de La Plata, fue sorprendido en ella y destruida su fuerza por el Coronel José Mires, teniendo este mismo resultado todas las operaciones emprendidas entonces por tan inepto jefe.

Por entonces, el General Bolívar llegaba a Cúcuta a su regreso de Angostura; el Coronel Francisco Carmona, libertaba a Ocaña.

El General Valdez había llegado a Sogamoso con la división que mandaba en Maturín, y se dirigía hacia Neiva.

Y el Teniente Coronel Pedro Murguétio había ocupado el Valle del Cauca por Cartago, y destruía la facción del español Mendigüren.

Poco después, en mayo de 1820, el General Valdez y el Coronel Mires, ayudados eficazmente por el gobernador de Neiva, Coronel Domingo Caicedo, organizan y disciplinan en La Plata el ejército del sur, y obtienen el 6 de junio el magnífico triunfo de Pitayó, que dio por resultado la ocupación de Popayán y la libertad de todo el Valle del Cauca.

Calzada y su segundo, Nicolás López, de la escuela de Boves, fueron despuestos de sus empleos por el gobierno

de Quito y sometidos a juicio por su desacierto.

A fines del año de 1820, tuvo lugar en el Perú la defección del batallón "Numancia", creado por el realista Yañez en Venezuela en 1813, y el pronunciamiento de Guayaquil a favor de la Independencia. Los combates de Guachí (el primero), de Verde-loma (el segundo) y el de Tansigua, funestos para los patriotas de Quito, tuvieron también lugar a fines de 1820.

El año de 1821 empezó de una manera funesta para la causa de la Independencia en el sur de la Nueva Granada, con el combate de Jenoi, cuya descripción consignaremos en otro lugar.

Pero encargado el General Sucre del mando en jefe del ejército del sur, y situado en Yaguachi el 19 de agosto (1821) triunfó allí sobre las fuerzas realistas mandadas por el Coronel Francisco González, habiendo empeñado el combate el General Mires, y completándose la victoria con la persecución que se les hizo hasta la Punta de Palma, en que fueron plenamente dispersados.

A pesar de este revés, el enemigo volvió a presentar combate en la llanura de Guachí, el día 12 de septiembre, el cual fue aceptado contra la opinión del General Sucre, por las instancias de sus oficiales, confirmándose con la derrota recibida en ese funesto campo la desconfianza del entendido General, quien a pesar de sus grandes esfuerzos y del valor de sus tropas no pudo impedirla, logrando apenas escaparse con unos cien hombres, después

de haber recibido en el combate dos fuertes contusiones de bala.

Confirióse entonces por el gobierno de Quito el mando de las fuerzas reales al Coronel Carlos Tolrá, quien propuso un armisticio que fue aceptado por el gobierno de Guayaquil.

El Coronel Antonio Obando, vuelve aparecer en la escena, combatiendo en Antón, Piedras de Moler y Bomboná, distinguiéndose siempre por su constancia y valor.

Mientras que Bolívar peleaba en los riscos de Pasto y triunfaba en Bomboná, el General Sucre obtenía también el glorioso triunfo de Pichincha que selló la independencia del departamento de Quito.

Después de la honrosa capitulación ajustada con el jefe español Coronel Basilio García, Bolívar entró a Pasto entre las aclamaciones de sus habitantes y con la mayor solemnidad, el día 8 de junio; creó y organizó la nueva provincia de los Pastos, y nombró para su gobierno al Coronel Antonio Obando. Dictadas sus disposiciones se puso en vía para Quito, a donde llega y es recibido con el mayor entusiasmo al día 16 del mismo junio.

El Protector San Martín, arribó a Guayaquil el 26 de julio, y allí tuvo su primera entrevista con el Libertador de Colombia, acordándose en ella los auxilios que debían darse al Perú, para arrojar de su suelo a los españoles.

La división colombiana auxiliar debía mandarla el General Valdez y los jefes de brigada, Coroneles José M. Córdoba y Jacinto Lara.

Cuando eso pasaba en Guayaquil, el General español Juan Canterac triunfaba sobre el General Domingo Tristán en Ica, y un tumulto popular en Lima exigía al supremo delegado, marqués de Torre Tagle, que exonerara del Ministerio de Guerra y Marina a don Bernardo Monteagudo, lo cual fue concedido. Reunido el congreso, San Martín renuncia al mando supremo en términos decisivos y se le admite la dimisión, nombrándole Generalísimo de las armas del Perú; pero San Martín admite el título solamente y no el ejercicio del alto puesto que se le confiaba, anunciando su resolución de ausentarse del país. "Mi presencia en el Perú, decía, con las relaciones del poder que he dejado y las de la fuerza, es inconsistente con la moral del cuerpo soberano y con mi opinión propia, porque ninguna prescindencia personal de mi parte alejaría los tiros de la maledicencia y de la calumnia".

El General San Martín se retiró en efecto del mando y se alejó perpetuamente del Perú, dando, con esta conducta honrosa y elevada, un ejemplo que ha tenido pocos imitadores en los caudillos de la Independencia americana, y que ojalá los hubiera tenido en Colombia para que se le hubieran evitado grandes males.

Libertadas Quito y Guayaquil, el General Bolívar veía claramente el riesgo que corrían tanto las provincias del sur como el resto de Colombia, mientras los españoles fueran dueños de la mayor y más rica porción del Perú, de donde amenazaban seriamente la causa americana.

"El león de España no había sido domeñado en el Perú y amenazaba levantarse aún más terrible de su momentáneo abatimiento. El ejército español situado en las provincias centrales del antiguo imperio de los Incas era muy superior al independiente, que desde Lima ocupaba todo el norte del Perú. Los jefes españoles no cedían en valor ni en conocimientos militares a los caudillos de los patriotas, capitaneados antes por el Protector San Martín."

En octubre de 1822, se conmovió la ciudad de Pasto, al grito de "viva el rey", teniendo los insurrectos a su cabeza al capitán español don Benito Boves, de los capitulados en Quito después de Pichincha.

El Coronel Antonio Obando, gobernador de la provincia, ocupaba la margen meridional del río Guáitara con 40 veteranos y 300 milicianos, cuando fue allí embestido por 700 pastusos mandados por Boves. A pesar de los esfuerzos de Obando para sostener su posición, tuvo que ceder a la superioridad del enemigo, quedando en derrota y retirándose hacia Tulcán.

Pero afortunadamente cuando esto ocurrió se hallaba el Libertador en Quito, y dispuso el envío de fuerzas para someter nuevamente a Pasto.

Boves ocupaba las formidables alturas que dominan las márgenes del Guáitara. Sin embargo, Sucre, que mandaba las fuerzas enviadas de Quito, forzó el paso del Guáitara, a la vista del enemigo y lo venció en la cuchilla del Taindala, aunque tuvo después que

retirarse a Túquerres, para no comprometer el éxito de sus operaciones.

El 22 de diciembre se movió de Túquerres, con los auxilios que recibiera de Quito, y a merced de brillantes operaciones, triunfa en el Guáitara, en Taindala, en Yacuanquer y en Pasto, en los días 22, 23 y 24, ostentando su bizarría y heroísmo en estos combates el Coronel Sánchez, comandante del "Rifles", el entonces Coronel José María Córdoba del "Bogotá", los Generales Barreto y Salom, y los Coroneles Carvajal y Jiménez.

El solo envío de los magníficos cuerpitos y de los jefes que destinó el General Bolívar, para la nueva pacificación de Pasto, está demostrando la imposibilidad en que se vió Obando, para sostenerse, con tan poca fuerza como era la que tenía, en la gobernación de la nueva provincia, en donde puede decirse quedó abandonado a su propia suerte.

A fines del año de 1822, los españoles habían conseguido grandes ventajas sobre los independientes, y sin embargo, la junta gubernativa del Perú y aún el mismo congreso, rehusaron el auxilio de 4.000 hombres ofrecido por el Libertador desde Guayaquil, e hicieron regresar la división colombiana estacionada ya en Lima, a las órdenes del Gral. Juan Paz del Castillo, lo cual provino de la rivalidad que había en el Perú respecto de Colombia, de las demás tropas auxiliares de Chile y Buenos Aires, promovida contra la primera división colombiana por el General Lamar, ecuatoriano, que en épo-

ca posterior vino a hacer la guerra contra su patria.

Variado el personal del gobierno del Perú, después, de las derrotas sufridas por las fuerzas independientes al mando del General Alvarado, el 19 y 21 de enero de 1823, en Toratá y Moquehua, solicitó los auxilios de Colombia, antes rehusados, y con este fin se firmó el respectivo convenio en 18 de marzo, saliendo el mismo día para Lima el ejército auxiliar de 3.000 hombres al mando del General Manuel Valdez.

El General Bartolomé Salom fue nombrado entonces jefe superior de Quito en lugar del General Sucre, a quien se dió el encargo de ministro plenipotenciario cerca del gobierno peruano.

En 5 de junio el congreso de Colombia, concedió permiso a Bolívar para ir al Perú a dirigir la guerra, y se embarcó en Guayaquil para el Callao, el 6 de agosto.

Después de las operaciones militares que tuvieron lugar en el Perú en los años de 23 y 24; de las disensiones favorables a la causa de la Independencia, entre los jefes españoles Laserna y Canterac, que mandaban en el bajo Perú, y Olañeta, que mandaba en la parte alta de aquel territorio; y después de las acciones de Junín, Matará y Ayacucho, el Coronel Obando, permaneció separado del servicio, con pequeñas intervalos, por hallarse acometido de enfermedades. La vigorosa constitución que había resistido tantas y tan crudas campañas se había debilitado; el viejo veterano tantas veces

herido, empezaba físicamente a flaquear.

Constituídas las Repúblicas del Perú y Bolivia, el consejo de gobierno de la primera, que lo presidía el General Don Andrés Santacruz, de acuerdo con el General Bolívar, en los últimos meses de su residencia en Lima, daban pasos avanzados para establecer la gran confederación de la América del Sur, cuando ocurrió en Cochabamba, el 14 de noviembre de 1827, la sublevación de un escuadrón del regimiento de Granaderos de a caballo, encabezada por el oficial Domingo Matute, habiendo ocurrido otros sucesos que concitaron prevenciones y odios contra las fuerzas colombianas existentes en el Perú, entre ellos el motín militar llevado a cabo por José Bustamante contra los jefes de la 3ª división colombiana que mandaba el General Jacinto Lara, con la prisión de este, de su segundo, Arturo Sandes y de los comandantes de los cuerpos; motín que se creyó patrocinado por el gobierno peruano, con altas miras políticas.

Por estos motivos, el gobierno de Lima pidió al de Colombia que se enviase un oficial general para que se hiciera cargo del mando de las fuerzas colombianas y las condujese al lugar que se designara. El General Antonio Obando ascendido entonces a este empleo fue escogido por el gobierno de Colombia para jefe de las fuerzas insurreccionadas.

Sin anuencia del gobierno colombiano, y con el mayor y más sospechoso sigilo, se embarcaron estas en el Callao con dirección a Loja.

El General Obando llegó a Riobamba el 16 de mayo (1828), y fue reconocido como jefe de aquellas tropas, que a la sazón se hallaban allí y eran tratadas como fuerzas rebeldes por el gobierno de Quito. El de Colombia había ordenado al General Flórez, jefe departamental del Ecuador, que se pusiera a las órdenes de Obando, y aquél quiso hacerlo; pero habiendo ocurrido otros incidentes, no pudo este continuar en el sur y se embarcó para regresar a la capital después de enviar a Panamá el batallón "Araure".

La conducta de Obando en aquellas complicadas y difíciles circunstancias, mereció la aprobación del gobierno.

Entre tanto el General Lamar, residente en Guayaquil, alma de la sublevación ocurrida entonces en ese lugar contra las autoridades locales, y probablemente de la insurrección de la división auxiliar en Lima, fue elegido presidente del Perú, para romper en breve hostilidades contra Colombia, su patria; pero bien pronto, en el glorioso campo de Tarqui, halló el justo castigo de su ingratitud y perfidia.

El General Antonio Obando, no volvió a figurar hasta el año de 1830, después del infame asesinato cometido en la ilustre persona del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, del cual nos ocuparemos en la biografía del General José María Obando.

El congreso de ese año dió una nueva constitución para Colombia, cuando aún no había expirado el término fijado por la de Cúcuta para su vigencia.

Por este motivo hubo pronunciamientos en Neiva y el Socorro contra la

nueva constitución, y se creyó que el General Antonio Obando había sido el principal instigador de la provincia del Socorro. La historia no ha exhibido las pruebas de tal creencia; mas sea de esto lo que fuere, tales pronunciamientos no tuvieron las consecuencias que se temían, quedando sofocados en su principio por los medios persuasivos y conciliatorios que empleara el presidente señor Joaquín Mosquera.

En agosto del mismo año de 1830, mandaba en la provincia del Socorro el General Obando (lo que hace creer que no estaba complicado en el pronunciamiento de junio) cuando estalló la revolución de las milicias de la sabana de Bogotá y la insurrección del batallón "Callao" contra el gobierno legítimo. Obando se preparaba para venir en auxilio de este, con algunas tropas, cuando el General venezolano Justo Briceño sedujo algunos oficiales, y en 18 de aquel mismo mes hizo que los cuerpos se pronunciaran contra el gobierno y que lo reconocieran a él como jefe.

Obando, quien no sospechó siquiera ese acto de inmoralidad de sus tropas, no pudo oponerse a su alzamiento y fue reducido a prisión por los rebeldes, logrando escaparse después de algún tiempo para ir a Honda, levantar y or-

ganizar una columna e incorporarse con ella al ejército restaurador, comandado por el General José Hilario López, en 1831.

En esa época terminó el General Antonio Obando su vida de campañas.

Fue secretario de guerra y marina en 1831 y 1832, en las transitorias administraciones de esos años, y en la del General Santander de 1833 a 1837, manifestando en este como en los demás destinos que hubo desempeñado la mayor consagración y honradez.

El General Antonio Obando fue un oficial sufrido y valeroso, y un jefe patriota, modesto y desposeído de toda ambición personal.

Desde 1837, quedó reducido a la vida privada, pobre y enfermo. Todos sus hijos siguieron su ejemplo, abrazando la carrera de las armas; y el viejo veterano, cargado de glorias y agobiado por los sufrimientos y enfermedades, dejó de existir en Tocaima el 30 de diciembre de 1849.

El congreso de 1870 decretó honores a su memoria, disponiendo entre otras cosas: que su retrato fuera colocado en la sala de monumentos patrios, y que se levantara en el cementerio de esta capital un mausoleo para depositar allí el corazón del General.



1948 - 1968

CAJA DE VIVIENDA MILITAR

20 AÑOS

SIRVIENDO AL PERSONAL CIVIL Y MILITAR DE LAS
FUERZAS ARMADAS

CONFECCIONES

Wembley
LTDA.
ENGLAND TECHNIQUE



*Por su técnica y
calidad en su línea de
gabardinas, contribuye
al bienestar del
Ejército*

AVENIDA JIMENEZ No. 9-58 - TELEFONO 40-14-38



JUAN JOSE REYES PATRIA

JUAN JOSE REYES PATRIA

Por RAMON C. CORREA

En el salón de sesiones de la Academia Boyacense de Historia se encuentra el retrato al óleo del ilustre prócer de la Independencia señor General don Juan José Reyes Patria. El lienzo representa al héroe casi de cuerpo entero. En el respetable rostro se ve la ancianidad. Viste charreteras y lujoso uniforme de General. La mano izquierda empuña la espada que pende del cinto. La mano derecha reposa suavemente sobre un centro y sobre este se observa el empenachado sombrero. Esa obra pictórica simboliza muchas glorias y muchas hazañas en pro de la libertad de Colombia.

El prócer Reyes Patria descendía de distinguidas familias tanto por la línea paterna como por la materna. Fue hijo de don Manuel Ignacio Reyes. Este señor nació en la ciudad de Santa Rosa de Viterbo. Dice la partida de bautismo:

“En cinco de junio de mil setecientos cincuenta y nueve con licencia del propio párroco bauticé, puse óleo y crisma a un niño a quien llamé Manuel Ignacio, hijo legítimo de D. Joseph de los

Reyes y Da. Marcela Forero; fueron padrinos el doctor D. Jn. Ignacio de Salazar y Caycedo y doña Luisa Medina. Doy fe. Ignacio de Avellaneda”.

El erudito historiador señor don José María Restrepo Sáenz dijo de don Manuel Ignacio Reyes en su brillante estudio titulado “Constituyentes de Tunja en 1811”:

“Nació en la ciudad de Santa Rosa de Viterbo en 1759. Durante la guerra de la Independencia siempre se conservó en su opinión patriótica. En 1812, como Síndico Procurador General de la Villa de Santa Rosa de Viterbo, en nota dirigida al Gobierno de Tunja, ofrece con entusiasmo sus servicios para la defensa, y se expresa en términos violentos contra el de Cundinamarca, al cual hace el cargo de tener intenciones de entregar el mando a los españoles. En enero de 1816 contribuyó con fondos para sostener la guerra contra los realistas. Cuéntase que fue llevado amarrado y a pie de su campo “La Hacienda” en Floresta, para Tunja, bajo Morillo o Sámano, y que su esposa obtuvo su rescate dando una grue-

sa suma de cro. A la entrada de las tropas libertadoras en 1819, Reyes las protegió con caballería, víveres, vestuario y cuanto estuvo a su alcance. Fue el fundador del distrito de Floresta por los años de 1818 o 1819; era personaje severo y muy caritativo, pasó gran parte de su vida consagrado a trabajos de campo en su citada propiedad. Murió en Floresta en abril de 1834 después de haber recibido los sacramentos. Está sepultado en la capilla de Nuestra Señora del Carmen en la iglesia de dicho pueblo. Firmó la Constitución de la República de Tunja, el 9 de diciembre de 1811, como Elector por Santa Rosa de Viterbo”.

La partida de bautismo del futuro prócer Reyes Patria, dice:

“En la Parroquia de Santa Rosa a catorce de junio de mil setecientos ochenta y cinco, Yo el maestro D. Ignacio de la Peñuela Thentee de Cura, Bapté, puse óleo y crisma a un niño a quien llamé Juan, hijo legítimo de D. Manuel Ignacio Reyes y Luisa Escobar. Fueron padrinos Miguel Zapata y Da. Gertrudis Camacho. Doy fe. Igno. de la Peñuela”. Hay una rúbrica.

Antes de ir a los campos de batalla estudió en un colegio de la ciudad de Tunja. En ese plantel adquirió conocimientos en letras. Después pasó a la hacienda que sus padres tenían en Floresta y allí estuvo dedicado a la agricultura y a la ganadería.

Cuando estalló en Santa Fe de Bogotá la revolución del 20 de julio de 1810, el joven Reyes adhirió a ese glorioso movimiento de libertad. Muchos distinguidos jóvenes, de almas colma-

das de valor, resolvieron tomar las armas y salir a los campos de batalla a pelear contra aguerridos y bien municionados ejércitos de allende los mares. Entre esos apuestos jóvenes la historia cuenta a Juan José Patria. Combatió con heroicidad en tropas donde figuraban militares de tanto nombre como García Rovira, Baraya, héroes que lucharon en Cachirí en pro de la Independencia. Después actuó en el Apure y en Casanare a órdenes del General José Antonio Páez, del Coronel Ramón Nonato Pérez. Ayudó a derrotar a los soldados españoles que comandaban jefes realistas de reconocida pericia bélica como el Coronel Antonio Pla y otros. Hizo parte de las fuerzas patriotas que en 1819 dominaron en Casanare a las huestes del Rey de España. Patria marchó de Casanare para la Provincia de Tunja en las milicias que dirigía el rayo de la guerra, Libertador Simón Bolívar.

El prócer Juan José desde 1811 dejó el apellido Reyes y tomó el bello de **Patria**, según importante documento que se inserta adelante.

Las tropas libertadoras atravesaron, en medio de grandes penalidades, extensos valles, ríos caudalosos, caños salidos de madre, de la llanura oriental, todo en medio de hambre y de desnudez. Pasaron el terrible páramo de Pisba, donde buen número de soldados y casi todos los caballos quedaron muertos por el cansancio, por el frío y por la falta de víveres para los primeros y por carencia de forraje para los corceles. Los sobrevivientes, con el Libertador a la cabeza y sus Ayudantes

Generales Santander, Anzoátegui, Soubllette, etc., salvaron la cordillera y cayeron a Sochaviejo, a Tasco y Socotá.

El 11 de julio de 1819 se encontraron patriotas y españoles en el Puente de Gámeza. En esta fecha y en este sitio se hizo inmortal para la historia el entonces Capitán Juan José Patria. Un oficial de las tropas del Rey, que exhibía figura arrogante y uniforme muy vistoso, lleno de coraje, por dominar a los republicanos, se encaminó hasta la mitad del puente con una aguda y larga lanza en la mano derecha. Desafió a los patriotas a la lucha. Juan José Patria aceptó el reto de su enemigo, y con el alma encendida de furor se dirigió hacia su contrario, desenvainó un feroz machete y en la mitad del puente de Gámeza se desarrolló una espeluznante escena de esgrima con las mencionadas armas blancas. A medida que avanzaba el ataque de parte y parte, la rabia aumentaba tanto en el realista como en el hijo de las tierras boyacenses, y ascendía más y más por las voces de aliento de los respectivos admiradores de cada contendor. El oficial español hirió con la lanza a Patria y brotó sangre del cuerpo del prócer. Este se volvió como un león rugiente; se decidió a triunfar o a morir, y con suma habilidad dio un machetazo tan certero al cuello del realista, que al momento la cabeza fue desprendida del tronco, en medio de un grito agudo del que exhalaba la vida y voló al río. El cuerpo cayó primero sobre el angosto puente e inmediatamente saltó a las aguas que bajaban correntosas en aquel glorioso día para Colombia. Una salva

de aplausos y vivas del campo de los libertadores saludaron al heroico militar que así conquistó la celebridad para el futuro y que figura en la historia republicana en puesto de alto honor con los apellidos muy ilustres de Reyes Patria. El Libertador felicitó al intrépido militar por la gran hazaña que llevó a cabo en pro de la independencia de Colombia.

El prócer Patria después tomó parte en las batallas de Pantano de Vargas, el 25 de julio de 1819, donde la suerte de la fundación de la República se vio en inminente peligro, y en el Puente de Boyacá, el 7 de agosto del mismo año, campo este donde nació con todo resplandor el Sol de la Libertad y quedaron rotas para siempre las cadenas de esclavitud. Excelente tuvo que ser el valor militar del héroe Patria en los parajes históricos ya citados, cuando pasadas estas jornadas bélicas, recibió del Libertador el honroso ascenso a Teniente Coronel, como lo prueba el el siguiente Decreto:

“República de Venezuela. Simón Bolívar, Presidente de la República de Venezuela, etc. Por cuanto atendiendo a los servicios y méritos del Teniente Coronel Graduado Juan José Patria, he venido en nombrarle Teniente Coronel efectivo, y Comandante del Batallón Vargas.

Por tanto, ordeno y mando a la autoridad a quien corresponda dé la orden conveniente para que se le ponga en posesión del referido empleo, guardándole y haciéndole que se le guarden y cumplan las honras, gracias, exenciones y preeminencias que como a tal, le

tocan y con el Yntendete. del Exército, o Prova dondè fuere a servir haga tomar cuenta, y formar asiento de este Despacho en la contada del Estado. Dado, firmado de mi mano, sellado con el sello Provisional de la República y refrendado por el Secretario de Guerra Yntno. en el Cuartel General de Pamplona, a 20 de octubre de 1819.99 —SIMON BOLIVAR—. **Januario Silva**, Secretario”.

Como el héroe Patria había nacido para pelear en los campos de batalla, el valiente joven boyacense, ya ascendido por el Libertador a Teniente Coronel efectivo, a la cabeza de su gente salió en dirección a la Provincia de Barinas con el fin de desalojar a las fuerzas españolas que allí se encontraban. Cumplió su cometido a cabalidad. Por todas sus hazañas obtuvo honrosas distinciones como Comandante de armas de las ciudades de Ocaña, Santa Marta y La Guajira. Desempeñó más tarde con acierto las gobernaciones de Riohacha y de Casanare. El 15 de marzo de 1828 fue ascendido a Coronel efectivo, todavía dentro del mando del Libertador Simón Bolívar.

En la nefanda media noche del 25 de septiembre de 1828 varios conjurados asaltaron en Bogotá el palacio Presidencial con el fin de asesinar al Libertador Simón Bolívar. Para fortuna de Colombia no se llevó a cabo tan atroz delito. Al llegar a Boyacá la luctuosa nueva, los pueblos de este histórico suelo y sus hijos ilustres en sacerdotes, en militares, en miembros de distinguida sociedad, en corporaciones públicas, protestaron, en enérgicos docu-

mentos, contra los septembrinos y elevaron votos al cielo en acción de gracias por la salvación de la preciosa vida del Padre de la Patria.

El bravo prócer Juan José Patria, que así se firmaba en 1828, desempeñaba en este año el alto cargo de Gobernador de la Provincia de Casanare. Envió al señor Intendente de Cundinamarca el siguiente oficio relacionado con el inaudito atentado, nota que publicó el erudito historiador boyacense señor doctor don Pablo Enrique Cárdenas Acosta, en **Repertorio Boyacense** números 188 a 189, de agosto a septiembre de 1956:

“EL GOBERNANTE DE LA PROVINCIA DE CASANARE CONDENA EL INAUDITO ATENTADO DEL 25 DE SEPTIEMBRE, CONTRA LA VIDA DEL LIBERTADOR”.

República de Colombia. — Gobierno de Casanare

Nunchía, octubre 4 de 1828

Al señor Intendente del Departamento de Cundinamarca.

En este momento, que son las nueve de la mañana, he recibido el impreso de V. S., en que da noticia del horroroso atentado que se trató de cometer el 25 del próximo pasado en la noche, contra S. E. el Libertador Presidente. Este hecho da a conocer bien la necesidad que hay entre nosotros de precavernos y asegurarnos de tantos enemigos ocultos, que trabajan y maquinan nuestra destrucción. ¿Cuál sería

hoy nuestra suerte? Gracias al Omnipotente, que vela sobre la conservación del Presidente y nuestra felicidad.

Esta Provincia, que tengo el honor de mandar, y de que dentro de cuatro días he de dejar el mando, no podrá menos que mirar con horror este hecho, y se armará en defensa de su Libertador. Yo, aunque abrumado por mis males, verteré mi sangre en su defensa; y si fuere necesario exhalaré el último aliento por el Padre de la Patria. Díguese V. S. ponerlo en conocimiento de S. E. para lo que pueda convenir.

Dios guarde a V. S.

J. J. Patria”.

En 1830 el prócer Patria se alzó en armas contra el gobierno legítimo de don Joaquín Mosquera. El Gral. Juan Nepomuceno Moreno fue conciliador en 1831 ante el General Patria para que depusiera las armas y no se derramara sangre entre hermanos. No atendió el llamamiento del Gral. Moreno y ambos Generales se encontraron, con sus respectivos ejércitos, en la población de Cerinza. Se trabó reñido combate en este municipio entre las tropas contendoras. El General Moreno triunfó sobre las gentes del General Patria.

El historiador, señor General don Joaquín Posada Gutiérrez, dice en el tercer tomo de sus **“Memorias Histórico-Políticas”** en relación al combate de Cerinza:

“En el tránsito fuimos teniendo noticias vagas de algunos movimientos de guerrillas en varios pueblos de los departamentos de Cundinamarca y Bo-

yacá; de otros más serios en los de Antioquia y Magdalena; de la ocupación de Honda por el General Antonio Obando y el Comandante Joaquín Barriga; y se hablaba también de un triunfo obtenido por el General Moreno con tropas venezolanas y de Casanare, sobre el General Justo Briceño y Coronel Juan José Patria (Reyes) en el Departamento de Boyacá; pero nada se nos informaba con certeza ni detalles.

En la Mesa supimos algo más: supimos de una manera positiva que el General Moreno, auxiliado por el Gobierno de Venezuela con 500 fusiles con sus correspondientes municiones, y con un regimiento de caballería de los afamados llaneros del Apure, había atravesado la cordillera por el páramo de Pisba; que Briceño, intrépido hasta la imprudencia, cualidad que se alaba mucho entre nosotros, sin preguntar cuántos eran, ni cómo estaban situados, los atacó en el pueblo de Cerinza con unos seiscientos hombres de infantería y ciento cincuenta de caballería, dejando a gran distancia a su retaguardia unos cuatrocientos hombres de infantería; que habiendo comprometido su gente en las callejuelas del pueblo y por entre cercados de sementeras, atolladeros y barrancos, había sido rechazado con una pérdida considerable, y que su caballería, abandonando el campo, había dejado que la infantería fuese alanceada sin piedad por los llaneros; por último, que Briceño se había retirado a Bogotá con los cuatrocientos hombres de infantería de su retaguardia y el escuadrón de caballe-

ría que estuvo en la acción, y que el Coronel Patria (Reyes) había caído prisionero con unos trescientos hombres que se salvaron de la matanza, de la mitad de sus compañeros. Cartas de Bogotá nos informaron que así como despues de la **batalla** de Palmira, se celebró el **triunfo** de la Constitución y la libertad sobre la tiranía fusilando a sangre fría cuatro oficiales prisioneros, también despues de la **batalla** de Cerinza, los vencedores fusilaron inmediatamente cinco, entre ellos al Comandante Francisco Miranda, interesante joven, de educación distinguida, hijo del célebre General caraqueño del mismo nombre. Esta fue la segunda lección de fusilamiento dada para las revoluciones futuras, lecciones que no se han perdido”.

El General Patria vuelve a aparecer en los campos de batalla en 1840, en este año como revolucionario, con suerte próspera en “La Colonia” y después adversa en “La Culebra” y en Aratoca.

El historiador, Sr. Dr. don Pablo Enrique Cárdenas Acosta publicó en **Repertorio Boyacense** números 144 a 146, de agosto a diciembre de 1946, la “**Hoja de Servicios del General Juan José Reyes Patria**”. En este documento hay la siguiente declaración del General don José María Mantilla, que dice desde qué año el prócer Reyes tomó el bello título de **Patria**, título refrendado por el Libertador Simón Bolívar en el Decreto ya incluido en este estudio histórico:

“José María Mantilla, General del Ejército de la República, en uso de letras de retiro,

Certifico y juro que desde el año de 1811 conocí sirviendo en las tropas de la República, en la Provincia de Pamplona, en el empleo de Subteniente, al actual Coronel **Juan José Reyes (Alias Patria)**, y me consta que por ninguna escala, y a virtud de sus servicios nada comunes, mereció ascender al empleo de Coronel a contentamiento de sus compañeros de armas. Que es público y notorio que ha hecho muchas campañas gloriosas en la guerra de la independencia y asistido a más de cien batallas, con el valor, actividad y celo que son notorios. Que tuve el honor de ser testigo presencial de su comportamiento en la acción de Guachiría, que tuvo lugar el 29 de junio de 1816, a las cuatro de la mañana, y fue mandada por el General Manuel Nuevas de Serviez, y que por parte de los españoles por el Coronel Villavicencio, entre las ciudades de Pore y Chire, en la Provincia de Casanare, la cual acción fue ganada por los republicanos, aunque sin resultado o consecuencias favorables. El Coronel **Juan José Reyes**, participando en el horror que los pueblos tenían por los Reyes, **mudó su apellido por el de Patria, que lleva desde el año de 1811**; y con hechos ha sostenido tal resolución, a pesar de las tentativas de los perversos y traidores, que han querido tornar la República a la esclavitud de los Reyes. En obsequio de la verdad firmo la presente a pedimento de parte, en la ciudad de Bogotá, a seis de junio de 1848.

José María Mantilla.”

En 1851 y 1854 el General Patria militó al lado del gobierno legítimo y alcanzó triunfos en varios hechos bélicos.

Cansado de combatir, primero en la Independencia y luego en la República, llegó al ocaso de la vida acompañado del respeto y estimación de cuantos le conocían y trataban y de su distinguida y numerosa familia. Se retiró a pasar los últimos años de su meritoria vida a una casa de su propiedad, parte alta y parte baja, situada dentro de pintorescos potreros, a poca distancia del río Chicamocha y como a tres cuadras de la plaza de Corrales. En medio de la quietud del campo se fue preparando cristianamente para el trance final de la partida del mundo a la eternidad. El 8 de diciembre de 1872, a los 87 años de existencia, el alma del valiente héroe y del fogoso y rebelde militar de la época republicana, se separó de la envoltura material en la mansión citada y voló al lugar que Dios tiene destinado de premio para aquellos seres que en la tierra trabajaron en bien de la Patria. En el cementerio de Corrales reposan los restos venerandos del General Reyes Patria. En tiempo no lejano los huesos serán depositados en un cenotafio, levantado en el patio del sitio histórico que vio exhalar el último aliento del prócer que en paraje no muy distante conquistó la inmortalidad en la Independencia de Colombia.

Al año de la muerte del prócer General Juan José Reyes Patria, el Congreso Nacional dictó la siguiente ley

de honores a tan preclaro varón. Dice el documento oficial:

"LEI 83 DE 1873

(26 de mayo)

por la cual se honra la memoria del ciudadano Juan José Reyes Patria,

**EL CONGRESO DE LOS ESTADOS
UNIDOS DE COLOMBIA,**

Considerando:

1º — Que el antiguo Jeneral de la República Juan José Reyes Patria fue uno de los primeros i más constantes defensores de la causa de la Independencia, a cuyo servicio consagró parte de su vida, desplegando un heroico denuedo en los muchos combates a que asistió, i una reconocida habilidad en las importantes comisiones que se le confiaron;

2º — Que, una vez asegurada la Independencia, prestó notables servicios a la causa de la libertad, a la cual permaneció siempre fiel hasta su muerte,

Decreta:

Artículo 1º — Colombia registra, con orgullo, el nombre del antiguo veterano de la Independencia, i Jeneral de la República, Juan José Reyes Patria, entre los de sus más leales hijos, i recomienda el valor i las virtudes cívicas de aquel ciudadano, como dignos de ser imitados.

Artículo 2º — El retrato del espresoado ciudadano será colocado en cualquiera de los salones de las comisiones de las Cámaras, para lo cual se apropiará la partida en el Presupuesto de gastos.

Dada en Bogotá, a veintiseis de mayo de mil ochocientos setenta y tres.

El Presidente del Senado de Plenipotenciarios, **M. PLATA AZUERO**. El Presidente de la Cámara de Representantes, **J. M. MALDONADO N.** El Secretario del Senado de Plenipotenciarios, **Julio E. Pérez**. El Secretario de

la Cámara de Representantes, **José María Quijano Otero**.

Bogotá, 26 de mayo de 1873.

Publíquese y ejecútese.

El Presidente de la Unión,

MANUEL MURILLO TORO.

El Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores, **Jil Colunje**".

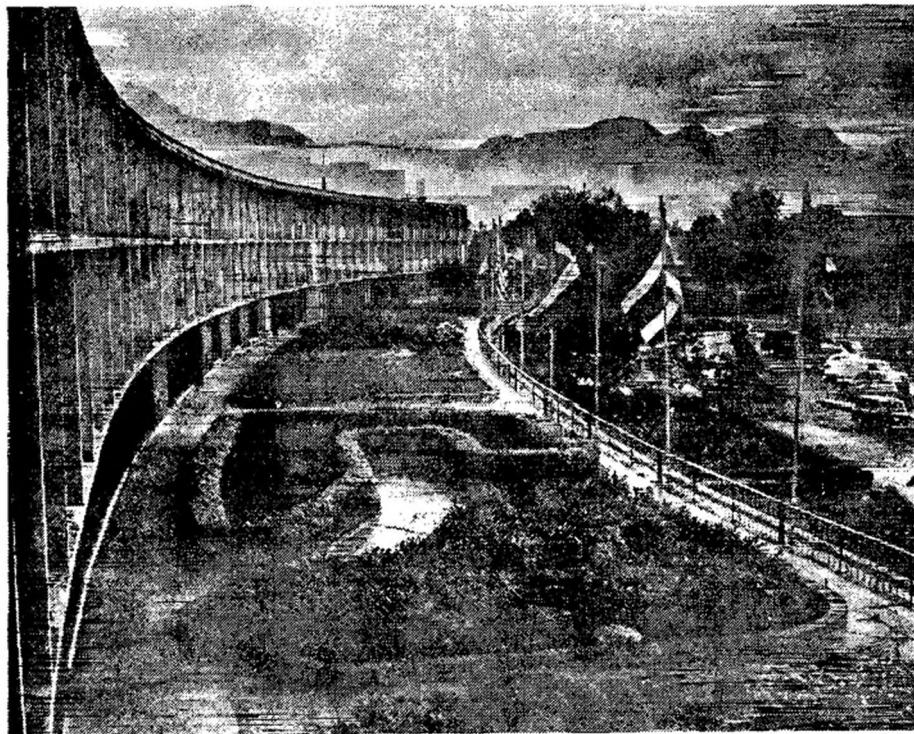


CLUB MILITAR DE OFICIALES

BAR PRINCIPAL

PRESENTACION DE ARTISTAS NACIONALES

Días Jueves de las 21:00 a las 23:00 horas



SALON ALMIRANTE

CENAS BAILABLES

Días Viernes de las 21:00 a las 02:00 horas

ASISTA USTED CON SUS FAMILIARES Y AMISTADES

PAPELES HELIOGRAFICOS
MAQUINAS HELIOGRAFICAS
PAPELES DE FOTOCOPIA



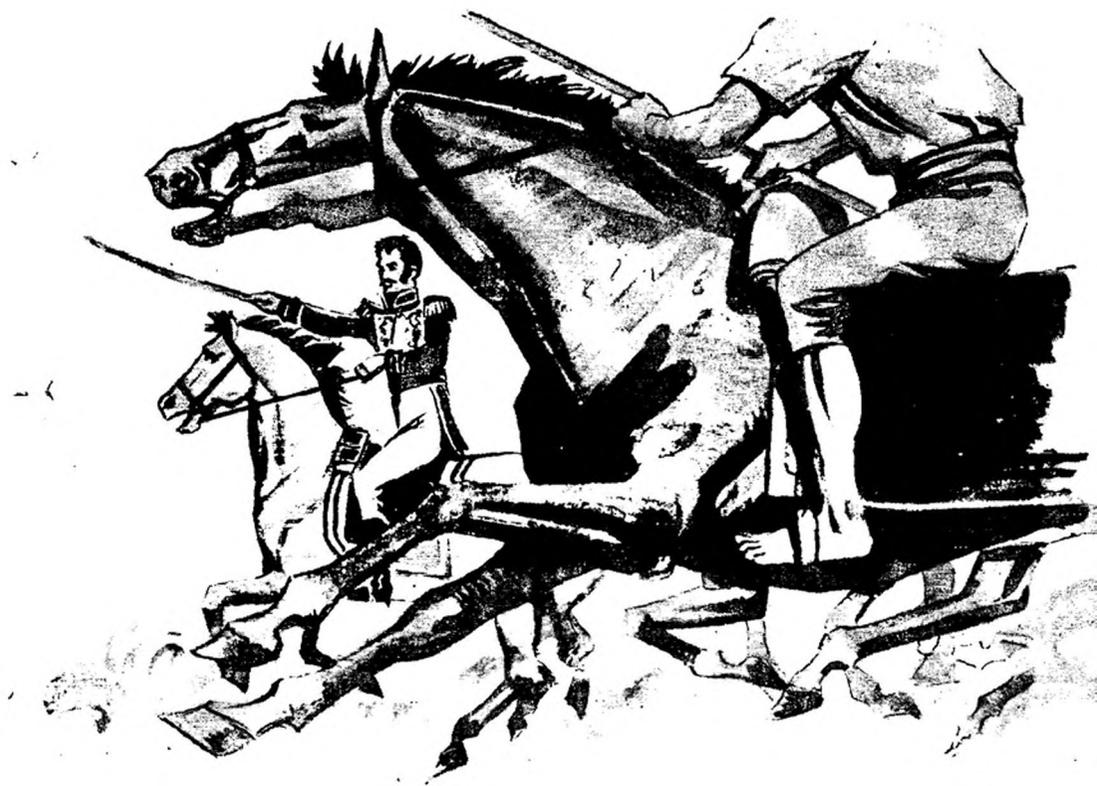
Disquimica Itda.

Carrera 8a. No. 15-63 — 2o. Piso

Teléfonos: 34-19-50 y 42-69-39



LA FIRMA ESPECIALIZADA
EN MATERIALES DE
REPRODUCCION



ANTONIO MARIA DURAN

ANTONIO MARIA DURAN

Teniente Coronel LUIS ALBERTO ANDRADE ANAYA

En la organización del ejército patriota para la campaña libertadora de la Nueva Granada aparece el nombre del Capitán Antonio María Durán, primero formando parte del Regimiento de Lanceros 2º y después como Comandante del Escuadrón "Guías de Vanguardia", unidades que presentara Santander en Casanare como partes fundamentales de su División.

No obstante su destacada participación en la lucha por la Independencia, que se prolongó más allá de las acciones victoriosas de la Campaña, la biografía completa del valiente oficial de caballería no se ha escrito aún en forma detallada y ni siquiera satisfactoria.

Los datos recogidos sobre su vida y sus servicios a la causa republicana corren dispersos en diversas obras que apenas se detienen a mencionarlo y quedan muchos vacíos que una investigación más paciente habrá de llenar cuando no se trate, como ahora, de hacer apenas una silueta del benemérito soldado.

Lo que sí parece plenamente establecido es como el Teniente Coronel An-

tonio María Durán nació en el Socorro, provincia fecunda como la que más en la rebeldía contra la injusticia y en sus ejecutorias por la libertad. Así lo afirman categóricamente Scarpetta y Vergara en su "Diccionario Biográfico" y así lo reitera el consagrado historiador Horacio Rodríguez Plata en su obra "La Antigua Provincia del Socorro y la Independencia".

No se menciona, eso sí, la fecha de su nacimiento, pero aparece ya enrolado en el ejército republicano que se organizó en Pamplona en 1816 y como tal concurre a las acciones de Cuesta de Bálaga y Cachirí en donde los Patriotas opusieron la más terca resistencia a las columnas realistas que invadían la Nueva Granada.

Sometido el Nuevo Reino y establecido el Régimen del Terror, los pueblos fueron sublevándose en un proceso cada vez más notable para sacudir el yugo de la servidumbre y para responder con altivez a la crueldad.

Dice Horacio Rodríguez Plata en la obra ya citada: "Las inicuas tropelías del gobernador Fominaya exasperaban cada día más a los numerosos patrio-

tas de la región del Socorro que resolvieron organizarse en guerrillas y hacer frente en esta forma al llamado Régimen del Terror. Así fue como desde principios de su gobierno muchos de ellos emigraron a incorporarse en las pocas fuerzas republicanas que operaban en Venezuela y los más comenzaron a organizarse en guerrillas que ya para 1817 comenzaron a hostigar y enfrentarse a las tropas españolas...” (1)

Esta afirmación parece confirmarse plenamente con la constancia que aparece en el Archivo Nacional, que dice:

“Empleo de Capitán de Caballería en favor del ciudadano Antonio María Durán”.

El Excelentísimo Señor Libertador Presidente de la República, atendiendo a los méritos y servicios del ciudadano Antonio María Durán, Teniente de Caballería, tuvo a bien con fecha 18 de diciembre de 1817, ascenderlo a Capitán vivo y efectivo de la misma arma. Se le puso el cúmplase en 29 del mismo mes y año y se toma razón hoy 25 de septiembre de 1823”. (2).

Si se tiene en cuenta que para la fecha del ascenso mencionado el Libertador se hallaba en Venezuela y que por la misma época otros neogranadinos como Santander y Córdoba servían a sus órdenes, se puede establecer, por una parte, que Antonio María Durán era uno de los “Emigrados del Socorro que fueron a incorporarse en las fuerzas republicanas que

operaban en Venezuela”, y por otra parte, puede colegirse fácilmente que desde entonces surgieron los nexos de amistad y de confianza, con Santander, quien un año más tarde le otorgaría el mando del Escuadrón de Caballería que precisamente haría parte de la vanguardia en la Campaña Inmortal.

Revisando el Archivo de Santander, tomo 3º, se encuentra la siguiente carta al parecer dirigida al General Urdaneta, Jefe del Estado Mayor:

“Cuartel General - Trinidad, enero 8 de 1819.

Señor General:

Tengo el honor de incluirle el diario que dará a usted y a su excelencia una idea de lo que se ha hecho en esta provincia y el estado que tiene. Tal vez la absoluta escasez de oficiales de infantería me obligará a formar solo dos batallones de número superior a 500 plazas. Hasta ahora ninguna organización he dado a esta arma, ya porque mi enfermedad no me lo ha permitido y ya porque en ese no he creído conveniente reunir en un solo punto toda la recluta. Quedará organizada una compañía de zapadores, si la caballería lo está en dos regimientos, cada uno compuesto de dos escuadrones de lanceros, y queda el escuadrón de Arauca, que regularmente está empleado en comisiones de recolección de ganado de toda especie. Un escuadrón de dragones está también organizado, y una compañía de caballería. **Guías del General.** No puedo enviar a usted en esta ocasión un



OLEO DEL MAESTRO LUIS ANGEL RENDIFO PARA LA COLECCION "HISTORICA PICTORICA DE COLOMBIA" DE MOVIFOTO S. A.

TRANSPARENCIA: CORTESIA CORPORACION NACIONAL DE TURISMO

BATALLA DEL PANTANO DE VARGAS

estado general de la fuerza de mi mando; pero puedo asegurar que tengo más de 2.000 hombres de toda arma muy contentos y dispuestos a marchar sobre la Nueva Granada..." (3).

Vale decir que al Capitán de Caballería Antonio María Durán le debió corresponder en buena parte la formación de estos escuadrones que el 12 de junio se presentaron jubilosos ante el Libertador aunque no llegaran, como no debieron llegar, muy completos a las batallas finales del Pantano de Vargas y Boyacá.

A propósito de estas incidencias, Monseñor Cayo Leonidas Peñuela en su famoso libro "Album de Boyacá" anota lo siguiente refiriéndose a las penalidades de la marcha por la cordillera: "El preclaro Coronel Juan Galea se quejaba de mala salud desde varios meses antes; el Coronel Juan Nepomuceno Moreno jefe de toda la caballería de Casanare, se fue rezagando hasta que al fin se escabulló; los Tenientes Coroneles Ortega, Rodríguez, Pérez y otros imitaron a su jefe; así fue que apenas salió la mitad de las fuerzas de caballería que se habían organizado, con los Tenientes Coroneles Bejar y Durán y Sargentos Mayores Ruiz y Reyes Patria por jefes". (4).

No lo dice Monseñor Peñuela pero se sabe que el Capitán Durán, a la cabeza de su menguado escuadrón, fue de los primeros en llegar a Tasco y Corrales y por las actividades desarrolladas por la caballería en esos días en que al mismo tiempo buscaba infor-

mación del enemigo y despertaba el entusiasmo en las gentes, es de presumir que la suya fuera también una actividad de señalada importancia, tanto en la exploración como en los combates posteriores.

Más adelante el mismo autor sí agrega sobre las actividades de nuestro biografiado: "... Bolívar movió el campo el 16 de julio y llegó a Sátiva donde el ejército recibió la mejor acogida; pero como con semejante marcha se alejaba de la línea militar al día siguiente siguió a Belén. De Sátiva destacó un piquete de jinetes bien montados para que fueran a Soatá a destruir un destacamento realista y luego se adelantaron hasta cerca de Pamplona a tomar noticias de Páez o Morillo. El Comandante Durán salió a cumplir esta comisión y si no pudo destruir a los realistas, porque salieron en precipitada fuga hacia el Cocuy, sí adelantaron hacia el Cerrito, donde se volvieron sin noticia alguna porque ni amigos ni enemigos habían entrado de Venezuela a la provincia de Pamplona. Con estas nuevas y la excelente disposición de los pueblos, el Libertador despachó al Coronel Fortoul con el nombramiento de Gobernador civil y militar de la provincia de Pamplona y con el auxilio de algunos oficiales escogidos para organizar tropas y poner la región en estado de defensa..." (5).

Ahora bien, el Señor Teniente Coronel Camilo Riaño, al investigar exhaustivamente la organización de las tropas que participaron en la Batalla

del Pantano de Vargas ha logrado establecer que la unidad de caballería de la división de Santander, con el nombre de "Guías de Vanguardia", estuvo bajo el mando del Capitán Antonio María Durán y que su participación en las acciones de ese día memorable, fue de las más largas y penosas porque acompañó a las otras unidades de la vanguardia desde el primer momento, aunque el terreno en que estas combatían no era en absoluto favorable para el empleo de dicha arma.

Scarpeta y Vergara por su parte, afirman que asistió a la Batalla del Pantano de Vargas "en la cual recibió una herida en el pecho que lo inutilizó, lo hizo sufrir mucho y le causó al fin la muerte". (6).

Consultado el parte que sobre tal acción de armas escribió el Coronel Manuel Manrique como Ayudante General encargado del Estado Mayor General, no se encuentra ciertamente su nombre entre los heridos que él menciona. Pero debe observarse que dicho informe es bastante incompleto por cuanto los muertos y los heridos fueron muchos y allí apenas se cita a una veintena de ellos.

Lo que ocurrió con nuestro héroe inmeditamente después de la feliz culminación de la Campaña en la Batalla de Boyacá no ha sido fácil establecer. Posiblemente volvió a su provincia natal del Socorro, pero inflamado por ese ardor patriótico que debió acompañarlo desde niño y enamorarlo de la libertad, lo encontramos de nuevo en 1820 tomando parte en las ac-

ciones militares de la costa y particularmente en el asedio de Cartagena hasta la caída de esa plaza en octubre de 1821.

Así lo demuestran claramente los documentos que reposan en el Archivo Nacional, documentos que dicho sea de paso, demuestran en cierto modo un inexplicable descuido en el reconocimiento de sus méritos.

El mismo se dirige personalmente al excelentísimo señor Presidente para que se le reconozca su condición de Teniente Coronel al servicio de la República, posiblemente como condición para el cobro de sus haberes. Dice así su solicitud:

"Excelentísimo Señor:

"Antonio María Durán, Teniente Coronel, con el debido respeto hago presente a vuestra señoría que a pesar de ser notorio y verdadero que soy tal Teniente Coronel, no han faltado quienes duden de ello por defecto del nombramiento y despacho que se me libró en el sitio de Cartagena, y así es que para el cobro de mis sueldos y otras cosas precisas encuentro algunos embarazos.

Para evitar esto ocurrió a vuestra excelencia suplicando que en virtud de lo que resulta de los certificados que presento al señor General Juan D'Evereux y Señor Sargento Mayor Juan Sierra, de haber sido nombrado en septiembre de 820 y dado a conocer de Teniente Coronel vivo y efectivo, con cuyo grado estuve sirviendo antes y después de ser rendida dicha plaza,

lo que igualmente es público y notorio, se digne vuestra señoría mandar que se me expida el correspondiente despacho en forma de tal Teniente Coronel, con la antigüedad referida como es de justicia. Que a vuestra excelencia rendidamente pido. Antonio María Durán. (7).

El certificado expedido por D'Evereux, dice, así:

"Juan D'Evereux, del Orden de los Libertadores de Venezuela, General de División de los ejércitos de la república etc.

Certifico que en el año 1820, estando en la provincia de Cartagena, conocí al Teniente Coronel Antonio María Durán, que fue reconocido en aquel ejército de Teniente Coronel vivo y efectivo y Comandante de un Escuadrón titulado "Dragones de la Unión" en la cual se hallaba una compañía de la Legión Irlandesa, y para que lo haga constar a pedimento del referido oficial, doy la presente en la Capital de Bogotá, a 10 de octubre de 1822.

Juan D'Evereux (8).

En igual sentido se pronuncia el Sargento Mayor de Infantería y Comandante de Armas de la Provincia de Neiva, don Juan Sierra, mediante certificación expedida en esta ciudad el 28 de octubre de 1822. (9).

Sabemos que contrajo matrimonio con doña Rafaela Ordóñez; aunque no se ha establecido en qué fecha tuvo lugar, lo cierto es que ella suscribe en Bogotá, el 16 de junio de 1846, un documento que también aparece en el

Archivo Nacional y que no solo contiene la afirmación de que ella es su esposa sino que agrega la fecha de la muerte de su marido.

El documento en referencia, dice:

"Excelentísimo Señor:

Rafaela Ordóñez, con el mayor respeto ante vuestra excelencia represento: que en la secretaría de guerra se halla el despacho de Teniente Coronel librado formalmente por el gobierno en 23 de noviembre de 1822, a mi esposo el Señor Antonio María Durán, en el que se le declara la antigüedad de 10 de septiembre de 1820 en que fue ascendido a aquel grado, sin que en esta última fecha se le hubiese librado el despacho correspondiente. También existe en la misma secretaría el parte de la muerte de mi referido esposo, acaecida en 21 de abril de 1826, y porque estos documentos me son indispensables para comprobar mi derecho a la pensión que la ley de 29 de mayo del presente año establece en favor de viudas de los militares de la Independencia.

A vuestra excelencia suplico se digne disponer se me dé una copia del mencionado despacho y otra del parte del fallecimiento de mi referido esposo.

Bogotá, dieciséis de junio de mil ochocientos cuarenta y seis.

Excelentísimo señor.

Rafaela Ordóñez de Durán" (10)

Sin el brillo de otros jefes ilustres de nuestra guerra emancipadora, pero con una manifiesta vocación de solda-

do, auténtico representante de esa bendita generación de nuestra Independencia, Antonio María Durán inscribió sus nombre en las páginas gloriosas de la gesta heroica cuya invocación emocionada hacemos hoy los colombianos y particularmente, quienes vistiendo también el uniforme de soldados de la

república nos sentimos herederos de su gloria y nos iluminamos con su ejemplo.

Quede para posterior oportunidad lo que aún no se ha dicho sobre su vida para que sea más justo el homenaje a que tiene derecho.

NOTAS

- (1) Horacio Rodríguez Plata, "Antigua Provincia del Socorro y la Independencia", Publicaciones Editoriales Bogotá, Edición conmemorativa del Sesquicentenario de la Independencia, 1963, página 361.
- (2) Archivo Nacional "TOMAS DE RAZON", tomo 6º, libro II, 1823-1827, folio 3/v.
- (3) Archivo Santander, volumen tercero, páginas 60 y 61.
- (4) Cayo Leonidas Peñuela, Album de Boyacá, página 218.
- (5) Ibidem, páginas 277 y 278.
- (6) Scarpeta y Vergara, Diccionario Biográfico, páginas 134 y 135.
- (7) Archivo Nacional, Hojas de Servicio, tomo 13, folio 806/r y 806/v.
- (8) Archivo Nacional, Hojas de Servicio, tomo 13, folio 808/r.
- (9) Archivo Nacional, Hojas de Servicio, tomo 13, folio 810/r.
- (10) Archivo Nacional, Hojas de Servicio, tomo 13, folio 812/v.



CURTIDOS CONSOTA LTDA.

CALLE 20 N°. 8-42

TELEFONOS N°. 31-250 Y 31-251

PEREIRA — RISARALDA

♦ ♦ ♦

**FABRICANTES DE SUELAS
Y CRUPONES PARA CALZADO DE LA
MEJOR CALIDAD.**

SOMOS PROVEEDORES DE LAS FUERZAS ARMADAS

♦ ♦ ♦

**REPRESENTANTES EXCLUSIVOS PARA BOGOTA
SILVIO CALLE LONDOÑO Y CIA. LTDA.
CARRERA 12 N°. 13-68 — TELEFONO N°. 42-16-94**

SUS MEJORES FOTOS!!



CON



Y



Distribuidores Exclusivos para Colombia

CASA BELGA
VERSWYVEL & CO.



JUAN JOSE NEIRA

JUAN JOSE NEIRA

PALADIN DEL VALOR Y DE LA LIBERTAD

"El que lo abandona todo por ser útil a la Patria, no pierde nada, y gana cuanto le consagra. BOLIVAR".

"Neira, el hombre prodigioso que siempre apareció en el momento del peligro y que siempre desapareció a la hora de la recompensa. JOSE EUSEBIO CARO".

Por el Capitán

ROBERTO IBÁÑEZ SANCHEZ

Con los bravos, aguerridos y pendencieros conquistadores que sobre la desnuda impotencia de los Chibchas se lanzaron a la conquista de un dorado que pronto se esfumó entre montañas de leyendas, llegaron los Neiras españoles a Boyacá. A esta tierra pródiga en virtudes guerreras donde los colonos de la libertad con su sangre y el temple de sus brazos edificaron el altar de las grandezas nacionales.

Durante el tranquilo período de la Colonia este apellido germinó entre las más notables familias de Tunja y Leiva; Villas surgidas en el más exquisito sabor castellano, donde la vetustez grandiosa del arte medioevo, plasmó sus formas sobre la ebúrnea mística de templos, conventos, y casas abolen-gas.

Por allá, en la segunda mitad del Siglo XVIII, don Mateo Neira adquirió una propiedad en los alrededores de la Villa de Leiva, llamada: "**El Molino del Cárcamo**"; situado en un valle pintoresco a orillas de la confluencia de los ríos Gachaneque y Sáchica, donde la augusta soledad del paisaje sirvió cual espléndido marco al progreso de su familia que pronto adquirió renombre gracias a la fortuna acumulada, pues las ricas haciendas de Ticha y Rabanal surtieron con su fertilidad los mercados de pueblos vecinos. A corta distancia del Molino, se encontraba la aldea indígena de Moniquirá, donde quedó consignada la siguiente partida de bautismo: "En este pueblo de Moniquirá, el 23 de diciembre de 1793, bautizó, puso óleo y cris-

ma D. Benedicto de la Borda a un niño que llamó **Juan José**, hijo legítimo de don Mateo Neira y de doña Bárbara de Velasco, abuelos paternos don Salvador de Neira y doña Bárbara Cabrejo, y maternos don Narciso de Velasco y doña Ignacia Camacho. Fue padrino don Juan de Dios Bautista, cura ecónomo, siendo testigos Juan José Bautista y Juan Francisco Zambrano y el Sacristán de que doy fe. Juan de Dios Bautista". Esta aldea dejó de existir, pasando su archivo parroquial al floreciente poblado de Quebradas, hoy Gachantivá.

A la edad de un año murió su progenitor, quedando Juan José como hijo único dueño de todas las haciendas y al cuidado de su madre que para 1803, le envió a educarse en una escuela de Tunja. Acá estudió gramática latina, clase que debió terminar en ocho años, pues, para 1810 lo encontramos al frente de su finca del Rabanal.

En esta época, era ya conocido su nombre entre los círculos de jóvenes estudiosos e inquietos, que tras el cortinaje de solariegas casonas saboreando gustosos bizcochos y chocolate, cuchicheaban la forma de lograr una igualdad acorde con la dignidad humana que en forma intrusa usurpaban los venidos de España. Y es que entre tertulia y tertulia, tímidamente se hojeaban los derechos del hombre que rápida y subrepticamente circulaban de tiempo atrás, sin que las autoridades virreinales lograran controlar semejante contrabando de ideas llegadas y distribuidas profusamente por la Francia revolucionaria. Llega así el

20 de julio de 1810 y cuando escasamente, nuestro héroe se acercaba a los 17 años, es nombrado Capitán de Milicias y encargado de organizar y disciplinar contingentes de Guachetá y Lenguazaque; función que cumplió meritoriamente hasta el punto de mantener por largo tiempo, de su propio pecunio un grupo de más de 30 hombres.

De los años de la Patria Boba, han quedado muy pocos vestigios de su historia; apenas el matrimonio con la hija del Tribuno del Pueblo, doña Liboria Acevedo y Tejada, el que se concertó luego de curiosas cláusulas previas que reposan amarillentas en los archivos de la Academia Boyacense de Historia. Queremos, sin embargo, consignar algo de su procerca figura que al decir de Pereira Gamba en su libro "Los conflictos de Bogotá en 1840 y 1841". Era de una blancura de alabastro, de facciones muy bien modeladas y expresivas, pues su severa frente, su aguileña nariz, sus delicados labios y sus ojos grandes de fuego, quedaban realzados por cabellera negra, medio cana, y un crespo bigote que se unía, casi en línea recta, con las patillas un tanto recortadas". "Aquel hombre —dice don José María Samper en sus "Memorias"— era hermoso, pero de una hermosura semi-salvaje, como la de un montañés siciliano; aquel hombre irascible, audaz, violento, caballeresco y de postura singularmente marcial, tuvo el don de electrizar a todos sus partidarios".

Su retrato, de autor anónimo pero original, nos da una ligera idea del corte marcial de su postura, de su con-

textura atlética, pese a que este fue pintado cuando había experimentado muchos sufrimientos que su semblante nos deja transparentar muy tenuemente.

Parece, según su propio testimonio, que en los años 13 o 14 ocupó la Alcaldía de Tunja, pasando luego a Santafé al servicio del Gobierno de las Provincias Unidas. Pero al tener conocimiento de la invasión española por Chita, marcha allí con su pequeño destacamento, mientras su esposa quebrando la promesa pre-matrimonial va al Rabanal en prevención de posibles insucesos.

Cuando las columnas pacificadoras de don Pablo Morillo, en caminos de barbarie y crueldad jamás conocidas, avanzan a Santafé, incorporado en el Ejército del General Serviez huye a los Llanos Orientales por la Cabuya de Cáqueza, y luego de salvarse milagrosamente de tan infortunada acción, permanece algún tiempo merodeando la cordillera por los lados de Casanare; pero con tan mala fortuna que en alguna incursión de los sabuesos del pacificador, es cogido prisionero. Logra al poco tiempo fugarse entrando a Santafé y desde varios escondites, contempla las escenas sangrientas con que el feroz Conde de Cartagena y el cobarde Virrey quisieron ahogar los deseos de libertad y emancipación, de la Corona española.

Regresa entonces a sus haciendas y organiza por su cuenta con Vicente y Ambrosio Almeidas y Blas Ramírez, una guerrilla que dió el primer golpe en Tibirita, sobre un destacamento

español. Triunfantes, avanzan a Chocotá, Suesca y Nemocón, desbaratando otro grupo considerable de realistas. En este recorrido se iban presentando entusiastas partidas de volantes de Ventaquemada y el Valle de Ubaté, para engrosar la filas patriotas. Dejemos acá a la pluma del ilustre Canónigo doctor **Cayo Leonidas Peñuela**, insigne y preclaro historiador boyacense, en su obra "Album de Boyacá": "Informado Sámano de los pocos recursos de los guerrilleros (20 fusiles y unas lanzas), despachó contra ellos 600 hombres, escogidos de entre los batallones "Del Rey" y "2º de Numancia", a órdenes de Carlos Tolrá, Simón Sicilia y Gregorio Alonso. En el puente Sisga, el brutal Sicilia atacó una parte de la guerrilla, la que logró rechazar al enemigo, gracias especialmente a la valentía de Juan José Neira, quien con sable en mano se lanzó sobre Alonso, y a pesar de que este se defendió valerosamente no pudo escapar con vida de las manos del intrépido Neira". A las pocas horas, continúa su señoría Peñuela, "Tolrá logró dispersar a la otra porción, emprendiendo inmediatamente la persecución más activa sobre los desbandados". Como las fuerzas enemigas eran tres veces superiores a las suyas, resolvió hacer el más extraordinario cuanto glorioso sacrificio. Tomamos de la "Corona Fúnebre" de este ínclito varón publicada en enero de 1841, la siguiente narración sobre este hermoso rasgo de patriotismo: "Les previno (a los Almeidas y a sus compañeros) que se retirasen a Casanare; que reuniendo allí fuerzas, alentarán

el espíritu independiente de ese pueblo valeroso, y se dispusieran a liberar el país; prometiéndoles que con tres de sus compañeros favorecería su retirada, haciendo frente a la numerosa partida que los atacaba. Lo hizo en efecto, y al declinar del día, muertos ya los tres soldados, fue hecho prisionero, despojado de su ropa, ligados fuertemente sus robustos brazos a la espalda, y arrastrado por un sargento negro que se iba gozando con brutal alegría en el precio que se le esperaba por conducir ante sus verdugos a tan ilustre víctima.

El ánimo altivo de Neira no podía tolerar la afrenta de ser conducido ignominiosamente a la capital, ni dar a sus enemigos el triunfo de hacerle expirar sobre el patíbulo que se le estaba destinado: superior siempre a todos los peligros, al pasar cerca de un precipicio de enorme altura, y que lo forma una pequeña tajada, se lanzó por él, y su conductor tuvo que soltar la sogá con que le conducía atado. Una especie de hamaca formada cerca de la cima del precipicio, de cañas silvestres vulgarmente denominadas chusques y de bejucos, detuvo el cuerpo en su rápida caída. Así suele salvar la Providencia, por vías extraordinarias, a los hombres que destina para el cumplimiento de un designio suyo.

Al cabo de dos o tres horas de afán, pudo el sargento dar con una senda escarpada y difícil, y bajó en busca del cuerpo, que suponía despedazado, para cortarle la cabeza y conducirla a sus jefes; pero Neira sin sentido, y casi sin aliento, permanecía en su le-

cho providencial: varias veces lo rodeó el inexorable sargento, y se retiró por último, trocados en temores su esperanza, y en pena su complacencia.

Al amanecer comenzó Neira a recobrar el sentido, y recobrado que lo hubo, logró por repetidos esfuerzos desatar sus fuertes ligaduras, y arrastrarse hasta la primera casa que encontró, en donde a los cuidados de sus dueños, y a su robusta constitución, debió su completo restablecimiento.

Poco tiempo después se ocultó en Pacho, hacienda cercana a Zipaquirá; pero los sacrificadores buscaban con incansable tesón a su víctima, y de repente, una noche, cuando nadie lo temía y Neira se encontraba rodeado de algunas personas de su familia, se presentan a prenderlo 20 soldados armados. Con su intrepidez ordinaria los atropella, y se escapa por la puerta misma de que se habían apoderado, única de la pieza en que se encontraba".

Mientras todos estos percances rodeaban la vida de Juan José Neira, El Libertador Simón Bolívar, desde las Llanuras del Apure y Casanare avanzaba hacia las puertas de la gloria y de la libertad. El 25 de julio el Ejército español es derrotado en el Pantano de Vargas y 13 días más tarde, toda la III División hispana que guarnecía el Reino, con su Comandante el Coronel José María Barreiro, caen en poder de las huestes libertadoras. Una ola de zozobra y pavor cunde entonces entre los españoles, que con el cobarde, cruel y achacoso Virrey a la cabeza, abandonan precipitadamente Santafé.

Al tener conocimiento de este glorioso triunfo de las armas libertadoras, Neira se enrola en sus filas y es nombrado Comandante Militar y Político de Chocontá. Se sucede entonces un episodio que muestra a las claras el carácter bondadoso del valiente cuan audaz guerrero. En una solicitud que hiciera el Coronel Jacinto Lara que llegó a esta población el 11 de noviembre, de paso al norte de la República, le pide recoger todas las mulas y caballos para el Ejército, con orden de que quien no las presente se pase por la última pena. Ante esta situación, escribe al General Santander, manifestándole que él no podrá cumplir este mandato por cuanto representa expropiaciones arbitrarias a gentes en su mayoría pobres, que lógicamente quedarían reducidas a la miseria. Esta sincera y justa petición le granjeó el aprecio y buena voluntad de todos sus gobernados.

El 8 de diciembre de 1819, escribe otra nota al Vicepresidente en términos que una vez más señalan su justicia: "El ciudadano Juan José Neira, Comandante Militar y Jefe Político de este Cantón, con el mayor respeto hace presente a V. E. que acostumbrados los ciudadanos alcaldes de esa ciudad a tratar como subalternos a los que se llamaban corregidores de Chocontá, juzgan que yo me hallo en la misma clase, por lo mismo me despachan sus providencias ordenándome y mandándome. Mas como yo haya sido nombrado por V. E. no solo Jefe Político sino también Comandante Militar de este Departamento y me hallo conde-

corado con el empleo de Teniente Coronel, no puedo resolverme a que se me trate como a un súbdito de dichos alcaldes. El ciudadano doctor Miguel Silva, obtuvo también esta judicatura política en el tiempo de la República pero como un Juez Ordinario a prevención con los de esa ciudad, por lo que no esta fuera del orden el que a mí igualmente se me conceda la jurisdicción ordinaria en los propios términos. Yo no ambiciono honores ni autoridades, pero tampoco puedo mirar con desprecio y con indiferencia la condecoración de Teniente Coronel, de Comandante Militar y de Juez Político habiendo anteriormente sido Alcalde Ordinario de la ciudad de Tunja. No sería regular que estando yo sacrificándome en servicio de Colombia, sin interés alguno, antes sí sufriendo varias privaciones en mis propiedades por el bien del Estado, estuviese representando un papel tan desairado que viniese a ser poco menos que un alcalde pedáneo y súbdito de los alcaldes ordinarios de Santafé. Yo tengo tratado aunque verbalmente este negocio con el señor Gobernador político, quien me previno de palabra que si se resistía por los alcaldes ordinarios alguna providencia de orden y mando, la repeliese, pero para evitar toda guerra y para mi mayor resguardo espero que V. E., considerando los motivos y razones que dejo expuestos, se sirva declarar lo más breve que yo soy en este cantón un juez con jurisdicción ordinaria a prevención con los alcaldes que la obtenían en esa ciudad. Así me lo prometo de la rectitud y bondad

de V. E., sirviéndose mandar que verificada la declaratoria se me comunique copia para mi gobierno”.

El día 30 de enero de 1820 el Coronel Miguel Manrique, Gobernador de la Provincia de Cundinamarca, en la “Gaceta de Bogotá” expresa: “El Jefe Político y Militar del Departamento de Chocontá, Teniente Coronel Juan José Neira, ha servido su destino desde agosto sin exigir sueldo alguno y sin causar perjuicio a los pueblos”.

No era sin embargo, este el campo propicio para su elevado patriotismo y fogoso temperamento, y en 1820 se incorpora al Ejército del Sur al mando del General Manuel Valdés, con quien bate las fuerzas españolas del Coronel Sebastián Calzada, logrando la libertad de la Provincia de Popayán, en la Batalla de Pitayó.

La mengua de su salud debido a tantos sufrimientos, le obligaron a pedir letras de cuartel en 1821 y regresa para entregarse a las labores agrícolas que abandonadas estaban de mucho tiempo, lo que hizo que se parangonara con Cincinato, el patricio romano.

Alejado de las rencillas políticas que siguieron a las victorias de la Independencia, vivía en esos campos fecundos de Ticha. Llegó una noche de 1828, a pie, demacrado y andrajoso, su sobrino, Luis Vargas Tejada, a pedirle asilo, pues fallido el execrable golpe contra la vida del Padre de la Patria era él buscado por todas partes. Neira lo llevó a una cueva cercana cuya entrada estaba cubierta por arbustos. Allí vivió el infortunado poeta un año, y Neira con exquisito cuida-

do hacía que un niño le llevase los alimentos sigilosamente. Bastante debió sufrir Neira al saber la muerte de Vargas Tejada, ahogado en un río cuando salido de su caverna, emprendía viaje para el exterior.

Al comenzar el año de 1830, una revolución derriba el gobierno de Joaquín Mosquera, Juan José Neira adicto íntegramente a los principios republicanos, se pronuncia en la región de Ubaté, con Mariano Acero, Miguel y Manuel Rodríguez. Con un bien poco contingente se apodera de la ciudad y recibe una herida grave en el brazo derecho. Se dirige luego a la capital y cerca de Usaquén vence a las fuerzas de la Dictadura. Restaurado el gobierno recibe por decreto del 24 de mayo de 1831 el grado de Coronel efectivo de Caballería. Tomemos ahora del libro de don Ignacio Borda, la carta que Neira contestó al gobierno por esta distinción: “Excelentísimo señor: El Coronel de Caballería Juan José Neira tiene el honor de exponer respetuosamente a V. E. lo que sigue: Cuando en el último período los graves males de la patria me obligaron a tomar las armas en su defensa, no fue mi ánimo, excelentísimo señor, seguir esta carrera, ni alguna otra que pudiese arrancarme del retiro tranquilo de la vida privada a que siempre he aspirado y que constituye el objeto único y exclusivo de toda mi ambición. Como ciudadano, la Patria me exigió el deber de sacrificarle mi tranquilidad, la de mi familia y mis intereses y cuanto puede serme caro sobre la tierra. Sin vacilar un poco le he

prestado cuantos servicios han estado a mi alcance, no omitiendo el de mi propia sangre; más en todo esto no creo haber pasado una sola línea de cuanto el deber me demandaba. V. E. sin embargo, ha querido premiar generosamente mis limitados servicios, ascendiéndome a Coronel efectivo de Caballería; y este premio, a medida que excita hasta lo sumo los sentimientos más puros de gratitud en el fondo de mi corazón, me pone en la necesidad imperiosa de devolver a V. E. el despacho de este ascenso que incluyo, suplicando, con el respeto debido, que se sirva expedirme licencia absoluta del servicio, o por lo menos letras de cuartel sin goce alguno, en atención a la escasez del erario público y al número crecido de jefes beneméritos que están por colocar en el ejército.

Al hacer a V. E. esta petición sumisa, protesto de la manera más solemne que solo me mueve el deseo vehemente de conservarme retirado en la vida privada, y que siempre que mis servicios sean de absoluta necesidad, el Gobierno legítimo de la República puede contar con ellos, reputándome en todo caso como un soldado nato de la Patria en sus peligros. No dudo, pues, que V. E. querrá acceder a mi solicitud, por ser tan conforme con la justicia. Desierto de la Candelaria, junio 4 de 1831. Excelentísimo señor. Juan José Neira”.

El General José Hilario López, en la “Gaceta Ministerial” dió contestación a Neira en la forma siguiente: “...El Gobierno ha visto con mucho aprecio la relevante prueba del desin-

terés que anima al esforzado Coronel y generoso republicano Juan José Neira y no juzga conveniente darle la licencia absoluta que solicita. En lugar de esta se le expedirán letras de cuartel conforme a la ley orgánica del ejército para que pueda permanecer en la vida privada como lo desea. Al enviárselas se le manifestará la grande estimación que el Gobierno hace de sus nobles sentimientos y de su consagración a la causa de la libertad, y se le expresará que siempre cuenta con él como uno de los colombianos que han hecho heroicos esfuerzos en defensa de los principios y contra el horrible despotismo”.

Las ciudades de Bogotá y Tunja le nombraron diputado a la gran Convención, y renunció este destino como más tarde el de Senador al Congreso Constitucional de 1834; porque tan modesto como valiente, creía que no habiendo sido educado para la tribuna ni versado en los asuntos políticos, no podía hacer a la Patria todo el bien que él deseaba. Pero, obligado por sus conciudadanos en 1836 tomó asiento en el Senado, como defensor del Gobierno Nacional, de las Instituciones Patrias y de la libertad.

Aumentadas sus enfermedades y temiendo por la herida recibida en Ubaté, nuevamente, pidió licencia absoluta del servicio militar, y el Gobierno accedió al fin, señalándole \$ 93 pesos de pensión que era lo que correspondía al tiempo de sus servicios. Esta era la primera suma que iba a recibir del Tesoro Nacional, pero la cedió para una obra de beneficencia, y luego a

favor de una de las familias patriotas que más habían sufrido del oprobio español.

La incensata revolución que estalló en Pasto el año de 1840 fue secundada en el Norte de la República, bien que con bandera distinta. Si allá era un movimiento religioso, aquí tenía más bien caracteres de exaltada demagogia. Dice don Ramón Correa en su diccionario de boyacenses ilustres: "Neira voló de sus campos para defender las autoridades legítimas y con tres decenas de jinetes se dirigió a Tunja, la cual ocupó sin necesidad de combate. Los 400 facciosos que allí estaban tomaron el camino de Paipa. Hacia allá siguió Neira y adelantándose a su tropa los atacó con solo cuatro compañeros. Recibido con una descarga quedó herido, pero no obstante esto logró dominar a esos rebeldes, tomando prisioneros a varios de ellos. Recibió luego la orden de venir a Bogotá que estaba amenazada por un ejército de facciosos.

González, gobernador del Socorro, se había rebelado contra la autoridad nacional, y después de derrotar las fuerzas del gobierno que fueron a someterlo, ocupó a Zipaquirá y marchaba sobre la capital. El pánico era enorme, pues amenazó aquel revolucionario entregar esta al saqueo de 300 llaneros sino se rendían inmediatamente".

Neira llega a Bogotá el 13 de octubre montado en un gran caballo ceruño, seguido de cuatro húsares de marcial y corpulenta talla, que empuñaban lanzas y banderas que llevaban una calavera blanca en el centro. Con

este pequeño cuerpo entró a una tipografía donde habían impreso carteles revolucionarios y todas las máquinas y enseres de esta fueron a parar al riachuelo de San Francisco completamente destruidas. Conferenció luego con el señor Domingo Caicedo encargado del poder ejecutivo por cuanto el Presidente Márquez había salido a Neiva, y se convino la defensa de la Capital.

Con un escaso Batallón salió al encuentro de González que avanzaba desde Zipaquirá, le derrotó y tomó buen número de prisioneros, pero como su inusitado valor siempre le llevaba a intervenir en la lucha en las primeras filas, recibió una herida de cierta consideración. Llevado en estado grave a la ciudad fue alojado en una casa contigua al templo de la Candelaria, desde la cual el 3 de noviembre de 1840 expidió a los habitantes de Bogotá y de la Sabana esta proclama: "...Compañeritos: Con cuánta complacencia os dirijo hoy mis palabras. Os felicito mil veces y os doy las más expresivas gracias porque habeis contribuído eficazmente con vuestros heroicos esfuerzos a dar un escarmiento terrible a nuestros enemigos en el Campo de Buenavista y Culebrera. Que tiemblen, pues, los malvados si todavía intentan levantar sus criminales cabezas. Cada uno de vosotros es una firme columna de la libertad y de la ley.

Compañeros y amigos míos: momentáneamente me he visto separado de vosotros por haber recibido una herida gloriosa en vuestra defensa, pero muy pronto tendréis entre vosotros a vues-

tro soldado. Vuestra Patria no será jamás presa de los facciosos. Juan José Neira”.

Vuelta ya la tranquilidad entraron a la capital el Presidente José Ignacio de Márquez y los generales Pedro Alcántara Herrán y Tomás Cipriano de Mosquera, quien según la revista “La Gran Semana”, díjole a Neira: “Desde hoy el ejército ve en Usía a uno de sus generales, porque cree que debe orlar su vestido con el laurel que ciñó su frente. Yo por mi parte, señor Coronel, quisiera poder colocar sobre sus hombros las estrellas con que me ha honrado la nación. Allí estarán más dignamente”.

El día 7 de enero de 1841, habiendo recibido los sacramentos católicos, expiró el bizarro General Juan José Neira, en medio del más profundo dolor y consternación. Su cadáver en cámara ardiente fue expuesto hasta los suntuosos funerales que el ilustrísimo Arzobispo Mosquera le hiciera el 14 de enero; a lo largo del recorrido los más

distinguidos ciudadanos de Colombia se alternaban en el transporte de su cadáver; multitudes de miles de hombres y mujeres sin distingos de clases ni partidos políticos le lloraron como a uno de los grandes capitanes de la Patria, y más de 500 coronas orlaron aquel triste día su caja mortuoria.

Así terminó la vida y hechos inmortales de uno de los más grandes luchadores de la Colombia antigua; del abnegado, valiente, intrépido, caballeroso, justo y patriota **Juan José Neira**. Los laureles del suelo republicano serían insuficientes para nimbar la augusta frente del bravo batallador de la causa libertaria, que primero osó despeñarse en el “Volador de Mchetá”, antes de entregarse a la crueldad española, y que como lo dijo el Presidente Márquez, “El ídolo de su corazón fue la emancipación de la Patria”.

Hoy sobre la fría losa del cementerio heroico solo se lee esta inscripción: “Neira”, ningún epígrafe podría agregarse sobre el glorioso nombre.

EL BANCO CAFETERO

ADEMAS DE SUS CREDITOS CORRIENTES AL SERVICIO DE LOS CAFETEROS, ASISTE A LOS AGRICULTORES CON RECURSOS DESTINADOS A LOS SIGUIENTES CULTIVOS:

AJONJOLI

ALGODON

ARROZ

MAIZ

SORGO

SOYA

TRIGO

CEBADA

FRIJOL

CARAOTA

UN BANCO MODERNO

AL SERVICIO DE LA PRODUCCION NACIONAL

154 OFICINAS EN EL PAIS



POLICARPA SALAVARRIETA

POLICARPA SALAVARRIETA

Por JOAQUIN PIÑEROS CORPAS

¿Quién no conoce a la máxima heroína de la Independencia, Policarpa Salavarrieta, la encendida flor popular de la revolución, también llamada con el cordial nombre de La Pola? En ella el país ha simbolizado el generoso aporte de amor y dolor que la mujer colombiana ofreció a la causa de la emancipación nacional.

Nació Policarpa en Guaduas, hacia 1796, en el seno de un virtuoso hogar que dió varios servidores a la Iglesia, y estaba relacionado con ilustres familias neogranadinas. La suerte aciaga se ensañó en la infancia de la heroína: sus padres don Joaquín Salavarrieta y doña Mariana Ríos, murieron en 1801, víctimas de una epidemia de cuartanas, que así se llamaban entonces las viruelas.

Debido a la cariñosa solicitud de doña María Matea de Zaldúa, Policarpa recibió en Santa Fe apreciable educación, junto a las hijas de su espléndida protectora, y de acuerdo con la que se daba a las muchachas de aquella época, dentro del hispánico ambiente de la propia casa.

Quizás el amor a la tierra nativa la llevó de nuevo a Guaduas en donde se dedicó a coser y a bordar para una escogida clientela. No fue nunca misterio para los españoles la simpatía de la joven por el movimiento insurgente, ya que uno de sus hermanos, en plena adolescencia, era soldado curtido por los soles de las hazañas republicanas.

Para burlar a sus perseguidores, Policarpa y Bibiano Salavarrieta se establecieron en Bogotá. La casa que los acogió fue la de doña Andrea Ricaurte de Lozano, dinámica conspiradora contra el gobierno español, en cuyas manos se encontraba buena parte de la complicada madeja de relaciones entre el ejército patriota de Casanare y los insurgentes de Santa Fe y otras regiones del país.

Policarpa participó con apasionado interés en estas cautelosas operaciones que ofrecían evidente peligro de muerte. Continuando con sus tareas de bordado y costura, tanto para ganarse el sustento como para disipar sospechas en torno de sus actividades revolucionarias, pudo establecer contacto

con los lanceros del Llano, a través de ingeniosos correos, y una comunicación eficaz con jefes y agentes de la insurrección, entre ellos los hermanos Almeydas, y Alejo Sabaraín, su prometido, quien con imaginación y coraje había prestado valiosos servicios a las armas republicanas.

El fracasado intento de incorporación a las fuerzas insurgentes del Llano de un puñado de patriotas de Santa Fe, varios de ellos pertenecientes a la guarnición española, determinó la prisión de Policarpa, que había confiado a Sabaraín comprometedor correspondencia para el comandante guerrillero Ramón Nonato Pérez. Juzgada con sus compañeros y condenada a

muerte, pasó la última noche en un aula del Colegio del Rosario, el claustro que tantos próceres preparó para la empresa de la independencia nacional.

En la mañana del 14 de noviembre de 1817, entre una multitud espectante con el luto en el corazón, la hermosa rebelde de 21 años fue conducida a la Plaza Mayor de Santa Fe, señalada como sitio del fusilamiento.

Cual si se encontrara en tribuna privilegiada, desde el cadalso increpó al pueblo su indolencia. Luego se arrojó sobre el banquillo. La descarga sobre su espalda, fue más que estruendo de muerte, grito de protesta de la historia.



Estos
hombres
tenían que
trabajar
solos...

Pero usted
tiene un
colaborador

Estos hombres trabajaban solos en busca de una utopía. Usted que trabaja para crear riqueza no está solo. Sea pequeña o grande su empresa, el IFI le puede proporcionar financiación o inversión para ensancharla o desarrollar nuevas ideas.

El Instituto de Fomento Industrial promueve y vigoriza empresas que aprovechen recursos básicos, sustituyan importaciones, generen exportaciones y operen sobre renglones no explotados o insuficientemente desarrollados y competidos. El IFI, en los 2 últimos años, a otorgado créditos por \$ 530 millones y efectuado inversiones por \$ 142 millones, para impulsar el desarrollo nacional.

IFI

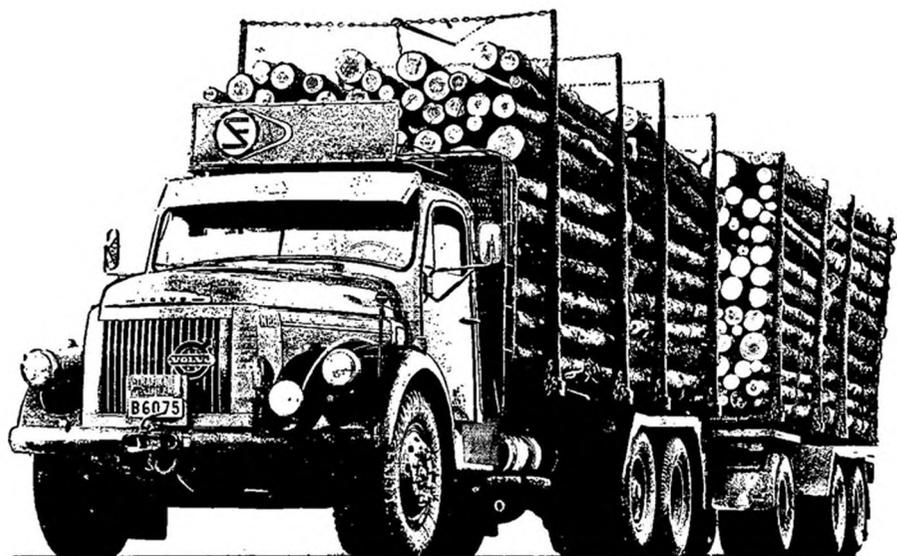
*Nuevo impulso para una nación
que se transforma.*



LLEGO....

VOLVO

DE DOBLE EJE TRASERO Y CON SU FAMOSO
REDUCTOR DE CUBO



CHAID NEME HERMANOS

AVENIDA CARACAS NO. 15-71 — TEL. 41-67-79

BOGOTÁ, D. E.



ANTONIA SANTOS

ANTONIA SANTOS

Por HORACIO RODRIGUEZ PLATA

El Coronel Lucas González es designado Comandante Militar de la Provincia del Socorro.

Con el título de "El Momento Estelar en la Campaña de Boyacá" publicamos en nuestro libro "La Antigua Provincia del Socorro y la Independencia" el capítulo VII de la obra. Por ser pertinente para este trabajo y referirse a las consecuencias del fusilamiento de Antonia Santos Plata, lo reproducimos ahora con varias adiciones documentales y breves comentarios de que entonces prescindimos.

A consecuencia de las derrotas que al Gobernador Fominaya le propinaron las guerrillas republicanas, fue remplazado con el Cor. Lucas González, quien desde el Socorro, el 9 de julio de 1819, comunica al Virrey Sámano que el 5 del expresado mes fue reconocido como Comandante Militar de la Provincia por orden del Comandante de la Tercera División, Coronel José María Barreiro.

González, con la actividad que le era característica, pretendió acabar pron-

tamente con las guerrillas que por todos partes de la Provincia habíanse propagado, especialmente con la que desde hacía tres años venía operando en las regiones de Coromoro y Charalá, que tantos daños había causado a los realistas y que era auxiliada eficazmente por la señorita Antonia Santos Plata. Acuciaba también la prisa de González el hecho de que por los lados del páramo de Pisba avanzaban sobre Sogamoso y en dirección a Santafé los ejércitos patriotas procedentes de los llanos de Casanare. La situación era crítica para el Comandante español del Socorro, porque al mismo tiempo había recibido órdenes de Sámano y comunicaciones de Barreiro para que oportunamente auxiliara las tropas que bajo el mando de este último se encontraban defendiendo la inminente invasión de la Provincia de Tunja. En efecto, Barreiro se hallaba entre dos fuegos: de un lado los patriotas llaneros que avanzaban y del otro, las guerrillas cada vez mayores y que todos los días lo acosaban e inquietaban más. Ya desde el 3 de junio había escrito a

Sámano: "Las circunstancias del día, el hallarse los montes infestados de bandidos, protegidos por los pueblos, la proximidad del enemigo y las ideas turbulentas que aún abrigan muchos de los que viven en las poblaciones, exigen imperiosamente la pronta ejecución de la justicia en los reos que son aprehendidos por las partidas que están destinadas a su persecución" (1).

Los imponderables en la Historia.

"Dice Macaulay, el notable historiador de la Revolución de Inglaterra, que por muy perspicaces que sean el filósofo y el que escribe historia, no alcanzan a decir con verdad cuál hubiera sido el resultado de varios hechos que pudieron verificarse pero que no se hicieron efectivos. Esta observación, que es apenas de sentido común, va directamente contra la audacia de los que escriben historia aseverando hechos que solo se presentan a la imaginación, o que pudieran suceder pero no sucedieron; mas si los acontecimientos hipotéticos no son admisibles ante la verdad histórica, no por eso ha de rechazarse la unidad de causa y efecto, ni negarse la importancia de las deducciones lógicas para explicar hechos conocidos en relación con causas desconocidas" (2).

Los imponderables juegan papel en la historia y la estrella del destino siempre voluble, rige muchos de los acontecimientos. Aceptando esta tesis, que naturalmente es discutible dentro de la filosofía de la historia pero apasionante por el interés que le comu-

nica lo inesperado, el hecho-causa que sin relacionarse directamente con el efecto, sin embargo, lo produce, Stefan Zweig, el notable historiador alemán, desarrolló en su preciosa obra "Momentos Estelares de la Humanidad", unas cuantas deducciones lógicas sobre acontecimientos que a su juicio cambiaron el curso de la historia universal. Por esta obra desfilan, con creciente entusiasmo para el lector, Goethe en la creación iluminada de su famosa Elegía de Mariembad; Juan Augusto Suter, suizo, con sangre de aventurero, que un día de 1848, casualmente, descubre el oro de California y produce la más tremenda expansión en el progreso de los Estados Unidos; Dostoiewsky, el genial novelista ruso que ya frente al pelotón de fusilamiento, en un instante que durará siglos, vuelve a la vida; y por último, el Minuto Mundial de Waterloo, que nos va a servir de comparación con lo que se relatará en este capítulo.

Allí, en aquel histórico lugar, Grouchy tiene, sin saberlo, en sus manos, la suerte de Napoleón y del mundo entero. Partió cumpliendo las órdenes recibidas del Emperador al atardecer del 17 de junio, siguiendo las huellas de los prusianos. Atrás quedaban enfrentados los ejércitos de Francia y los de gran parte de Europa. Ambos contendores

(1) Academia Colombiana de Historia. Sección de Archivos y Microfilmes. Fondo Salamanca Aguilera. Correspondencia de Barreiro. T. 2, f. 86.

(2) Monsalve José Dolores. Mujeres de la Independencia. Biblioteca de Historia Nacional. Volumen XXXVIII. Bogotá, 1926, p. 206.

están agotados, y los dos Generales se muestran inquietos. Los dos saben que la victoria será del primero que reciba refuerzos, Wellington de Blucher, Napoleón de Grouchy. El Mariscal Grouchy va tras de los prusianos, y de pronto, "siente que el suelo se estre- mece ligeramente bajo sus pies; aguza el oído y le llega un sordo, continuo y amortiguado rumor. Son cañones que disparan a lo lejos, a una distancia de tres horas. Algunos oficiales se echan al suelo, aplican el oído contra la tierra y escuchan a la manera de los indios para inquirir la dirección del bombardeo. Y el eco retumba lejano" (1). Es el principio de Waterloo, es el momento en que según la actitud que tome Grouchy, de seguir en cumplimiento de una orden de su Emperador o de regresar a auxiliarlo, la historia de la humanidad tomará uno u otro rumbo. Grouchy reúne a sus oficiales. Gerard, el Jefe de su Estado Mayor, exclama fogosamente: "Il faut marcher au canon". ¡Es preciso marchar en dirección al fuego de artillería! Otro de los oficiales apoya esta opinión gritando: "Vamos inmediatamente, sin pérdida de tiempo". Ninguno de ellos duda de que el Emperador ha entrado en contacto con los ingleses y que ha comenzado una dura batalla. Pero Grouchy está indeciso. Acostumbrado a obedecer, se aferra a las instrucciones recibidas, a la orden imperial de seguir a los prusianos en su retirada. Al verle titubear, Gerard insiste con vehemencia: "Marcher au canon". Y ante los veinte oficiales, este consejo resuena como una orden, como una

súplica. Grouchy se exaspera; con tono violento y severo exclama que no puede apartarse del camino que le dicta el deber, si no recibe una contra orden del Emperador. Y los oficiales se sienten decepcionados, escuchando en silencio el retumbar lejano de los fatídicos cañones. Gerard intenta entonces un último recurso: suplica que se le permita acudir al campo de batalla con su división y unas cuantas piezas de artillería y se compromete a regresar a tiempo. Y Grouchy medita por unos momentos. Un momento medita Grouchy y este instante decide su propio destino, el destino de Napoleón y el destino del mundo. Aquel momento, que, como dice Zwig, es la inmortalidad, coincide con la frace angustiosa y nerviosa de Bonaparte. "¿Dónde está Grouchy?" "¿Por qué no está combatiendo a mi lado?". El mariscal Grouchy estaba persiguiendo, por orden suya, a un ejército prusiano que no iba a encontrar, porque burlándolo, ya está al lado de Wellington completando la derrota del Emperador en el propio campo de batalla.

Los guerrilleros de la Provincia del Socorro llegan a Socha.

En los primeros días de julio de 1819, después de la penosa travesía del páramo de Pisba, comienza a llegar la vanguardia del Ejército Libertador a la población de Socha. Ya desde Paya el General Santander había comunicado esta halagüeña noticia

(1) Stefan Zwig. Momentos Estelares de la Humanidad. Buenos Aires, 1925.

a los oficiales y soldados de su División: "El territorio donde marchamos es territorio amigo. Los pueblos no son enemigos y ellos van a cooperar con nosotros en la destrucción del ejército español. Nuestros hermanos, nuestros parientes, nuestros amigos nos aguardan como a sus libertadores" (1). En efecto, el día 3 de julio parte del Batallón Cazadores al mando del Sgto. Mayor Joaquín París atravesó el páramo de Pisba seguido de cerca por el resto del mismo Batallón comandado por el Teniente Coronel Antonio Arredondo habiendo llegado a Socha en la tarde de ese mismo día. Al siguiente atravesaba el páramo el General Francisco de Paula Santander con el resto de la División de Vanguardia y llegaba también a Socha.

Cuál no sería el regocijo que debieron experimentar estos osados guerreros cuando después de tantas fatigas y penalidades y en la parte más difícil de la travesía, encuentran entre los primeros que venían a auxiliarlos y a ponerse a sus órdenes, unos cuantos patriotas pertenecientes a la **Guerrilla de Coromoro o de Santos** que procedentes de la región socorrana habían pasado el día 2 de julio la cabuya del río y se habían internado en el páramo para incorporárseles. El siguiente oficio confirma plenamente esta aseveración y es prueba irrefutable de cómo los guerrilleros de la Provincia del Socorro acudieron oportunamente para corresponder entre los primeros al llamamiento que desde los Llanos orientales habían hecho los je-

fes libertadores a los pueblos de la Nueva Granada:

"Número 170. Excmo. Señor. Ayer tarde se me han incorporado cuatro compañías del 2º Batallón de Numancia con la fuerza de trescientas ochenta plazas y hoy deberán verificarlo otras dos del mismo Batallón. **La mayor parte de los rebeldes que se hallaban en la Provincia del Socorro, perseguidos por nuestras tropas pasaron el 2 del corriente la Cabuya de Socha e internándose en el Páramo, deberán haberse unido con los de Pisba**, de modo que queda aquella Provincia sin grandes atenciones y por esta razón pienso retirar parte de su guarnición. Dios guarde a V. E. muchos años. Tunja y julio 5 de 1819. Excmo. Señor José María Barreiro. Excmo. Señor. don Juan Sámano" (2).

Pero es más. Entre los numerosos documentos que sobre las noticias acerca de las actividades bélicas en la provincia socorrana recibían por estos días los patriotas que en seguida avanzaron sobre Sogamoso, hay uno muy curioso que dice así:

"El capitán Toscano con fecha de hoy, me participa haber tenido conocimiento que los enemigos trataban de

(1) Libro de Ordenes Generales del Ejército de Operaciones de la Nueva Granada de que es Comandante en Jefe el General de Brigada, ciudadano Francisco de Paula Santander. En Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. 28, Nº 326. Diciembre de 1941, p. 1132.

(2) Archivo de Indias. Sevilla. Correspondencia del Coronel José María Barreiro. Copia suministrada al autor por el notable historiador don Guillermo Hernández de Alba.

reunir algunas fuerzas en el Socorro, que solo había 187 fusileros, que a la fecha habían mandado a Santafé: que la **Guerrilla de Santos** se hallaba en el Alto del Mercado con la fuerza de 400 hombres y que trataban de reunirse algunos más" (1).

Es así como comienza a estructurarse el notable acontecimiento histórico que nos permite dar a este capítulo el nombre de El Momento Estelar en la Campaña de Boyacá. El Libertador Simón Bolívar necesitaba urgentemente de refuerzos y vestuarios y en consecuencia, ante las favorables noticias del entusiasmo que la noticia de su proximidad había despertado entre los guerrilleros de la provincia socorrana, destaca al Coronel Antonio Morales, "el hombre que con su mano plasmó la libertad el día 20 de julio de 1810", para que se traslade inmediatamente a la provincia del Socorro, organice allí la resistencia y le mande cuanto antes algunas tropas y elementos indispensables para continuar con éxito la invasión de la Nueva Granada.

La Batalla del Pantano de Vargas, acción militar indecisa. Barreiro llama en su auxilio al Coronel Lucas González.

Continúa la campaña libertadora y tras de los combates de Gámeza y Tópaga llega el memorable día 25 de julio en que se enfrentan los ejércitos realista y republicano en el Pantano de Vargas. En esta batalla pelearon algunas tropas, igualmente pertenecientes a la Guerrilla de Coromoro, que

comandadas por Ferminio Vargas, habían llegado tres días antes a incorporarse en los ejércitos patriotas, pero no enviadas por Morales, con quien se habían cruzado en el camino sin haberse encontrado, sino por orden del comando revolucionario que operaba en la hacienda de El Hatillo, residencia de Antonia Santos Plata.

Ambos contendores quedan extenuados; es una acción considerada por los historiadores militares hasta cierto punto indecisa. Para el próximo combate, que debe ser el decisivo, Bolívar necesita aumentar sus efectivos militares y también los requiere urgentemente Barreiro.

Entre tanto, notables acontecimientos de particular trascendencia se estaban cumpliendo lejos de la campaña boyacense. Desde dos semanas antes el Virrey Sámano, conecedor de la precaria situación de Barreiro y de la no menos aflictiva del ejército republicano, había enviado desde Santafé comunicaciones urgentes al Gobernador español del Socorro en que le pedía se trasladara inmediatamente con todos los veteranos armados que pudiera a ponerse bajo las órdenes de Barreiro, y a éste le anunciaba que el refuerzo le llegaría, según instrucciones, el 4 de agosto a Tunja. "Número 160. Tengo a la vista el oficio N° 176 quedando enterado de su contenido y espero con ansia el resultado, escribe

(1) Nota del General Carlos Soublette para el Libertador fechada en Socotá el 24 de julio de 1819. O'Leary. *Memorias*. Tomo XVI, p. 420.

Sámano a Barreiro el 9 de julio, y agrega: He insertado al Cor. Comandante Militar del Socorro lo conveniente del citado oficio de V. S., previniéndole obre según las circunstancias en el concepto de lo más conveniente si le es posible en el último caso de serle indispensable abandonar la provincia lo haga con la fuerza reunida a esa capital”.

No solo preocupaba a Sámano la situación de Barreiro sino que éste creía tan asegurada para el Rey la región del Socorro, que no temía el que quedara desguarnecida. Pensaba, como se deduce de los siguientes documentos, que al incorporarse a las tropas libertadoras los guerrilleros que en ella venían operando, según estaba informado, no había afán por el momento. Después se encargaría de arreglar cualquiera sorpresa que pudiera ocurrir. “La Provincia del Socorro, le escribe a Sámano, queda en estas circunstancias suficientemente guarnecida por más de doscientos hombres del 3º de Numancia, respecto a que la mayor parte de las cuadrillas de salteadores que la infestaban se han unido a los rebeldes, y que aun cuando se presenta alguna, las circunstancias presentes no permiten entretenernos con estos pequeños objetos, despreciando el principal que debe ser la destrucción del grueso de enemigos que amenazan el territorio”. “Las partidas de ladrones del Socorro y páramos de Quicayota, según los partes que he recibido, han hecho en estos días algunos robos que me es imposible contener; pero su existencia solo

durará lo que tarde en concluir las operaciones que me hallo ejecutando”.

“Julio 31 de 1819. Comandancia General de la 3ª División. Excelentísimo señor. Después del último parte que dí a V. E., no ha ocurrido novedad subsistiendo los enemigos en sus posiciones y la División en este pueblo. En los que dominaren los rebeldes se han hecho grandes levadas, y recogido un número considerable de paisanos sin distinción de indios y vecinos, y a todos los han agregado a su servicio. También se les han incorporado las partidas de los rebeldes Tobar (uno de los Jefes de la Guerrilla de Coromoro, anotamos nosotros), Montoya, Calvo, el negro Marcos y otros de los que había en los páramos de esta Provincia y la del Socorro, y según se me avisa deberían incorporárseles todas las demás que aún hay separadas, pues como he dicho a V. E. el objeto de Bolívar es presentarse a la División con considerables grupos de hombres. Esta reunión nada importa a las tropas de mi mando, pues se hallan convencidas que la multitud no hace la guerra, sino que contribuye al desorden de los buenos soldados, y por consiguiente más fácil su exterminio. La Provincia del Socorro ha quedado o debe quedar enteramente libre de partidas. Por la reunión mandada hacer de ellas al grueso del ejército enemigo y por consiguiente quedan sus pueblos libres y sin un objeto que llame la atención a la guarnición que tiene. Por noticias que recibí haber salido de Cerinza unos 130 fusiles, y alguna gente para engrosar y armar la partida del rebel-

be Santos dispuso detuviese su marcha el Batallón Ligero del Tambo, que había mandado incorporar a la División, pero atendiendo a que las circunstancias han variado, he prevenido al Gobernador de aquella Provincia don Lucas González que con todas las fuerzas disponibles que tenga acabe de ahuyentar las partidas de ladrones y se corra sobre el páramo de Cerinza, amagando caer a la retaguardia de los rebeldes, y haciéndolo si se le presenta ocasión para ello. Estos movimientos debe dirigirlos en persona, por lo cual le he indicado entregue a su salida del Socorro el mando de aquella Villa a los Alcaldes Ordinarios haciéndolos responsables con sus vidas si no mantuviesen la tranquilidad en ella. Esta orden se la he remitido por un peón de confianza pues todas las comunicaciones están interceptadas, y solo a precio de mucho dinero se consigue la seguridad en la entrega de los pliegos interesantes" (1).

Barreiro, pues, confiaba en la próxima presencia del Gobernador y Comandante Militar del Socorro, Coronel Lucas González, experto militar, junto con sus tropas, y en vez de marchar hacia Santafé para allí, unido a la guardia del Virrey, según también se había previsto, hacer frente al Ejército Libertador, decidió permanecer en Tunja y esperar en esa ciudad el oportuno y anhelado refuerzo. Mas, como llegara el prefijado día 4 por la noche y no apareciera por parte alguna la tropa que urgentemente esperaba, abandonó sus posiciones y se puso en marcha por el camino principal de

Paipa para reunirse a las tropas de la capital, evitando un encuentro con los independientes, quienes después de una admirable maniobra, habían ocupado a Tunja en la mañana del 5 cortándole las comunicaciones con Sámano. Barreiro entre tanto continuó su movimiento por el páramo de Cómbita, en la mañana del 6 entró al pueblo de Motavita, muy inmediato a Tunja, y el día 7, muy a la madrugada, sin mayor prisa, tomó el camino de Santafé por la vía de Samacá y el puente del Teatinos, considerando que había burlado a sus enemigos.

A su vez el Ejército Libertador, que había ocupado a Tunja el día 5, descansó un poco, se enteró de los movimientos de sus contrarios y avanzada la mañana del día 7 recibía orden de perseguir a los realistas y darles combate donde los encontrara. En la tarde memorable de aquella gloriosa fecha de agosto, en el campo inmortal de Boyacá, se decidía para siempre la libertad del Virreinato de la Nueva Granada. Precisamente, el día anterior habían alcanzado a llegar a Tunja, tercer refuerzo procedente de las guerrillas socorranas, algunas pocas gentes patriotas que unidas a las que el 2 de julio llegaron a Socha y a las que alcanzaron a pelear bajo las órdenes de Fermín Vargas en el Pantano de Vargas el 25, fueron incorporadas al ya creado Batallón Voluntarios del Socorro.

(1) Nota de Barreiro para el Virrey Sámano. Academia Colombiana de Historia. Sección de Archivos y Microfilmes. Fondo Salamanca Aguilera.

ro, que a pesar de haber constituido la reserva en la batalla de Boyacá, tuvieron la gloria de pelear y de contribuir a "decidir la acción", como lo reconoce el para nosotros parco y criticado parte del General Carlos Soubllette (1).

El fusilamiento de Antonia Santos. La reacción popular.

¿Qué acontecimientos lejanos habían sucedido para que la angustiada orden de Sámano a González y el llamamiento que igualmente le hiciera Barreiro no hubiera tenido cabal cumplimiento? El destino, que suele ser esquivo para algunos y amantísimo con otros, había marcado la hora cero de la Colonia, con un acto ajeno a la voluntad de los libertadores pero propio del régimen del terror.

En los primeros días de julio, cuando ya las tropas de Bolívar se acercaban a Sogamoso, fue apresada en la hacienda de El Hatillo la señorita Antonia Santos Plata y conducida al Socorro, previo un Consejo de Guerra, fusilada allí en la plaza principal el día 28 de julio, por el Gobernador Lucas González y en cumplimiento de órdenes del propio Virrey Sámano. La señorita Santos, de grande ascendiente político y social en la región, había sido acusada de organizar y sostener con su propio peculio la famosa Guerrilla de Coromoro que desde hacía tres años venía hostilizando seriamente a los españoles.

Sábese que a los dos días después de que la señorita Santos fue aprehendida

en El Hatillo, la guerrilla se dividió en dos porciones, marchando la una a las órdenes del Comandante Fermín Vargas a incorporarse con las tropas del Libertador, como quedó visto anteriormente, y la otra, dirigida por sus Comandantes don Tadeo Rojas y don Gabriel Uribe, cuñados de la heroína, don Fernando Santos, su hermano, don Cayetano Téllez y otros, llegó a ser con todos los comarcanos que se le reunieron, una fuerza numerosa que en breve se apoderó de Charalá y nombró Alcalde de la población a don Ramón Santos.

Hay un documento que nos señala cómo precisamente el día 28, mientras en el Socorro ocurría el fusilamiento de Antonia Santos, la población de Charalá era ocupada por los patriotas. Es una carta que desde Oiba, con fecha 30 de julio, dirige el Coronel González al Virrey Sámano, en la que le dice:

"Los insurgentes acaudillados por Fernando Santos y don Pedro Agustín

(1) En el Libro de Ordenes Militares del General Santander en las Campañas de 1819, se encuentra la siguiente: "Orden General para el 2 de agosto. S. E., ha dispuesto que a las reclutas del Socorro agregándole las guerrillas del Teniente Báez, se forme un Batallón de Milicias con la denominación de Voluntarios del Socorro y que se agregue a la Vanguardia, y que con la recluta de esta Provincia se forme también otro de milicias con la denominación de Voluntarios de Tunja, y que se agregue a la División de Retaguardia. El SubTte. José María Vargas y el Teniente Monsalve (charaleño el primero y socorrano el segundo, agregamos nosotros) han pasado de orden de S. E., al Batallón Voluntarios del Socorro".

Vargas, después de su entrada en Charalá en la tarde del 28 publicaron por bando la derrota de nuestra División en Gámeza, Belén y Corrales, acto continuo entró también con algunos infantes Antonio Morales con el carácter de Coronel y Comandante de Armas de esta Provincia por Bolívar que reuniendo a sus órdenes cerca de 200 infantes y 60 lanceros con otros que se le incorporaron en aquel pueblo por el ascendiente de Vargas me puso en la necesidad de retirarme a ésta temeroso que quemasen el Puente de Canoas, y al mismo tiempo ver si podía asegurar el golpe por el camino que por el Monte comunica en aquella parroquia pero en vano mi proyecto por el riesgo de un boquerón tomado por ellos que no admite pica, y menos se puede subir sino a la desfilada y la misma exposición hay por el camino de Confines de modo que el no saber, hace tiempo de la División, no me permite marchar por los Platanillos o retroceder a Riahcuelo en donde quedaría vendido si tuviere la desgracia que los de Cerinza intentaren cortarme.

“La fuerza armada que opera en la Provincia consiste en 195 hombres, y sin poder diseminar uno, por donde no puedo impedir el crecido número de partidas que por todas direcciones circulan y por días engruesan con los pueblos no puedo contar de ninguna manera pues apenas encuentro un habitante que pagado sirva de espía, y los pocos buenos se han huído.

“La tropa que tengo a mis órdenes se encuentra municionada a 30 cartu-

chos y sin otra piedra que la puesta, de lo que tengo dado parte al Señor Comandante de la 3ª División”.

A unirse con los patriotas guerrilleros que en la tarde del 28 ocuparon a Charalá, llegó también en esa fecha el Coronel Antonio Morales, quien había sido despachado por el Libertador para organizar cuerpos militares de patriotas, a tiempo que González, quien había sido obligado a desocupar el Socorro debido a la reacción popular producida por el sacrificio de Antonia Santos, llegaba a Oiba donde recibía la noticia de la acción del Pantano de Vargas en la cual las fuerzas españolas habían quedado tan maltrechas.

El mismo día 28 de julio, cumplida la ejecución de Antonia Santos y de sus compañeros, gran parte de los habitantes de la martirizada ciudad del Socorro salieron furtivamente de sus casas a congregarse en las campiñas jurando continuar la guerra contra las autoridades realistas. Había llegado el momento de jugar el todo por el todo y de cobrar con sangre las víctimas de aquel día. Armados con palos, lanzas, cuchillos domésticos, herramientas de labranza, escopetas fabricadas por ellos mismos y cuantos instrumentos de agresión encontraron a la mano, se propusieron vengar a la heroína y derrocar cuanto antes a las autoridades peninsulares. El día 29 de julio, en que las fuerzas del Coronel Lucas González se vieron forzadas a abandonar sus cuarteles del Socorro para trasladarse a Oiba, la ciudad volvió a ser libre y en esta ocasión para siempre. Fue precisamente el insigne patriota don Al-

berto Plata Obregón, pariente cercano de la mártir sacrificada el día anterior, quien se encontraba preso y gozaba de gran prestigio en el lugar, el hombre a quien buscó el pueblo insurreccionado para que se hiciera cargo de la situación. Plata Obregón, el mismo que había figurado en 1816 como Comandante de la Guerrilla de Guapotá, fue libertado por el pueblo que en triunfo lo sacó de la cárcel junto con otros presos patriotas, y prontamente, con la ayuda de sus co-terráneos, hizo guardar el orden en aquellos momentos de confusión, arrestó a unos cuantos realistas que no alcanzaron a huir tras las tropas españolas y organizó un cuerpo de guardia que impidió a González regresar al Socorro. Plata Obregón tuvo la satisfacción de entregar días más tarde a su sucesor en el mando temporal del Socorro, Coronel Cruz Carrillo, designado por Bolívar para Gobernador de la Provincia desde el mismo campo de batalla de Boyacá, un aguerrido contingente de tropas guerrilleras que fueron la base del primer batallón con que la Provincia contribuyó a la iniciación de la subsiguiente campaña para ocupar los valles de Cúcuta y seguir luego sobre territorio venezolano.

El movimiento de reacción patriota se propagó con tal rapidez a todos los pueblos circunvecinos que el Coronel González, el destinatario del pliego urgente del Virrey Sámano, después de abandonar el Socorro se acuarteló en Oiba desde donde, como ya quedó anotado, comunicó a Barreiro el día 30 la noticia de los fusilamientos del 28 en

el Socorro y en el mismo día recibía allí la orden de Sámano para acudir prontamente a Tunja.

El Coronel Lucas González ataca la población de Charalá. La gesta heroica de la Numancia Granadina.

González, con cerca de ochocientos soldados, de los cuales aproximadamente trescientos eran veteranos y el resto gente reclutada apresuradamente, se dispuso a acudir con toda prisa en auxilio de Barreiro y estar pronto a la cita de Tunja el 4 de agosto. La población de Charalá era paso obligado del camino que debía transitar González, y allí ya estaba desde el 28 el comisionado de Bolívar, Coronel Antonio Morales, a quien los vecinos insurreccionados aceptaron por jefe. A Charalá comenzaron a acudir las gentes sublevadas de toda la provincia que prontamente habían tenido conocimiento de que las fuerzas realistas se estaban desplazando en marcha hacia la comarca boyacense. Era indispensable atajarlas porque el Ejército Libertador, que trataba de recuperarse de las fatigas de la travesía del páramo de Pisba y de los quebrantos que sufriera en las sucesivas acciones de Gámeza, Tópaga y Pantano de Vargas, se vería perdido si no se le auxiliaba pronta y eficazmente.

El día 3 de agosto por la noche, sin esperar que les interceptaran el paso, llegaban las tropas de González al puente sobre el río Pienta a la entrada de la población de Charalá. Eran ochocientos hombres aguerridos y bien ar-

mados aunque la mayoría no de veteranos. Allí los aguardaban más de dos mil resueltos campesinos que juraban vengar la muerte de una mujer de su tierra, de una mujer que había simbolizado todos los anhelos de su propia redención. Morales era el jefe de esas temerarias huestes y sus inmediatos ayudantes eran nadie menos que los comandantes de la guerrilla que desde tres años antes Antonia Santos Plata había organizado y sostenido. Fernando Santos Plata, Antonio Tobar, Vicente y José Ardila, Gabriel Uribe, Tadeo Rojas, Joaquín Saoza Durán, Vicente Fiallo, Joaquín Montero, Pablo León, José María Arias, Ramón Santos y Juan Antonio Gómez, eran los capitanes de los distintos pelotones de los campesinos y guerrilleros que en el puente de entrada y a lo largo del río se aprestaron a la defensa.

“En la tarde de ayer (3 de agosto), dice González en comunicación a Sámamo, me dirigí desde Oiba sobre los rebeldes que ocupaban el boquerón de Maragatos en donde presumí pudiesen aguardarme; pero mi paso por allí a las diez de la noche lo encuentro abandonado y sin demorar la marcha logré caer a las cuatro de la mañana a la inmediación del puente de este pueblo (Charalá), la oscuridad y ningún conocimiento del terreno para conseguir una sorpresa me hizo adoptar la medida de apostarla al frente del indicado puente una guerrilla de 30 hombres al mando del Subteniente de Numancia don José María Castañeda y el resto de las dos compañías del mismo cuerpo con 48 soldados del Tambo, y

cinco voluntarios de Aragón al de los capitanes don Ramón San Miguel y de don José de Torres cubriendo en batalla el camino real y abrigados todos por un vallado. En esta disposición permanecí hasta aclarar el día reconociendo nuestra posición aunque no la fuerza desde sus elevadas trincheras situadas en la otra parte del río, dieron principio a un fuego vivísimo, pero en vano sus ideas porque al cuarto de hora después de observárseles su cobardía hice romper un fuego granadeado lento, y sin perder el tiempo ordené a la guerrilla, y columna se dirigieran a la bayoneta a desalojarlos de sus fuertes, este movimiento se verificó con la mayor celeridad e intrepidez por nuestros valientes soldados que despreciando el fuego de 140 infantes que lo sostenían, los pusieron en completa dispersión...”.

Horrenda fue aquella lucha hasta que al fin los patriotas, faltos de municiones y dejando muchos muertos tuvieron que ceder el paso y retirarse a la ciudad para continuar la defensa batiéndose valerosamente calle por calle y casa por casa. Peleando cuerpo a cuerpo, primero entre las agitadas aguas del río Pienta, que se tiñeron de sangre, luego haciendo la más titánica resistencia en el paso del puente, conteniendo el incendio de la población que en muchas casas comenzó a propagarse, arrojando hasta las tejas que cubrían las habitaciones, improvisando barricadas con muebles para contener el avance de los soldados por las calles, a garrote limpio y a piedra arrojadiza, contuvieron los deno-

dados charaleños por espacio de tres días las hordas realistas de González. Sin ningunos conocimientos militares, sin elementos de combate adecuados, pero resueltos a morir, esos valientes y empecinados campesinos guerrilleros, muchos de ellos improvisalos para las faenas bélicas, peleaban con palos, piedras, y aún a puños. No obstante la empecinada resistencia, terminaron por imponerse la disciplina y las armas superiores de González cuyas tropas ocuparon la población y persiguieron a los derrotados hasta cerca de Cincelada. "En esta jornada, agrega la comunicación del jefe español, perdieron más de cien hombres muertos entre ellos tres desertores del 3º de Numancia e igual número del Tambo, 26 armas de fuego con sus trabucos, 40 lanzas, 8 espadas y sables, una bandera, un estandarte, una caja de guerra, cajón y medio de municiones, varias piedras de chispas con parte de la correspondencia de Bolívar, Jefe de Estado Mayor, de Santander y otros papeles confidenciales. El intruso Comandante General Antonio Morales y Fernando Santos envueltos con frazadas fueron ganando precipitadamente sobre Cincelada, sin unirse al resto y malogrando la remisión a Bolívar de 500 hombres que tenían reunidos de los pueblos fronterizos con Tunja y Pamplona".

El triunfo de los realistas fue efectivo aunque inútil. Furioso y despechado el jefe español por haber sido detenido y no poder allegar oportunamente el refuerzo que Barreiro esperaba con urgencia, hizo que su duro triunfo costase a los patriotas la vida

de no menos de trescientos de ellos, entre estos la de los Comandantes don Tadeo Rojas y don Cayetano Téllez. La población de Charalá, digna del apelativo glorioso de Numancia Granadina, fue sometida a más de tres días de saqueo y de degüello, calculándose que perecieron entonces gran cantidad de personas, especialmente mujeres y niños quienes fueron cobardemente acuchillados. Charalá, la heroica, había quedado arruinada, pero sus hijos habían escrito una de las más hermosas páginas de la guerra de la independencia (1).

Sacrificio de la niña mártir Helena Santos Rosillo.

"La voracidad, inmisericordia y protervia de los triunfadores fueron tales, dice el historiador José Dolores Monsalve, que ni el mismo templo sirvió de asilo bienhechor, pues allí fueron ultimadas muchas personas, entre ellas la bella y virtuosa señorita Helena Santos, la sobrina y compañera de prisión de Antonia Santos, hermosa y encantadora doncella de quince años, que aterrada con el trágico acontecimiento buscó refugio en la iglesia en compañía de otras señoras y de donde,

(1) Del relato que en 1851 hizo a don Manuel Ancizar en Charalá, don Ramón Santos, quien peleó en esta refriega, confirmado por los señores Ildefonso Hurtado, Agustín Erillo, Nicolás Chacón y otros, todos ellos testigos presenciales y actuantes en el combate, se confirman todos los datos que hemos traído en este relato. Ancizar publicó esas informaciones en su obra "Peregrinación de Alpha", páginas 191 a 193.

encontrándose en igual peligro, pasó a la sacristía con ánimo de precipitarse por la ventaja; aquí fue sorprendida por un soldado que le hizo fuego, y atravesándole el cuello con el proyectil, la dejó muerta instantáneamente; algún historiador dice que su pudor no fue respetado después de hecha cadáver. Esta víctima es merecedora también de un nicho en los altares del patriotismo”.

La ciudad devastada, ostentando gloriosas heridas en sus casas humeantes, mas nunca lacerada en su altiva dignidad, tardó muchos días en recuperarse. Dos semanas más tarde, todavía se encontraban tirados en las calles los cadáveres putrefactos y abandonados. Los cerdos y los gallinazos representaban con ellos el más horripilante festín. En los libros parroquiales se encuentran estas dos partidas que nos enseñan el epílogo dantesco:

“Don Joaquín. En Charalá y agosto 20 de 1819 le hice las exequias funerales a don Joaquín Carreño, sacristán que era de esta santa iglesia, lo mataron las tropas del rey de un balazo y se lo comieron los cerdos porque no hubo quien lo enterrara, fue marido de doña Carmen Uribe y para que conste lo firmo. Pedro de Vargas”.

En Charalá y agosto 21 di sepultura e hice los sufragios a Felipe Garnica que mataron las tropas del rey el 4 del presente en esta parroquia, en compañía de otros muchos que se comieron los cerdos, fue marido de María del Rosario Vargas y para que conste lo firmo. Pedro de Vargas” (1).

Nos atrevemos a conjeturar que a Helena Santos Rosillo, la niña sacrificada, a pesar de tener familiares y ser de lo principal en el pueblo, también la devoraron los cerdos. Porque no es posible que siendo quien fue socialmente no figure su partida de defunción en los libros parroquiales.

La huida del Coronel Lucas González.

El Coronel Lucas González, considerando inútil la prolongación de aquella masacre y en la esperanza de llegar a tiempo a unirse con Barreiro, abandonó la ciudad y por la vía de Virolín continuó su marcha hacia Tunja. Una terrible noticia le esperaba en el camino: el día anterior las tropas de la Tercera División del ejército español habían sido completamente destrazadas y tomadas prisioneras en la batalla de Boyacá. Cundió la desbandada y el pánico y cuando González, tras supremo esfuerzo, pudo recoger algunos dispersos para retroceder al teatro de su sangrienta hazaña, fue sorprendido por las fuerzas del Coronel Cruz Carrillo quien desde el propio campo de Boyacá había sido designado por el Libertador para pasar a la Provincia del Socorro a organizar milicianos con destino a la campaña que debía emprenderse a continuación sobre Venezuela. Desconcertadas y maltrechas las columnas del antiguo Comandante Militar, que tantos cri-

(1) Estas partidas fueron halladas y copiadas por el historiador y Director del Archivo de la Academia Colombiana de Historia, Fray Alberto Lee López.

menes había cometido, pretendieron cebarse aún más en los vencidos charaleños. Sin embargo, ya les era imposible. La población había sido nuevamente ocupada por los guerrilleros y ahora ya no era tan fácil atacarla. Toma entonces la vía de San Gil, haciendo un rodeo por el norte de Charalá y llega a Ocamonte desde donde el 16 de agosto escribe al Virrey Sámano, que huyendo de las consecuencias de Boyacá se encontraba a esas horas ya cerca de la costa atlántica rumbo de Cartagena:

“Disto de Cincelada un día, sobre una partida de enemigos que al mando de Morales y Tobar, se dirigió desde aquella parroquia a Charalá, y, sin duda por mi movimiento, se fue retirando a la de Oiba a incorporarse con otras que se encuentran en el partido de Vélez, que en todas pueden reunir de trescientos a cuatrocientos hombres y la mía solo de ciento cincuenta municionados a treinta cartuchos y sin esperanzas de otros auxilios, por donde me encuentro imposibilitado de poder continuar sobre aquellos y, al mismo tiempo, expuesto a que se me corte la retirada por los que se hallan en Soatá, Cerinza y varios puntos de Tunja, que pueden fácilmente verificarlo por la vía de Aratocha u Onzaga, por cuya causa pienso retroceder a San Gil”.

De San Gil, donde tampoco se sintió seguro, continuó camino hacia el norte. Su itinerario hasta Cúcuta se puede seguir exactamente a través de las cartas que va escribiendo a Sámano y al Mariscal Miguel de Latorre y

cuyas copias, tomadas de los archivos españoles se encuentran en la Academia Colombiana de Historia. Primero va a Mogotes tratando de encontrar alguna vía libre por allí. En esta población, según publicación del periódico *El Neogranadino*, correspondiente al año de 1848, hizo fusilar a un herrero y a un carbonero y el 18 de agosto pasa la Cabuya de Sube sobre el río Chicamocha donde pretendió hacerse fuerte; sin embargo, hostilizado por las gentes que en todas partes se sublevaban, continuó camino hasta Piedecuesta. Aquí también, según la misma noticia de *El Neogranadino*, se sabe que hizo decapitar a ocho prisioneros que llevaba tomados en el combate de Charalá. Pronto tuvo que abandonar a Piedecuesta y siguió hacia Pamplona, donde no pudo entrar porque allí desde tres semanas antes se habían sublevado los presos patriotas y bajo el comando de uno de ellos, el más tarde general José María Mantilla, habían ocupado la ciudad y puesto en fuga a las autoridades españolas. Continúa su viaje a Cúcuta y por último se ve forzado a internarse en Venezuela donde muere combatiendo el 14 de junio de 1821.

El Pacificador don Pablo Morillo en carta al Ministro de Guerra a Madrid da esta noticia sobre la retirada de González:

“El Mariscal de Campo don Miguel de Latorre, desde el pueblo de la Gruta a donde se ha retirado, me dirige el adjunto parte con fecha 26 de septiembre próximo pasado, manifestándome los poderosos motivos que le han obli-

gado a abandonar los valles de Cúcuta en que fue atacado el 23 del mismo, de cuyas resultas queda en poder de los rebeldes el último territorio que por esa parte conservábamos del Nuevo Reino de Granada. Pocos días antes se había incorporado al expresado General el Capitán de Voluntarios de Aragón don Lucas González, que se hallaba de Gobernador interino del Socorro, cuyo bizarro oficial, con ciento ochenta soldados que le acompañaban, se abrió paso por todos los pueblos de dicha Provincia, que en masa se habían levantado contra el gobierno de su Majestad luego que penetró Bolívar por la cordillera de Chita. El Capitán González ha tenido que combatir con grupos muy considerables de paisanos que por todas partes se oponían a su marcha y ha visto por sí mismo la insurrección en que se hallaban sus habitantes" (1).

Los documentos de origen patriota también registran la huída de González, que sin duda alguna es una retirada militar que lo califica como un valeroso y experto oficial:

"Nada sé directamente del Socorro, comunica el General Soublotte a Bolívar, en carta fechada en Tunja el 31 de agosto de 1819, pero por el Comandante de Soatá se sabe que el 18 llegó don Lucas González a Mogotes, y se asegura que han pasado el río por Capitanejo, y se dirigían a la Provincia de Pamplona, con el objeto de reunirse a Bauzá".

Más ciertas son las noticias de la marcha por Sube y Piedecuesta, como se ha visto anteriormente.

De cómo el sacrificio de Antonia Santos y la batalla de Charalá constituyen el Momento Estelar en la Campaña de Boyacá.

Todo lo informado en este capítulo, con abundancia documental indispensable, nos permite preguntar: ¿qué habría sido del Ejército Libertador, bastante extenuado después de la Batalla del Pantano de Vargas y sin posibilidad de aumentar aún más sus cortos efectivos militares, si en la tarde del 7 de agosto se enfrenta a las fuerzas de Barreiro ya notablemente aumentadas con las que González le hubiera entregado en Tunja desde el día 4, según las instrucciones del Virrey Sámano? No es aventurado responder que el resultado de aquel combate pudiera haber sido diferente. ¿Cuál habría sido la suerte de Colombia si en vez de Barreiro y sus oficiales, los prisioneros de Boyacá hubieran sido Bolívar, Santander, Anzoátegui y Soublotte, junto con tantos otros distinguidos patriotas? ¿No se pudiera pensar que los prisioneros y más tarde fusilados habrían sido los jefes del ejército republicano? Es necesario tener en cuenta que si Barreiro eliminó a todos los que cayeron en sus manos durante las escaramuzas de los días anteriores, con mayor razón hubiera despachado a los caudillos que tanto habían dado qué hacer a las huestes españolas. Estaba entonces vigente la

(1) Rodríguez Villa Antonio. El Teniente General don Pablo Morillo. Madrid, 1908. Tomo IV, p. 79.

guerra a muerte que inexorablemente se cumplía por parte de ambos contendores. "La actuación de los patriotas de la Provincia del Socorro y su sacrificio en la defensa de Charalá, afirma el historiador Oswaldo Díaz Díaz, detuvieron las tropas de Lucas González, evitaron que esa fuerza pudiera apoyar a Barreiro e impidieron así que la Batalla de Boyacá tuviera un desarrollo diferente, menos afortunado para los libertadores, o que sus consecuencias no hubieran sido tan notables como lo fueron" (1).

Es preciso tener presente que la pericia militar enseña, y también la historia, que fuera del carácter aleatorio de la guerra, la victoria en esos tiempos de combates, más entre hombres que entre elementos técnicos como ahora en la época contemporánea, acompañaba casi siempre a aquel de los contendores que contara con mayor número de combatientes, de mejores recursos en armamentos y provisiones, de mayor confianza en el resultado de las operaciones y de más sanas fuerzas físicas y morales. Todas estas circunstancias, no cabe duda, son las que González como experto militar y acompañado de numerosas tropas, habría hecho entrar en la decisión del célebre y memorable acontecimiento del 7 de

agosto de 1819 en el campo inmortal de Boyacá. Téngase en cuenta que en esta batalla los patriotas dispusieron de 2.850 combatientes y los realistas de 2.670 (2).

Es lógico por tanto concluir que el sacrificio de una mujer colombiana que todo lo ofrendó a un patriótico ideal, el de la mártir Antonia Santos Plata en la plaza mayor del Socorro, en la mañana del 28 de julio de 1819, y el consiguiente levantamiento armado de todos los pueblos circunvecinos, que impidió el auxilio a Barreiro, a costa de la sangre derramada por innumerables patriotas guerrilleros, es el Momento Estelar en la Campaña de Boyacá.

Ese sacrificio no había sido estéril. La sangre derramada iba a ser fecunda. Nuevas victorias germinarían de ella. Como el Cid, la Heroína seguiría ganando batallas después de su muerte; ¡y qué batallas! Nada menos que las que a plazo no muy lejano consolidaron la emancipación de un Continente.

(1) Díaz Díaz Oswaldo. La Reconquista Española. Tomo II, p. 352.

(2) Datos del Coronel José Camilo Riaño, según investigación para su obra (inédita) La Campaña Libertadora de 1819.



HOTEL

Tequendama

Bogotá - Colombia



800

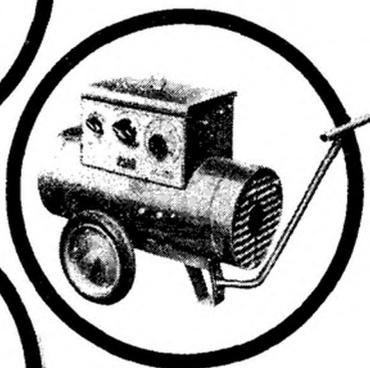
HABITACIONES
DE EXTRAORDINARIO CONFORT

PARA CONTRIBUIR AL INCREMENTO DEL
TURISMO Y AL PROGRESO DE LA CIUDAD.

JEAN PIERRE STAUFFER
GERENTE GENERAL

CONM.: 420101/18
CABLES: "INHOTELCOR"

TECNICA Y SERVICIOS DE AGA-FANO PARA LA INDUSTRIA COLOMBIANA!



Diariamente, en forma EXTRA-RAPIDA, suministramos a la industria de todo el país, gases, equipos y elementos básicos de soldadura autógena y eléctrica, que facilitarán óptimas utilidades y más eficientes sistemas de operación.

OXIGENO - ACETILENO - NITROGENO - ARGON - AIRE - SOLDADURAS Y EQUIPOS PARA AUTOGENA Y ELECTRICA - ELEMENTOS DE PROTECCION.

AGA-FANO

FABRICA NACIONAL DE OXIGENO S. A.

Carrera 13 No. 13-24 Tels: 347180 o 606144

Sucursales en: BARRANQUILLA - CALI - MEDELLIN - CARTAGENA
BUCARAMANGA - PEREIRA - PALMIRA - SANTA MARTA



ANTONIO NARIÑO

ANTONIO NARIÑO

PRECUSOR DE LA INDEPENDENCIA

AMERICANA

Por CARLOS RESTREPO CANAL

La filosofía de la historia, atenta a darnos el sentido profundo de los hechos, está siempre contemplando con ojos de Argos el pasado, analizando los sucesos y las relaciones de unos acontecimientos con otros para descubrir la verdad y exponerla ante nuestro conocimiento. Con la obra del insigne precursor de la independencia nacional, es preciso acudir a esa ciencia que nos da no solo la simple relación de sus duros padecimientos por la patria, de sus grandes concepciones políticas y sus portentosas hazañas guerreras, sino también la expresión del sentido de toda esa obra de libertad y de organización nacional.

Cuando Europa, y en particular España, padecía en el siglo XVIII la crisis ideológica de aquella edad y las grandes vicisitudes que la acompaña-

ron, que amenazaban avanzar sobre América y convertirla en víctima pasiva de aquellos convulsionados acontecimientos, Nariño pensó en una patria libre y señora de sus propios destinos; la concibió grande y soberana; rica y próspera; la amó con ardor, con decisión capaz de todo sacrificio y de todo desprendimiento, como lo afirmó hasta los últimos instantes de su vida.

Impulsado por ese ideal y por ese amor enseñó los derechos humanos, como norma de la civilización cristiana, dentro de cuyos eternos auspicios se había conformado nuestra nacionalidad. No importa que tradujese aquellas máximas de una fuente revolucionaria, ni que más o menos rectamente los hubiera enumerado, lo que importa es el pensamiento de justicia humana que su expresión entrañaba, por-

que tal anhelo de justicia era lo que Nariño aspiró a hacer brillar en la patria por él adivinada en noble estado de perfecto señorío.

Cuando cada una de las provincias de nuestro dilatado territorio, sobrepasando los naturales derechos de las regiones patrias dentro del conjunto de la nación, optaron por quebrantar la antigua unidad, que a esto equivalía la federación en la práctica, Nariño mantuvo erguido el símbolo de esa necesaria y esencial unificación de la Nueva Granada, luchó por ella, por causa de la integridad patria, se oyó llamar déspota y tirano de quienes no habían entendido su abnegación ni acertado a comprender su gran concepto político, a pesar de que abundasen como él en desinterés y abnegado afecto patrio.

Ni quien había sabido con acierto expresar virilmente, por medio de docta exposición jurídica, los mismos derechos humanos y los propios de los pueblos de América, como supo hacerlo el ilustre Camilo Torres, cuya efigie romana se destaca con caracteres de primera magnitud en los albores de nuestra vida independiente; acertó con visión de grande y genial del estadista, cual la de Nariño, a ver, a concebir la noción de la patria como potencia ornada con el vigor intelectual de Minerva o con la fuerza incontrastable de Marte para defender y mantener los derechos, el señorío y la dignidad, cuya posesión había adquirido.

Solo Nariño tuvo esa concepción, y, recordando la expresión con que uno de nuestros grandes pensadores se refiere a esta idea del héroe a quien nos

cumple hoy honrar y rendir tributo de gratitud, podemos decir: "Allí esplendió el fulgor del genio, que no discute sino ve".

En Bogotá salió como denodado campeón de la unidad y del centralismo a lidiar contra la federación que dispersaba las fuerzas patrias y dejaba nuestra libertad expuesta a ser rendida por el empuje de la reconquista, que Nariño supo adivinar, ver y anunciar, con esa misma visión previsoras de los grandes estadistas; y alcanzó magnífica victoria que libró a esta ilustre ciudad de Santa Fé de Bogotá, Atenas de América y corazón de Colombia, de verse humillada por sus hermanas, las provincias granadinas.

Victoriosa ya Cundinamarca de la incompreensión que aspiraba a sojuzgarla, Nariño continuó su obra de unificación y de completa libertad de la República, y, el 16 de julio de 1813, declaró la independencia absoluta de Cundinamarca bajo el amparo de la Virgen del Carmen, plantó en la plaza mayor el árbol de la libertad, y supo mostrar al mismo tiempo que solo dentro del orden y la justicia podía prosperar esa tan deseada libertad que altivamente declaraba el pueblo neogranadino, presidido por aquel gran hombre de estado, cuando reasumía la soberanía que habían perdido los reyes de España.

Segura y libre Cundinamarca, a la que se iban uniendo otras provincias con las que Nariño celebraba hábiles convenios políticos que iban garantizando la próxima organización centralista de toda la Nueva Granada, la

restauración de su unidad, a la vez que la necesaria y justa autonomía de las provincias en las materias que les son propias, Nariño vió llegado el momento de dilatar los términos de la proclamada libertad de Cundinamarca por el sur de la República.

Ya Nariño había iniciado sus actividades militares, había sufrido reveses de fortuna en ellas, mas al cabo había alcanzado la victoria del 9 de enero y que anteriormente hemos mencionado. Pero luego, tras de asegurar con ella, aunque fuese transitoriamente, la tranquilidad del estado, decidió auxiliar a las provincias del sur y arrancar del poder realista a Pasto para conquistar íntegramente el territorio neogranadino, en tanto que Bolívar adelantaba la reconquista de Venezuela con la cooperación de la Nueva Granada.

Empresa ardua era esta del gran Nariño: las fuerzas de que el estado podía disponer eran escasas y poco veteranas; los armamentos no menos escasos, aunque los bríos fuesen muchos y el caudillo que conducía a los ejércitos decidido y dotado de naturales y sobresalientes talentos militares, aunque no fuera táctico ni general de escuela.

Llevaba los batallones Granaderos de Cundinamarca, Guardias Nacionales, el de los Patriotas y los de Tunja y del Socorro, compuestos en su mayor parte estos últimos de pamploneses, cucuteños y veleños, según nos refiere en las Memorias su abanderado José María Espinosa, y la caballería, a cuyo frente iba Antonio Nariño Ortega,

hijo del general. Con esta tropa corrió el ilustre caudillo bogotano la mitad de nuestro territorio de victoria en victoria y de triunfo en triunfo, aun teniendo que retardar sus marchas y alterar con ello los mejores planes de la campaña, por la carencia de elementos de guerra y de víveres para sostener el ejército. Dió este, a pesar de todo ello, prueba de valor, de disciplina y de ejemplar conducta, hasta llegar a los ejidos de Pasto, baluarte del realismo, pero donde el insuceso sufrido por nuestro insigne general y presidente solo se debió a la vil traición de uno de sus oficiales, quien ofendió porque el jefe le había reprochado la innoble conducta con que quiso adularlo, sembró el desorden en la tropa.

Aquel oficial cortó la cabeza al cadáver del jefe realista general Ignacio Asín, caído en el combate de Calibío, y se la presentó a Nariño como un trofeo; mas, este, lejos de aprobar aquella acción, le reprochó duramente al subalterno tan grande villanía que no podía aceptar un tan gran caballero.

Y el oficial adulator vengóse de su general con una nueva villanía: cuando el caudillo santafereño, en rápido movimiento, se lanzó con la vanguardia a tomar a Pasto, el oficial que había profanado el cadáver de un leal enemigo, hizo correr el pánico en la retaguardia del ejército anunciando una mentida derrota; hizo derramar la pólvora, clavar la artillería y suscitó la desbandada de la tropa. Cuando Nariño iba a triunfar en Pasto, después de tan larga y prodigiosa campaña y necesitó del resto de sus fuerzas, que an-

sioso esperaba, solo tuvo el desastre, fruto de la deslealtad. Y así fracasó lo que hubiera podido terminar en una magnífica victoria de la nación y en su más pronta independencia.

Analizando así a este gran prócer se advierte que solo tenía par en el Libertador Bolívar.

Por eso escribió Monseñor Rafael María Carrasquilla aquellas expresivas palabras: "después de Bolívar, Nariño" y las repitió en la magnífica oración pronunciada en la basílica primada de Bogotá, cuando la iglesia metropolitana destinó un lugar de honor a las cenizas del gran varón de la república. Y no solo repitió esa frase entonces nuestro elocuentísimo orador sagrado, uno de los más brillantes que ha tenido Colombia, sino que las explicó diciendo: "Nariño después: por el resultado, no por los propósitos; por la gloria, no por el esfuerzo. ¿Quién es primero, el inventor o el que lleva a la cima el descubrimiento portentoso; el que traza el plano y asienta las bases de la fábrica, o el que cierra la cúpula que parece sostener el firmamento?"

Bolívar cerró esa cúpula maravillosa de la república, pero los cimientos los había echado el Precursor, él, que había adivinado la grandeza de la patria y de la América libre, y había dilatado su mirada por todos los ámbitos del continente donde aspiraba a ver implantada la anhelada libertad, que él quería regida por el orden y por la autoridad, que tal fue el lema de su concepto y plan de organización republicana.

Por eso, cuando formada ya la Gran Colombia se preparaba a darse su primera constitución, y Nariño pisó de nuevo el territorio patrio, tras su largo y duro cautiverio en Cádiz, Bolívar saludaba al héroe y genial precursor de la nacionalidad con aquellas emocionadas palabras: "Entre los muchos favores que la fortuna ha concedido últimamente a Colombia, cuento como el más importante el de haberle restituído los talentos y virtudes de uno de sus más célebres e ilustres hijos. V. S., merece por muchos títulos la estimación de sus concidanos y muy particularmente la mía".

"Celebraría infinito que acelerara V. S., su marcha y anticipase lo posible el placer de saludarlo y estrecharle por primera vez entre mis brazos". Nombróle en seguida Vice-presidente interino de la República, para que fuera este insigne prócer quien instalara nuestro primer Congreso constituyente, que Nariño abrió el 6 de mayo de 1821 en la Villa del Rosario de Cúcuta.

Y entonces vemos repetirse las concepciones políticas de Nariño, que demuestran una vez más su acierto de organizador: él, quien sostenía que la Nueva Granada debía tener un gobierno unitario en los años de la primera república, conceptuaba que al formarse la Gran Colombia debía existir un sistema de organización más elástico entre las nacionalidades que se conjugaban para formarla, y propuso al Congreso una constitución que pudiera dar paso al federalismo en caso necesario, que descentralizando a las partes constituyentes del país y dándoles

mayor libertad de acción, garantizara la perduración de la nueva y vasta república que había concebido y había logrado formar el Libertador.

El rechazo de este proyecto de constitución presentado por Nariño en la augusta corporación constituyente puede contarse como una de las causas de la disolución de la Gran Colombia, causa que llevaba en sí desde los primeros momentos de su organización.

En Nariño, santafereño, hijo de padre español, se realizaba, como en la generalidad de los pueblos que lidiaron en los campos de batalla y en los próceres que organizaron la república, el hecho de que España no fue vencida en América, sino que se venció a sí misma en los campos intelectuales y guerreros del Nuevo Mundo, donde ella había implantado su cultura y donde había dilatado su ser mismo en las nuevas naciones, que eran en realidad nuevas Españas.

Cuando hombres que no habían nacido aún, según las terribles palabras de Nariño, en los años en que él ya padecía por la patria grandes penalidades, se atrevieron a acusarle ante el Congreso; la acusación suya solo sirvió para realzar los méritos del prócer y para hacer vibrar una vez más, y quizás en forma más brillante, ya en las postrimerías de su vida, su avasalladora elocuencia de gran tribuno, y para que la primera corporación de la república, al absolverlo de todo cargo, rindiera un justo homenaje a sus grandes merecimientos y a su excelso patriotismo.

Recordando ahora las glorias y las vicisitudes del precursor, héroe y caudillo de nuestra independencia nacional, retornan a la memoria otras palabras de la ya antes citada magnífica oración, laudatoria y fúnebre a la par, de nuestro insigne orador sagrado: "Colombia, la de la independencia, fue grande; pero Bolívar y Nariño eran mayores que ella, y las naciones en ciertos momentos no toleran en su seno elementos que las superen. El Precursor de la Independencia, el fundador de la República, tuvo que retirarse a la solitaria Villa de Leiva, en busca de reposo al espíritu atribulado, no vencido".

Contóse a Nariño, quien fue además el precursor de nuestro periodismo político, entre los primeros escritores de su época, "A la par de Caldas y antes que Caro viniera al mundo", como dijo su citado y elocuente panegirista, y "hombre sin igual" como allí se le llama, esperó serenamente la muerte; cuando advirtió que llegaba su última hora, recibió humilde y devotamente los últimos sacramentos; se despidió luego de sus parientes y amigos "para el país de las almas", y esperó luego el momento postrero sentado en medio de los suyos, recitando los salmos penitenciales, y con el reloj en la mano aguardó la hora decisiva. A las cinco de la tarde del día 13 de diciembre de 1823, dijo, es tiempo: cubrióse luego con la señal de la Cruz y expiró.

Su testamento fue muy breve, pero sublime: lo constituyeron unas pocas palabras pronunciadas en aquellos últimos momentos; en ellas se encuen-

tra el espíritu con que nuestros antepasados sirvieron a su patria. Cierro con ellas este breve elogio, que yo quisiera que fuese digno de Nariño, pero que sé que es poca cosa ante la memoria del ilustre prócer: he aquí esas

palabras que no ha olvidado Colombia:

“Amé a mi patria: cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia. No tengo que dejar a mis hijos sino mi recuerdo; a mi patria le dejo mis cenizas”.





FRANCISCO ANTONIO ZEA

FRANCISCO ANTONIO ZEA

Por Fr. ALBERTO LEE LOPEZ

Nació don Francisco Antonio Zea en la villa de Medellín y fue bautizado el 23 de Noviembre de 1.766. Fueron sus padres don Pedro Rodríguez de Zea y Da. Rosalía Díaz.

“Hubo en este preclaro hijo de Colombia y de Antioquia, escribió don Marco Fidel Suárez, el hombre político y el hombre de ciencia, compuesto el primero del estadista y el diplomático, e integrado el segundo por el naturalista y el orador eminente”. Este segundo aspecto de la personalidad de Zea fue su primera vocación y hay que partir de él para interpretar los aciertos y errores del estadista y diplomático.

Cuando Zea inició sus estudios superiores hacia 1782 en el Real Colegio y Seminario de San Francisco de Asís, en Popayán, bajo el magisterio de don Félix de Restrepo, el ambiente cultural del virreinato sufría una completa transformación. Eran los vientos nuevos del afrancesamiento, vasto proceso ideológico que se proyectó sobre todo el imperio hispánico y produjo imponderables consecuencias sociológicas y políticas. Una de las ca-

racterísticas de este movimiento fue el interés por el estudio de las ciencias naturales, cuya contribución al progreso social, hasta entonces desconocida, se llegó a supervalorar hasta degenerar en un romanticismo naturalista que tiene en Rousseau su máximo exponente.

Zea, quien había seguido en Popayán estudios clásicos de filosofía y humanidades, empezó desde entonces a interesarse por los estudios naturales, afición que siguió cultivando en Santafé a donde pasó a seguir estudios de jurisprudencia. Discípulo de Mutis, fue escogido por su maestro para reemplazar al padre Valenzuela como subdirector de la Expedición Botánica en 1791. A los 25 años era oráculo y árbitro en cuestiones científicas en la capital del virreinato, según afirmaba don José María Cabal, su condiscípulo.

Asiduo contertulio de las sociedades literarias que entonces funcionaban en Santafé, Zea se inició en ellas como revolucionario y en 1794, al iniciarse en el virreinato la represión intelectual, obra de la torpeza de unos funcionarios más asustados y serviles

que hábiles y celosos, nuestro naturalista, que se hallaba en Fusagasugá preparando herbarios y clasificando plantas, fue reducido a prisión, procesado y enviado preso a España bajo partida de registro.

Cinco años de dura prisión hubo de purgar el agregado de la Expedición Botánica por su amistad con Nariño y por su ilustración. Absuelto de los cargos y puesto en libertad, no se le permitió volver a su patria por considerarlo peligroso, pero sí se le envió en misión científica a París con un sueldo anual de mil doscientos pesos. En París mereció el dictado de sabio y contrajo matrimonio con la gaditana Da. Felipa Meilhon. Al regresar a Madrid se le nombró primer adjunto y luego director del Jardín Botánico. El 17 de abril de 1805 tomó posesión de la cátedra de botánica y entre 1804 y 1807 fue redactor de *El semanario de Agricultura* y de *El Mercurio de España*. En esos años escribió sus estudios científicos más notables, entre los que descuella su Memoria sobre las quininas de la Nueva Granada. Aquí culmina su carrera científica mientras disfruta de una posición privilegiada en la frívola y corrompida corte de Carlos IV, que estaba a punto de desmoronarse.

Y a la caída de los Borbones contribuyó Zea, que iba a trocar su vocación científica por la política. Participó en el motín de Aranjuez y en la tragicomedia de Bayona, que dieron al traste con la monarquía borbónica y entronizaron en España a José Bonaparte, a quien rindió pleitesía en nom-

bre de los pueblos americanos. En el séquito del francés regresó a Madrid como director del ministerio del Interior y ocupó luego la prefectura de la provincia de Málaga. Mientras tanto el pueblo español defendía heroicamente su independencia y sus antiguos discípulos y contertulios de Santafé, protestando fidelidad a Fernando VII, ponían en marcha el movimiento independentista. Derrotadas las tropas napoleónicas en la Península, Zea fue a buscar en las Antillas la orientación acertada de sus inquietudes políticas.

En el Caribe estaba Bolívar preparando la expedición de Los Cayos y el encuentro de estos dos hombres fue un hecho providencial para la historia de América. En el caraqueño intuyó el granadino al genio. Desde ese momento la brillante inteligencia, la vasta erudición y el exuberante entusiasmo de Zea estarán al servicio de los ideales bolivarianos, que él hace suyos hasta el punto de tener en la realización de los mismos una participación apenas inferior a la del mismo Libertador.

Como intendente de Hacienda del ejército expedicionario participó en la toma de Margarita y en la retirada de Ocumare en 1816. Cuando Bolívar, en un momento de confusión y desaliento, abandonó la expedición y regresó a Haití, fue Zea el encargado por los venezolanos de ir a buscarlo para que volviera a asumir el mando supremo. Como en 1814, cuando fue un granadino, Camilo Torres, el que rescató a un Bolívar derrotado para su propia

gloria, ahora Zea devolvía a Bolívar a Venezuela para que fuera el Libertador de América. Porque el caraqueño, genio único y señero en el panorama continental, necesitó siempre a su lado la presencia de una personalidad granadina que fuera su estímulo en los momentos de indecisión, su apoyo cuando todo fracasaba, su consejero en las dudas, su contrapartida frente a las ambiciones caudillistas de sus compatriotas venezolanos. Torres en 1813 y 1814, Zea de 1816 a 1819 y Santander de 1819 a 1827, fueron los verdaderos libertadores del Libertador.

Es de lamentar que Zea no hubiera estado mejor capacitado para el desempeño de las graves responsabilidades que iban a recaer sobre él en los tres años de gestación de la República a orillas del Orinoco. Es innegable que los defectos de su carácter, su exuberante optimismo, su falta de sentido práctico, su desconocimiento de los cambios que se habían operado en América durante los veinte años de su permanencia en Europa, la debilidad de su carácter, su inexperiencia e ingenuidad en materias económicas, habrían de ser la causa de no pocos errores; pero la verdad es de que, con todos estos defectos, era en el momento el más capacitado, el único en quien podía pensarse para echar sobre sus hombros el peso de tantas responsabilidades. A su madurez y prestigio intelectuales ampliamente reconocidos en Europa, Zea añadía el hecho de haber desempeñado altos cargos de gobierno bajo el régimen napoleónico español,

tenía una brillante hoja de servicios en el periodismo y era un naturalista, lo que para aquellas fechas equivalía a estar hoy calificado como técnico. Y entonces lo que se requería, precisamente, al lado del Libertador era un hombre maduro, de prestigio intelectual bien cimentado, que no estuviera implicado en las rivalidades internas de los venezolanos, que tuviera cierta experiencia en la administración pública, hábil y experto periodista, capaz de librar con la pluma batallas que no eran menos necesarias que las que ganaban las lanzas llaneras. A todo ello hay que agregar que, para la realización del ideal bolivariano que busca la unión de Venezuela y la Nueva Granada en una gran unidad política, la condición de granadino de Zea era de gran importancia.

Superadas las primeras dificultades en Cumaná y conquistada Angostura para que fuera el centro y base de actividades políticas y militares de la tercera república venezolana, Zea va a ser el hombre clave de Bolívar para la paulatina realización de sus planes. La ingenua participación del granadino en el sainete político de Cariacó montado por el canónigo Madariaga, ni fue una traición de Zea a Bolívar, ni significó mella ninguna en la confianza que el Libertador había depositado en él. Por ello en Angostura recayeron en él las más variadas y graves responsabilidades. El 10 de noviembre de 1817, al crear Bolívar el Consejo de Estado, le nombró miembro del mismo y presidente de la sección de Estado y Hacienda. Fue así

mismo miembro del Consejo de Gobierno, de la comisión de secuestros y de la de repartición de bienes nacionales, director y redactor de El Correo del Orinoco cuyo primer número apareció el 27 de junio de 1818. Finalmente, el 16 de febrero de 1819, al día siguiente de la instalación del Congreso de Angostura, fue elegido vicepresidente de la república de Venezuela. Como tal, el granadino hubo de ejercer el gobierno inmediato mientras el Libertador dirigía personalmente las diversas campañas militares de aquellos años. Intima y lealmente compenetrado con las ideas y planes del Libertador, Zea contribuyó como el que más a la estructuración jurídica de la república de Venezuela y a la creación de la república de Colombia.

Es esta íntima compenetración con los ideales bolivarianos y en la laboriosa y compleja labor realizada en aquellos años en Angostura para que aquellos ideales se convirtieran en una realidad, en donde Zea llega a la cumbre de su grandeza como estadista y como prócer de la independencia. Y no se olvide que tan amplia y variada tarea hubo de cumplirse en medio de la desconfianza y mala voluntad de los que le rodeaban, no siempre leales a los ideales del Libertador y resentidos porque era un granadino, y un granadino de levita civil, el que ocupaba posiciones que el nacionalismo y militarismo de los caudillos venezolanos reclamaban para sí como botín de guerra; que Zea hubo de sobreponerse además a su mala salud,

a la falta de recursos y a sus propias definiciones y errores.

Mientras Bolívar se unía a Santander para realizar la campaña libertadora de 1819 y poner con ella las bases de la creación de Colombia, Zea hubo de ser el único sostenedor de la autoridad legítima en Angostura y de la fe en la victoria. En septiembre de 1819, cuando en la Santafé liberada, Bolívar confiaba la organización de la Nueva Granada a Santander y empezaba a preparar la campaña militar que libertaría definitivamente a Venezuela, un motín militar obligaba a Zea a renunciar a la vicepresidencia en Angostura y a resignar el mando en manos de Arismendi. Fue por entonces la última intentona del caudillismo militar y nacionalista de los venezolanos para eliminar a Bolívar. Pero el triunfo fue demasiado fugaz; casi al mismo tiempo llegaron los partes de victoria y el Bolívar a quien se creía derrotado no tardaría en presentarse en Angostura triunfador y omnipotente. Su sola presencia hace huir en desbandada al grupillo de mediocres ambiciosos que pretendían tapar con la mano la luz del sol. Zea vuelve a presidir el Congreso de Angostura, escucha el parte de victoria del Libertador y en jornada memorable, el 17 de diciembre de 1819, después de orientar los debates y vencer las resistencias que se oponían a la aprobación de la Ley Fundamental, proclama la creación de la nueva República de Colombia.

Creada la República soñada por Bolívar quedaban tres tareas por realizar

para que su existencia fuera un hecho: continuar la guerra hasta la liberación definitiva de todo el territorio, tarea que continuaría dirigiendo el Libertador; estructurar jurídicamente la nueva entidad y poner en marcha el funcionamiento de su administración, papel en el que Santander reemplazaría en adelante a Zea; y obtener el reconocimiento de la nueva entidad entre la familia internacional de los pueblos libres e independientes, misión que se le iba a confiar a Francisco Antonio Zea.

Era también él el más indicado para esta última tarea y allá se fue, investido de la alta dignidad de vicepresidente de Colombia, provisto de amplios e ilimitados poderes, dotado de un prestigio internacional que ninguno otro de los nuevos colombianos podía ostentar, y confiando románticamente en las ilimitadas e inagotables riquezas naturales de la nueva república. El 1º de marzo de 1820 salió de Angostura, sin haber podido volver a pisar la tierra de su patria chica, para emprender la última etapa de su vida, la de diplomático, en la que iba a demostrar optimismo y buena fe y de la que iban a salir tan mal parados sus bien ganados méritos y glorias.

La misión primordial del vicepresidente Zea en el exterior era obtener el reconocimiento diplomático de las principales potencias. Para ello se le había indicado que viajara primero a Estados Unidos y luego a Inglaterra. A su paso por San Tomás tuvo conocimiento Zea de la revolución de Riego en España y entonces cometió dos

errores iniciales que iban a ser fatales para su gloria futura. Esperando que la revolución liberal de España abriría inmediatamente el camino para el reconocimiento oficial de la independencia de Colombia en la antigua metrópoli, desistió del viaje a Estados Unidos y se formó el propósito de apresurar su misión en Londres para volar a Madrid, donde esperaba, aprovechando las numerosas relaciones que tenía allí, obtener el más rotundo e inesperado éxito diplomático, que hubiera terminado definitivamente con la guerra de independencia en América.

Al llegar a Londres se encontró con que la única posibilidad de poder ser aceptado en la corte y aun de que se le permitiera circular libremente por las calles de la ciudad sin reducirlo a prisión, era la de solucionar rápidamente el descrédito económico que rodeaba a los representantes de Colombia y Venezuela. Los manejos poco afortunados de los señores López Méndez y José María del Real, que estaban presos como deudores morosos; las reclamaciones de las viudas, huérfanos y demás parientes de los mercenarios ingleses enganchados en las legiones que vinieron a guerrear en los campos de América; la desconfianza crediticia que invadía todos los mercados europeos después de veinte años de actividades bélicas en las que todos los gobiernos habían acabado por caer en las garras de los prestamistas de Londres, París y Hamburgo, hacían que la solución del problema de la deuda externa de Colombia fuera

la única base sólida para merecer la atención y el respeto de los gobiernos. Se requería para ello una atrevida negociación que empezara por reconocer el enorme monto de la deuda consolidada y que diera a los acreedores las garantías suficientes. El gobierno inglés se había constituido en abogado de los reclamos de sus súbditos y era inútil intentar cualquier aproximación a la corte de Saint James, sin haber solucionado previamente este problema.

El cuantioso y oneroso empréstito contratado para realizar este milagro de restaurar el prestigio y el honor de Colombia, audaz operación que recibió el aplauso de los financistas europeos y a la que el abate de Pradt calificó de grande porque había dado existencia moral a la nueva república, fue ciertamente un desastre para las finanzas nacionales y ha venido a constituir el gran pecado histórico de Zea. Pecado histórico, no moral, porque de todo se le podrá acusar menos de inmoralidad o peculado. Las sesenta mil libras esterlinas que se dice derrochó en gastos de representación en su fracasada misión en España, no fueron un abuso, porque en su calidad de vicepresidente de Colombia juzgó necesario representar al país en forma tal, que causara impresión en los fastuosos medios de las cortes europeas. Pero si desde el punto de vista financiero la operación de Zea fue excesivamente gravosa para los países que constituían a Colombia, fue la única manera de redimir a la nueva nación del abismo de envilecimiento en que estaban sumidos los nombres de Venezue-

la y Nueva Granada, y constituyó el primer paso eficaz para alcanzar el reconocimiento de su independencia, dándoles en el mundo internacional un sólido prestigio.

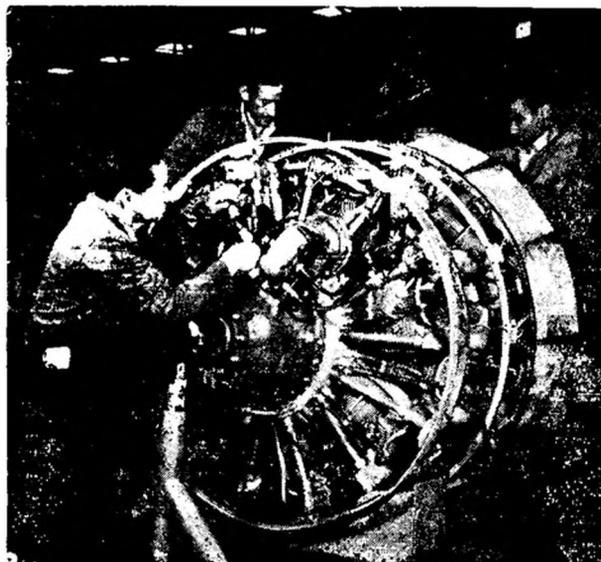
Las censuras y desaprobaciones que desde el primer momento recayeron sobre la operación financiera realizada por don Francisco Antonio Zea en Londres, condenaron al fracaso otra negociación que, a pesar de todo, trajo innumerables beneficios al país: el contrato de las misiones científicas. Estas misiones estuvieron integradas por el coronel José María Lanz como ingeniero geógrafo al servicio de la república; por don Carlos Cazar de Molina, para dirigir y montar en Bogotá un establecimiento tipográfico; y por los naturalistas Rivero, Boussingault, Roulin, Bourdon y Goudot, para revivir la expedición Botánica y establecer la enseñanza de la mineralogía, geología, anatomía, zoología y agricultura. La gratitud nacional no puede olvidar este servicio prestado a la cultura y a la economía nacional por el ilustre antioqueño.

Cuando se disponía a continuar en el desempeño de la misión diplomática que se le había confiado y creía haber merecido el reconocimiento del gobierno nacional, Zea se encontró con que se desaprobaba rudamente cuanto había hecho y se le retiraban todas sus credenciales y poderes. Pobre y desolado, abrumado por la ingratitude e injusticia con que se censuraron sus proceder, don Francisco Antonio Zea vino a ser sorprendido por la muerte en la estación de baños de Bath el 28

de noviembre de 1822 y fue sepultado en la catedral de la misma ciudad el 4 de diciembre siguiente. Como científico, merece el dictado de sabio que la posteridad colombiana ha aplicado a Caldas; como periodista y literato, sus méritos son indiscutibles; como estadista y colaborador inmediato de Bolívar en Angostura, merece la gratitud de venezolanos y colombianos; como diplomático y financista, sirva de juicio sobre sus méritos lo que escribió al respecto don Felipe Pérez: "Dada su imaginación brillante, la altísima idea que tenía del poder y riquezas de Colombia, su ardentía por la consolidación de la República, y sobre todo la ruina completa de nuestro crédito fiscal, las operaciones de Zea tienen bastante

defensa; y por lo tanto no deben juzgarse solo a la luz de la aritmética, cincuenta años después de verificadas (hoy van para 150 años), sino a la luz de los momentos críticos en que tuvieron lugar; esto es, antes de Carabobo, y casi antes de la instalación del gran Congreso del Rosario de Cúcuta, y por lo mismo cuando Colombia no era aún una fórmula del derecho, sino un simple problema por resolver, contrarrestando el poder militar de la España desembarazada de las legiones napoleónicas. Zea jugaba el todo por el todo; y, compañero de Bolívar en genio y atrevimiento, no era hombre de reparar en los medios, ni tenía carácter apropiado para empequeñecer los asuntos puestos a su cargo".

CORPORACION DE LA INDUSTRIA AERONAUTICA COLOMBIANA S. A.



REPARACION
Y
MANTENIMIENTO
DE
AERONAVES

IMPORTACIONES DE
TODA ESPECIE DE
REPUESTOS DE
AVIACION POR EL
SISTEMA "IN-BOND"

TALLERES:

BASE AEREA DE MADRID (Cund.), PARA ELECTRICOS, INSTRUMENTOS,
HELICES, HIDRAULICOS, RADIO, MOTORES Y COMPONENTES.

GERENCIA:

COMANDO DE LA FUERZA AEREA

Oficina No. 402 — Centro Administrativo Nacional — Teléfonos: 44-34-54 y 44-39-01

CIAC., Una Empresa de servicio Oportuno y Eficaz para la Aviación.

JOSE PRUDENCIO PADILLA

Por el Capitán de Corbeta
ENRIQUE ROMAN BAZURTO

Riohacha, con su proa al mar y atracada al rio Ranchería; con su calor sofocante que quiere fundir los cuerpos y su olor a pescado y a mariscos; con el sudor honrado de sus cayuqueros y estibadores y la arena que se mete en los ojos por la brisa marina del norte, cuando sopla parejo. Allí, en el seno de un hogar humilde y pobre, nació en el año de 1.778 un niño moreno llamado José Prudencio Padilla que, con el tiempo, llegaría a ser nuestro máximo Almirante y Héroe Naval.

El ancho mar al frente, el cielo brillante casi todo el año, el crujido de jarcias, las acres voces marineras capaces de espantar alcatraces, los hombres rudos de los buques a vela, con sus rostros cubiertos de sal, hicieron de él un joven bien bragado que a los 14 años ya servía como mozo de cámara en uno de los navíos de la Marina

Real Española. Como grumete de Su Majestad el Rey de España, asistió el 21 de Octubre de 1.805 a la histórica batalla naval de Trafalgar entre las escuadras de España y Francia aliadas, contra la Inglesa del Almirante Nelson. Con la derrota de los aliados fué hecho prisionero en Inglaterra y encerrado en un pontón durante 3 años. Al firmar la paz entre los beligerantes, en 1.808, regresó a España y, por sus méritos en el mar, los Españoles lo enviaron al Nuevo Reino como contra-maestre del Arsenal de Cartagena de Indias.

El 11 de Noviembre de 1.811 la primera plaza fuerte de América, Cartagena de Indias, decide declarar su independencia de España y, Padilla el Contra-maestre a la cabeza de sus vecinos del barrio Getsemaní, ofrece todo su apoyo al Presidente del nuevo Es-

tado Soberano, Don Manuel Rodriguez Torices. Este le encomienda misiones de patrullaje en la bahía y sus alrededores, las que cumple a bordo del pailebote "Ejecutivo". Más tarde, bajo las órdenes del Teniente de Navío Rafael Tono, participa en la campaña del río Magdalena que culmina con la destrucción de las naves enemigas, cuya base de aprovisionamiento era Santa Marta.

El río era muy estrecho para el hombre que ya estaba habituado al horizonte ilimitado del mar; se destinó entonces a la escuadrilla de mar republicana y fué cuando empezaron a grabarse en su mente nombres de gaviotas de guerra: el bergantín "Independiente", las goletas "Constitución" y "Valerosa Momposina", el falucho "Fogoso", las lanchas "Bombarda", "Concepción" y "Nicomina" que con velas llenas de viento participaron en algunas escaramuzas. En 1.814 tuvo su primera acción naval en Tolú, al vencer y apresarse la fragata realista "Neptuno" que, procedente de Cadiz, se dirigía a Panamá con 300 hombres, 2.000 fusiles, dotaciones y vestuarios para las guarniciones del Istmo y, a bordo, el Mariscal de Campo Don Alejandro Horé, nuevo Gobernador de Panamá; por este hecho fué ascendido a Alférez de Fragata.

El 23 de Julio de 1.815 llegó Morillo a Santa Marta; con él vino la Época del Terror. Desembarazada la Península de las huestes napoleónicas, ¿quién mejor para hacer sentir la furia de España en las colonias revueltas que el Pacificador?. Entró posteriormente a

Cartagena con 4.500 hombres de los regimientos "Victoria", "León", "Húsares", "Fernando VII", la Cuarta Brigada de Artillería con sus 48 piezas; 3.200 infantes venezolanos; 22 barcos de guerra con sus 394 bocas de fuego y 34 barcos transportes, todos con 2.000 hombres. Pero Cartagena, la Heroica, no se entregó así no más. Primero fué menester que de las murallas saliera la pestilencia de la cadaverina de sus valientes defensores, quienes hasta el último momento se alimentaron de caballos y ratas. Fué imposible más resistencia; había que iniciar el éxodo abriéndose paso a través de las líneas enemigas. Se dejaron atrás 6.000 cadáveres y otros tantos valientes que más parecían esqueletos de una danza macabra. El 6 de Diciembre comenzó el tétrico desfile. A bordo de la escuadra patriota se embarcaron 2.000 sobrevivientes y, Padilla, al mando de la goleta "Presidente" fué de los primeros en romper las líneas enemigas; logró pasar por Bocachica entre los fuegos cruzados de las baterías españolas y continuó por varios días la lucha contra el hambre y la mar embravecida por los vientos reinantes de la época, hasta llegar al destino salvador en Jamaica. Pasó luego a Haití donde Bolívar estaba organizando la expedición para libentar a Venezuela, apoyado por Alejandro Peñón y el armador y marino curazoleño Luis Brión.

Zarpó pues, a bordo de la flotilla expedicionaria, del puerto de Aquín el 20 de Marzo de 1.816, hacia costas venezolanas y su Comandante en Jefe,

Bolívar, ordenó hacer un viraje hacia la Isla de Margarita para auxiliar a su heroico defensor Juan Bautista Arismendi. En la travesía se avistaron dos buques españoles: el "Intrépido" y la goleta "Rita"; los patriotas, entonces, enarbolaron el pabellón tricolor y se adelantaron con dos cañonazos por babor, los que destruyeron al "Intrépido" y causaron la muerte a su Comandante y cuatro de sus tripulantes.

Después de levantar el bloqueo de la Isla Margarita zarpó de nuevo la flotilla con destino a Carúpano.

Ascendido Padilla a Capitán de Fragata y al mando de fuerzas sutiles hizo incursiones sobre Cumaná; participó posteriormente en la campaña del Orinoco, a órdenes del Almirante Brión, en 1.817, cuando este entró al río con 8 buques mayores y 5 flecheras para reforzar la escuadra que asediaba a Angostura. De allí sacó, en 1.818, una impresionante cicatriz en la cara causada por tremendo sablazo, enemigo, que le cruzó la frente y la mejilla y le dejó apagado el ojo izquierdo "aunque con el miraba mejor que con el alentado".

Durante la campaña de Casanare en 1.819, fué ascendido por el Libertador a Capitán de Navío. Quiere esto decir que hasta ahora ha cumplido con los requisitos de valor y pericia marinera para justificar plenamente sus ascensos en la escuela de la guerra.

En 1.820, incorporado a la escuadra de Brión, recuperó para los patriotas a Riohacha y con el General Mariano Montilla venció a Vicente Sanchez Lima en Laguna Salada; en combinación

con el General José María Carreño fué vencedor en Pueblo Viejo, la ciénaga de Santa Marta y algunos otros combates. En el mismo año de 1.820, con 650 hombres, se unió a Brión sobre Santa Marta y ocupó el bajo Magdalena tomando al abordaje el único buque que se había escapado de Tenerife.

Posteriormente Padilla reanudó hostilidades para recuperar a Cartagena. En combinación con las fuerzas del Coronel Lara, batió en Lorica al Capitán realista Juan Cándamo en abril de 1.821, causándole numerosas bajas. Salió por el río Sinú al mar y tras arriesgada travesía por los bajos de la costa, apareció frente a la bahía de Cartagena. Por allí salió a bordo del "Presidente" cuando lo obligaron las fuerzas del Pacificador. Este recuerdo le pone de un morado pálido la cicatriz y le hace relampaguear el ojo bueno. Ahora tiene a su mando 33 buques pequeños de guerra y 10 transportes. El 14 de mayo estableció su cuartel general en Cospique y cortó las comunicaciones que tenían los españoles en Bocachica.

En la noche de San Juan, el 24 de Junio de 1.821, la flotilla realista estaba fondeada en la bahía de las Animas. Padilla entró cauteloso con sus buques pero fué sorprendido; con la celeridad del rayo destruyó al buque insignia español "Andaluz" y, tras el abordaje a las 10 unidades realistas que allí se encontraban, perecieron 200 españoles al filo de las armas blancas de los republicanos, quedando así Cartagena en poder de los patrio-

tas. Por esta decisiva actuación fué ascendido a General de Brigada y se confirmó en la dirección naval que ocupaba desde Cospique, cuando reemplazó al Almirante Brión.

Morales, "El Supremo", soñaba entretanto con restablecer el dominio español que se escapaba a pasos de gigante. Por esto ocupó a Maracaibo, tomó el Castillo de San Carlos a la entrada del lago y lanzó su decreto de guerra a muerte. En tal virtud, el General Santander, Vicepresidente encargado, tomó las medidas necesarias para la recuperación de Maracaibo y autorizó al General Mariano Montilla iniciar la campaña. Este ordenó a Padilla, el 15 de Enero de 1.823, el alistamiento de la escuadra a su mando. Ultimados los aprestos, la Armada Colombiana levó anclas, el viento hinchó los velámenes, silvaron las relingas y las escotas apenas si aguantaron los pujámenes; tanta era la fuerza que quería llevarse al combate.

El 8 de Mayo de 1.823 Padilla decidió forzar la barra para obligar a las fuerzas del Almirante español Latorde a combatir dentro del lago. El 21 de Julio la batalla era inminente y comprendiéndolo así el Almirante Colombiano, después de pasar revista a sus buques y a sus hombres, les dirigió su famosa proclama que termina: "Colombianos! morir o ser libres". En la mañana del 24 de Julio de 1.823, las dos escuadras que intervinieron en la batalla tenían la siguiente composición: Armada Real con 14 buques mayores, 15 menores y 12 embarcaciones de fuerzas sutiles; la Armada Colom-

biana con 3 bergantines 7 corbetas y 12 embarcaciones de fuerzas sutiles.

Terminada la sangrienta batalla la tragedia fué tremenda para la escuadra española: huyeron 3 goletas; capturaron los patriotas a los bergantines "San Carlos" y "General Riego" y las goletas "Mariana", "Liberal", "Guai-reña", "María", "Estrella", "María Habanera" "Cora" nombres de mujeres distantes que lloraron la derrota con sus velas al paio; 433 bajas, 68 Oficiales y 369 tripulantes prisioneros. Una pérdida irreparable de naves, de poderío, de colonias, de siglos de dominio, que consolidaron la libertad de la Gran Colombia.

"El valor, el arrojo y las acertadas disposiciones del General Padilla -dice el Dr. Restrepo- en aquel día fueron admirables y le dan un lugar distinguido en las brillantes páginas de la historia de la guerra de Independencia".

Finalizada la campaña de Independencia con el triunfo obtenido en el campo de Ayacucho el 9 de Diciembre de 1.824, entró el naciente país en una lucha política llena de odios e intrigas, como presagio del patíbulo que más tarde habría de levantarse cruel, para tronchar la vida de un héroe lleno de merecimientos.

Los días posteriores a las magnas acciones militares que nos dieron la libertad, son para el Almirante como un caldero de brujas con estos ingredientes: la envidia del General Manrique por el decreto de honores a Padilla y a sus hombres; los celos del General Montilla porque su Zamba

Jorocho, la Antillana, se fué con el Almirante; otra flor del jardín de Eros, Juanita Romero, se convirtió en piedra de escándalo y, lo peor de todo, las rencillas políticas del momento, la calumnia y la intriga acabaron de entrar en el aquelarre.

Al fin, a la fuerza, hacen terminar a Padilla como conspirador en la noche septembrina. A los cinco días de iniciada la investigación, el 1º de Octubre de 1.828, y sin haber tomado las declaraciones más indispensables, se dictó la sentencia. Dice el historiador Enrique Otero D' Costa: "fiera, tuerta, implacable, sentencia que arderá ab-eterno como un hierro, sobre la frente de quienes la dictaron y sobre la memoria de quienes, pudiendo evitarlo, miraron impassiblemente su consumación".

Al día siguiente, jueves 2 de Octubre, se cumplió en Bogotá la cruel e infame sentencia. Del cuartel de Artillería se dirigió hacia la plaza el funebre cortejo y se oyeron los tristes lamentos de las campanas de los templos vecinos. Entre las lúgubres hileras formadas por la cofradía de los hermanos de la Veracruz venía el hombre: moreno, de constitución atlética, con cuello de toro, largas patillas, pelo corto y la cicatriz en la cara que ostentaba con orgullo como su mejor condecoración al valor. Su andar era cadencioso después de tanto tiempo de esquivar el roldo y cabeceo de sus buques en el mar. Miró con desprecio y altivez a la gente agolpada en las calles. Su serenidad y arrogancia se agrandaban con el uniforme de General

de División que llevaba orgulloso. En este momento, el Almirante más grande de Colombia sabía que navegaba hacia el último puerto y que la recalcada de su muerte era injusta y extraña. A duras penas atendía las exhortaciones del religioso que lo acompañaba con el crucifijo de los agonizantes. Con Padilla iba el General Guerra con la mirada fija en la cruz que llevaba en sus manos. Padilla iba altivo, por sus venas corría todavía sangre de guerrero y no desmintió, a pesar del momento, su carácter.

Entró el funebre cortejo a la plaza y lo saludó el estridente redoble de tambores que contrastó con el lúgubre tañido de las campanas de la Catedral. Ya frente al banquillo despojaron a Guerra de insignias y condecoraciones. Cuando el Sargento encargado quiso hacer lo mismo con Padilla, este le gritó con ira: "Esas no me las dió Bolívar, sino la República". Padilla no permitió que lo vendaran mientras lo ataban al infamante poste, él siempre había visto la muerte de frente y no le temía. Segundos antes de la descarga fatal exclamó con voz de trueno que resonó en los ámbitos de la plaza:

"Viva la República! Viva la Libertad!"

Así es; pero este acto Oficial, tronchó la vida al héroe de valor legendario que en magna epopeya nos dió el mar de la libertad.

Años más tarde el Sr. Don José Ignacio de Marquez, Presidente del Cuerpo Legislativo de la Nación, rehabilitó la memoria de Padilla con de-

creto firmado en Bogotá el 9 de Noviembre de 1.831.

El Congreso de los Estados Unidos de Colombia, instalado en Bogotá en 1.831, restauró la gloria del héroe con Ley firmada por el Presidente Nuñez el 30 de Junio de 1.831. La historia por fin hizo brillar la verdad de los hechos gloriosos de nuestro gran Almirante, para ejemplo de los hombres

que confiamos en un mar "grande, respetado y libre".

Bibliografía y consultas.

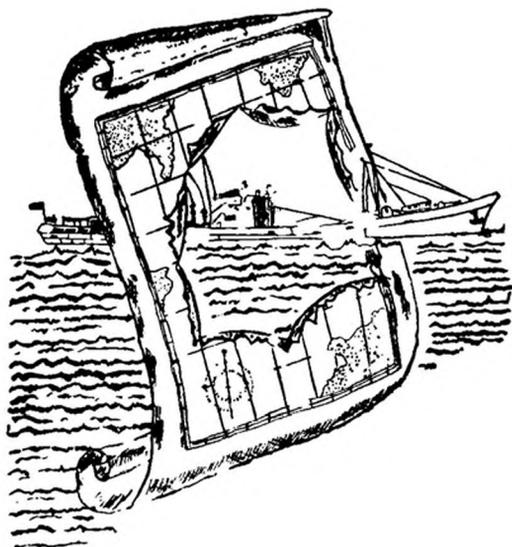
- 1.—José Padilla — Victor Manuel Lopez — Editorial Renacimiento. Manizalez 1.960.
- 2.—Apuntes para la historia de la A. R.C. — CCCE. Rafael H. Grau Araujo. E.S.G. 1.968.



ARMADA NACIONAL

DIRECCION DE MARINA MERCANTE

DEPARTAMENTO DE LITORALES

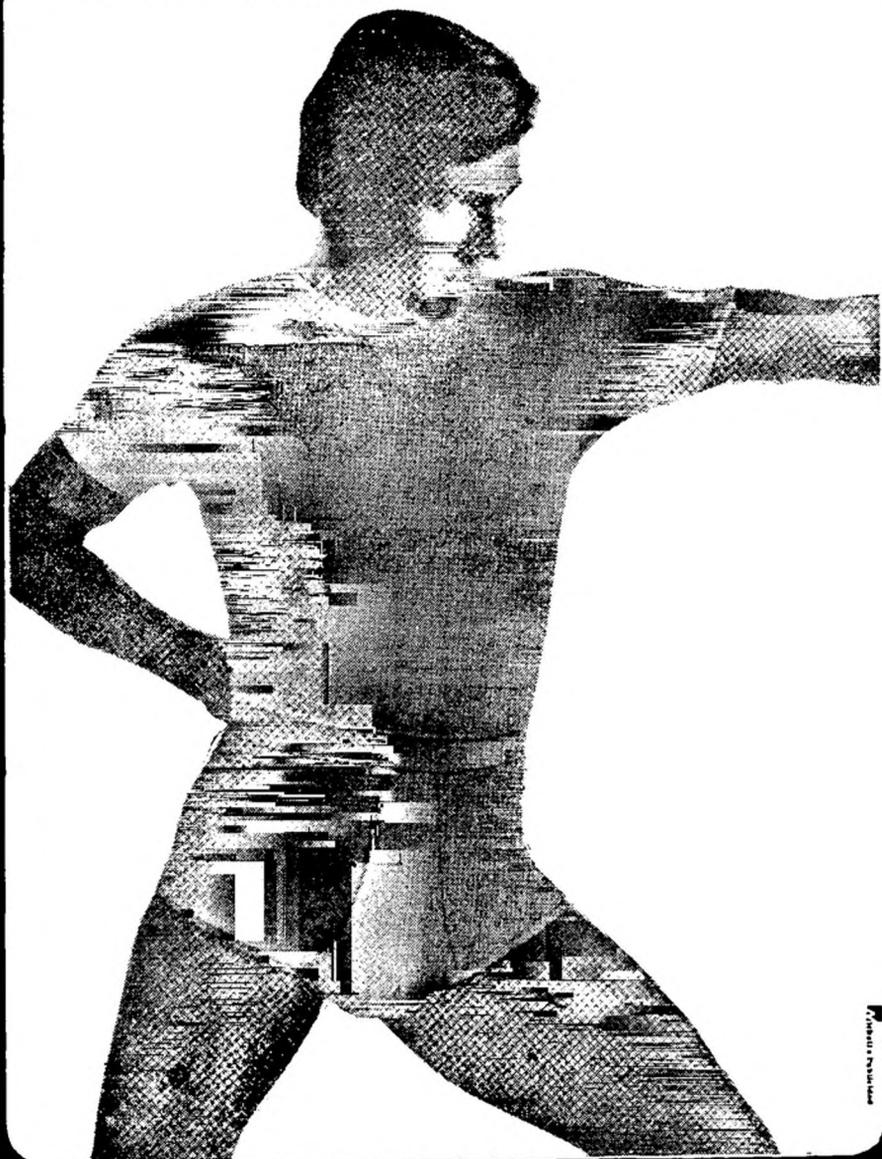


ESTA DESARROLLANDO:

- 1o.—ACTIVIDAD PARA LOGRAR ADECUADA Y EXACTA SEÑALIZACION MARITIMA.
- 2o.—APROPIADAS CARTAS DE NAVEGACION DE LAS COSTAS COLOMBIANAS.
- 3o.—INFORMACION PARA SEGURIDAD EN LA NAVEGACION.
- 4o.—COORDINACION DEL ESFUERZO DE LAS DIFERENTES ORGANIZACIONES EN LA EXPLORACION E INVESTIGACION DE LOS RECURSOS NATURALES DEL MAR TERRITORIAL Y LA PLATAFORMA CONTINENTAL.

A CADA QUIEN LO SUYO.... PARA EL HOMBRE CALZONCILLOS Y CAMISETAS

LANITEX!



LANITEX

LANITEX

LANITEX un fino producto de *La Garantía* SU SOLO NOMBRE LO DICE TODO

**SEXAGESIMO
ANIVERSARIO**

**1.909
1.969**



**ESCUELA SUPERIOR
DE GUERRA**

LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

Palabras pronunciadas por el señor General (R) Julio Londoño con motivo del Sexagésimo Aniversario de la Fundación de este Instituto.

Quienes hemos seguido con justo regocijo la revolución material de la Escuela Superior de Guerra desde su instalación hace ya sesenta años en este edificio que soporta dignamente el adelanto avasallador de la ciudad, hasta el cómodo sitio en que hoy cumple su labor, lo tomamos en poco cuando lo comparamos con el vasto progreso realizado en los campos de la inteligencia y del espíritu.

Y es precisamente a este cambio al que quiero referirme en forma breve porque lo considero como un caso ejemplar entre el conjunto de las instituciones nacionales.

Durante doce lustros han pasado por la Dirección de la Escuela, Oficiales que han puesto la vida entera a su servicio y cada uno de ellos ha dejado, a quien le ha sucedido, lo que creía más adaptado a las circunstancias del momento. Muchas veces quizás, el adelanto fue precario pero siempre fueron dilatadas las esperanzas.

En esta forma hemos asistido a la transformación más noble, a la evolución más digna y a la transición más equilibrada que pueda presenciarse. Comenzaron los trabajos a principios del siglo cuando la meta de los ejércitos tenía que ser lo heroico. Flotaba en el aire la fascinación de los grandes caudillos que parecían escogidos por el destino para cumplir designios imperecederos. Gesta y laureles nos llevaban de la mano.

Tardíamente, y cuando los países de Europa se destrozaban en una contienda que hizo estremecer el mundo, nos dimos cuenta de que no bastaba una personalidad intrépida para obligar al éxito a colocarse de nuestro lado, sino que era imperioso, además, aplicar una serie de métodos, una sucesión de normas casi invisibles como los hilos de una red que hábilmente manejada aprisionara el triunfo. Eran ellos los que habían realizado —desde Bonaparte hasta César— las victorias que

con resplandores rojizos iluminaron de trecho en trecho, por un segundo, el camino inseguro de la historia.

La búsqueda tenaz de esas prodigiosas nervaduras que aseguraban la ventaja, constituyó en todas las escuelas de guerra disciplina fundamental. Con habilidad cuidadosa se desmontaban los grandes acontecimientos guerreros. Los hechos sobresalientes se hurgaban impacientemente en busca de los secretos resortes que habían creado el prodigio. Toda victoria se disecaba para intentar descubrir la fibra mágica, y con ejercicios y maniobras se trataba —afán quimérico— de colocarla infinitamente cerca de la realidad.

A pesar de su aparente inmutabilidad los principios no daban la respuesta deseada. La experiencia mostró que aunque su olvido aproximaba a la derrota su cumplimiento no aseguraba la victoria. Existía un "algo" indispensable para que esos preceptos adquirieran vida cuando dejaban el terreno de la teoría para enfrentarse a la porfiada realidad. Era el momento en que un nuevo cambio en la Escuela Superior de Guerra debería sucederse.

La respuesta a ese "algo" que parecía tocar, por así decirlo, la naturaleza misma del secreto tan largamente perseguido, pareció darlo la técnica. Prodigiosos inventos de destrucción aparecieron sin cesar. Los principios antes hallados parecían naufragar en este tráfago de perfecciones materiales. El hombre —siempre como común denominador de todas las doctrinas militares— contaba en cuanto era experto en el manejo de los nuevos elementos

ayudado por su audacia y su coraje. Al mismo tiempo que el valor contra el valor estaba la máquina contra la máquina. Pero de nada valía tanta maravilla si la cohesión de todas las partes no era perfecta, si no resucitaba la irrompible firmeza de la centuria romana. Era forzoso evitar las hendiduras por pequeñas que fuesen, a través de las cuales insensible y traídoramente se filtraba el desastre. Mientras esa adherencia persistiera el hombre no podía retirarse, se vería arrastrado por una especie de poder magnético que atraía hacia un éxito esa masa indivisa y cada uno sentiría su corazón más seguro como si energías extrañas vinieran en su ayuda. Fue entonces cuando la Escuela reunió en su seno las ramas de las diversas fuerzas armadas y todas las mentes quedaron unidas por una sola idea que multiplicaba nuestro reducido poder por un coeficiente inmenso.

Pero no era este el último eslabón de la interminable cadena de transformaciones. La lógica confusa de los acontecimientos hizo que muchas veces el hombre estuviera más seguro en el frente que en el interior de una fábrica o en el trabajo de su campo a centenares de millas de la línea de fuego. Eran arrasadas ciudades donde mujeres y niños morían sin piedad. En efecto, no era ahora solamente el material lo que contaba. La protección del país con sus aglomeraciones humanas, la defensa de grandes urbes de donde la gente indefensa no podía huir y donde se pensaba que se escondían las raíces de la resistencia al ren-

dimiento sin condiciones. Y esta circunstancia imponía una renovación en la Escuela. Ya el alto jefe no podía conocer únicamente lo bélico; necesitaba conocer mucho sobre el potencial del país; era preciso que estuviera al tanto de todos los recursos, no solo para defenderlos sino también para alimentar la voracidad insaciable de cualquiera emergencia. Conocimientos hasta entonces llamados civiles invadiendo el campo que antes correspondía exclusivamente a lo castrense. El postulado de Clausewitz de que la guerra era la continuación de la política por otros medios, se mostraba vacilante; la guerra parece ser ahora parte integrante de la política. La Escuela necesitaba entonces profesores que presenten los hechos económicos, los momentos sociales, las tendencias ideológicas, la complejidad industrial y otras muchas cosas que intervienen directamente en los cálculos militares. Las contiendas no son ahora el trágico entrevero de dos ejércitos que se baten sino de dos países que se aniquilan. Por tanto, los mandos actuales no solo tienen que elevar de continuo sus conocimientos militares sino estar naturalizados con campos intelectuales que antes no parecían tener nada de común con su carrera. Es por eso que al iniciarse un curso los alumnos comienzan sus tareas con palabras de aliento del señor Presidente de la República. A él le siguen destacados especialistas que ocupan cátedras de singular importancia. Dentro de poco tendrán que comprometerse con el belicismo estelar de los momentos actuales o con el rastreo del

fondo de los mares en donde las potencias de hoy creen poder establecer centros de destrucción más seguros y terribles. Vendrán así rumbos a cuyo lado continuarán los estudios fecundos sobre la seguridad interna que tratan de comprometer grupos exaltados, misioneros de la barbarie que con consignas sangrientas pretenden cambiar el desarrollo de nuestro continente, y cuya furia ha sido domada por las fuerzas armadas con una eficiencia que no iguala ninguno de los otros países de América.

Este amor al país, esta sucesión ininterrumpida de esfuerzos ha sido siempre la directriz de la Escuela, lo cual constituye un hecho excepcional entre nosotros. Cada uno de quienes hemos tenido el honor de guiar esta institución vemos, a veces quizás con un poco de melancolía, cómo la urgente necesidad de transformación ha tenido que poner de lado gran parte de las ideas que tanto amamos, porque todo, con mayor rapidez de lo que suponíamos, ha tomado rumbos insospechados no solo en Colombia sino en el mundo entero.

Es por eso que la Escuela en diferentes ocasiones ha tenido en su seno dignísimos oficiales extranjeros, hombres empapados de las mudanzas militares acaecidas en tierras lejanas y que solo habían llegado hasta nosotros como rumores inseguros. Ello hace que esté hoy presente entre nosotros el espíritu de Francia, de Alemania y Suiza, de Chile y los Estados Unidos. Los que tan desveladamente nos ayudaron no solo

hicieron honor a sus países sino que merecieron la gratitud del nuestro.

Cada director cumplió con su deber; cada alumno recibió de nosotros lo que teníamos que dar. Bien pagados estamos con que nuestros nombres se recuerden con respeto y gratitud. Y estoy seguro de que lo mismo habrá de pasar con los discípulos de hoy en donde están los directores de mañana.

Pero por grande que haya sido el

cambio en el progreso ininterrumpido queda como parte intacta, segura, inmutable, el amor a la patria; el respeto a sus instituciones y la seguridad incancelable de que en la portada de la Escuela Superior de Guerra ondeará en todo momento immaculada y noble la bandera de Colombia.

Julio Londoño.

Bogotá, D. E., mayo 5 de 1969



1909 - MAYO 8 - 1969

Palabras pronunciadas por el señor Brigadier General Jaime Durán Pombo, con motivo del Sexagésimo Aniversario de la Escuela Superior de Guerra.

Señor Presidente.

Señor Ministro de Defensa.

Hoy hace sesenta años inició labores esta Escuela. Para conmemorar tan importante aniversario, se descubrió una placa de bronce en el edificio colonial de la Plazuela de Ayacucho de esta ciudad, donde el Mayor del Ejército de Chile don **Pedro Charpín Rival**, dictara sus primeras lecciones. Simultáneamente, en la Academia de Guerra de la ciudad de Santiago se colocaba otra, enviada por nosotros, para rendir homenaje de gratitud a los Oficiales del Ejército y de la Armada de Chile que integraron la Misión Militar que el gobierno del General **Rafael Reyes** contratara a principios de este siglo. Nace la Escuela Superior de Guerra en las postrimerías del Quinquenio. Es el complemento lógico de la reforma militar que desde 1907 iniciara el egregio mandatario de esa época cuando funda la Escuela Militar de Cadetes y la Es-

cuela Naval en Cartagena, para que allí se formaran los jóvenes Subtenientes y aquí se capacitaran para el mando y el servicio de Estado Mayor, los Oficiales regulares que habían obtenido sus grados y presillas en los campos de combate de las guerras civiles del 95 y los Mil Días.

En mayo de 1909, cuando el Presidente **Reyes** firma el Decreto que organiza la Escuela Superior de Guerra, parece que ya había tomado la decisión de abandonar el mando y el país, como en efecto lo hizo ausentándose de Bogotá en los primeros días de junio y embarcándose para Europa a mediados de ese mismo mes. Muchas de las obras realizadas por **Reyes** fueron, sin ninguna duda, de gran beneficio para el país. Sin embargo, no faltaron argumentos a quienes después de su partida quisieron acabar con algunas de ellas. Alguien propuso que se levantaran los rieles del ferrocarril de Girardot y que por falta de recursos se clausuraran

las escuelas militares, como en efecto aconteció con la Naval de Cartagena.

La Escuela de Guerra es el crisol donde se funde la reforma militar de **Reyes**. Sus primeros alumnos, casi todos, Oficiales Superiores aceptan voluntariamente renunciar a sus grados para recibir las órdenes y las enseñanzas de los mayores chilenos. Cuando estos veteranos de la guerra civil egresan de este Instituto, son destinados a las distintas dependencias del Estado Mayor General y al Comando de algunos regimientos. Así, los propósitos de apartar a la Institución Armada de las contiendas políticas y de crear un ejército profesional va abriéndose camino; diferente habría sido si se hubiese dejado esa iniciativa únicamente a los jóvenes oficiales subalternos que egresaban de la Escuela de Cadetes, los cuales solamente tres o cuatro lustros más tarde habrían llegado a posiciones directivas de la Institución. Comprendieron, exactamente los antiguos combatientes la necesidad y los propósitos de la reforma militar y facilitaron con su conducta y con su ejemplo que ella se pudiese desarrollar con más celeridad. Los entonces coroneles **Francisco Javier Vergara y Velasco** primer Sub-Director colombiano de la Escuela, **Eliécer Gómez Mayoral**, encargado por algunos meses de la Dirección y **Alejandro Posada Espina**, primer Director titular de ella, adelantaron como alumnos los cursos correspondientes y asumieron los cargos directivos que les asignaron. Estos tres Oficiales, alumnos fundadores de la Escuela y sus primeros directivos colombianos merecen re-

cordarse porque sirvieron bien a la patria y propendieron por el adelanto de la Institución. Sin embargo, la reforma militar no se impone ni arraiga fácilmente. Hay intereses contrarios a ella; personas, tanto dentro como fuera del Ejército, que todavía en esa época creen que la última palabra en asuntos militares la tienen quienes estuvieron en Palonegro.

Fue entonces, desde cuando se fundó esta Escuela que un ameno y bien informado escritor se dedicó a llevar a sus conciudadanos, en castizas y por lo tanto sencillas y elegantes frases, los conceptos por los cuales es necesario realizar y defender la reforma militar del General **Reyes**. Hay unos cuantos que no la miran bien, no la entienden, ni la quieren comprender; pero ahí esta la pluma de don **Tomás Rueda Vargas**, para explicar su patriótico alcance y profundo significado, que sí es captado y va formando conciencia en las filas militares. El señor Presidente **Santos**, el maestro **Caballero Calderón**, don **Enrique Santos Montejo** y don **Luis Cano**, entre otros, han presentado estudios biográficos y han prolongado la recopilación de los escritos de don **Tomás**. Ello me exige en beneficio de las personas que me conceden el honor de escucharme dada la posición cultural e intelectual de estos escritores de ocuparse en tales comentarios.

Los escritores y periodistas, generalmente, cuando se ocupan de los asuntos militares se refieren a los hechos sociales, las promociones, condecoraciones, acciones de alguna importancia

y a veces censuran conductas y procedimientos que consideran inconvenientes, pero ninguno ha llegado en mi opinión, con una o dos excepciones nada más, a conocer el alma de la Institución Militar, la conciencia y el sentir de quienes servimos bajo banderas como don **Tomás Rueda Vargas**. Esa es una de las características de este escritor y quizás la más notable: Cuando nos narra en sus apuntes históricos, en los días de la Patria Boba, la expedición militar de don **Justo Benito de Castro** a Charalá, nos parece que hubiese tomado parte en ese curioso paseo militar. Al referirse, ya en la época del Terror, a Policarpa Salavarrieta, encontramos que don **Tomás**, debió ser íntimo amigo y confidente de Alejo Sabaraín. En los cuadros que con fino pincel y colores apropiados pinta de la Sabana de Bogotá y de sus habitantes, tenemos por fuerza que preguntarnos ¿dónde y cuándo aprendió don **Tomás** a pensar y sentir como los orejones de Tabío, Tenjo o Cota? Igualmente sucede con los asuntos militares que trata. Conoce la organización castrense, distingue los grados y distintivos militares —problema que para muchos es de gran complejidad— y describe las maniobras militares con apreciaciones tácticas y técnicas, exactas y precisas.

Por todo ello, la Escuela Superior de Guerra, ha querido rendir un homenaje a “nuestro compañero de armas” como él mismo se denominara. Al efecto ha reeditado la obra “El Ejército Nacional”, que recopilara doña **Susana Rueda de Pardo** y publicara la Librería Colombiana en 1944, poco después

del fallecimiento de don **Tomás**. El título de la publicación parece que estuviese destinado únicamente al Ejército. En realidad no es así, podría denominarse “Fuerzas Militares”; hay que tener en cuenta que cuando los artículos fueron escritos apenas si existía la Marina, y la Aviación estaba en embrión. De las filas del Ejército salieron los oficiales que organizaron la Armada Nacional y la Fuerza Aérea Colombiana. Esa obra “El Ejército Nacional” se agotó y sería mejor decir que desapareció. La edición que hoy, con motivo del Sexagésimo Aniversario de la Escuela, entregamos a la circulación está cordialmente destinada —y nos parece que así lo habría deseado su autor— a la oficialidad joven de las Fuerzas Militares. En sus páginas encontrarán, además de los comentarios sobre el desarrollo de la reforma militar del Presidente **Reyes**, el espíritu de lo que debe siempre significar para Colombia unas Fuerzas Militares de alta preparación técnica y física, de acrisolada moral y sometidas —sin ninguna vacilación— a la constitución y leyes de la República.

Ha sido nuestro propósito, y para ello hemos contado con el apoyo de los comandantes de las tres fuerzas, dar una organización técnica y moderna a la antigua Biblioteca de la Escuela. Desde hoy, en que la damos nuevamente al servicio, se denominará Biblioteca “**Tomás Rueda Vargas**”, para recordar a ese soldado que sin presillas y sin sable, como anteriormente he dicho, estuvo siempre combatiendo en primera línea, con las armas de su inteligencia,

su patriotismo y su pluma por el perfeccionamiento de las Fuerzas Militares de Colombia.

Quiero agradecer a la familia **Rueda Caro**, las facilidades que han dado al Instituto para editar la obra de su ilustre padre; han sido demasiado generosos con nosotros y han enviado con destino a nuestra biblioteca un magnífico retrato del insigne escritor sabanero. Sepan doña **Susana Rueda de Pardo** y sus hermanos que la efigie de don **Tomás** será aquí guardada con el mismo cariño, profundo aprecio y singular respeto con que estuvo en la casa solariega de Santa Ana.

Ha querido la Asociación Colombiana de Oficiales en uso de retiro unirse a esta conmemoración y ha plasmado ese deseo en la tarjeta de plata que acaban de entregarme. Al dar nuestros agradecimientos, no puedo menos de recordar a usted, señor Almirante **Baquero** y a sus compañeros la época en que estuvieron en servicio activo y fueron alumnos de esta Escuela; a ella están vinculados por los caros sentimientos de compañerismo y de amor a la Institución Armada.

Se inició esta ceremonia con la colocación de una placa que el Ejército de Chile ha querido situar en el edificio principal de esta Escuela. Al enviar nuestros agradecimientos al señor General don **Sergio Castillo**, Comandante del Ejército chileno, quiero manifestarle al Excelentísimo señor **Javier Lira Merino**, Embajador del país hermano, que el bronce que hoy ha dejado en nuestra portada estrechan más los lazos de verdadera amistad que unen a nuestros países y a nuestras Fuerzas Militares.

A continuación, haremos entrega del Libro de don **Tomás Rueda Vargas**, y del álbum conmemorativo que hemos preparado para esta fecha. Sencilla ha sido esta ceremonia, dignificada con la participación del señor Presidente de la República, los señores Ministros del Despacho, Embajadores y las altas autoridades militares y civiles que así se han incorporado una vez más a las tareas de esta Escuela que deseamos siga progresando como hasta ahora, a Dios gracias, se ha logrado.



GUIA DE ANUNCIADORES

Corredor Pardo y Roza (Contraportada anterior).
Industria Militar (Contraportada posterior).

	Pág.
Remington Rand de Colombia	170
Tejidos Leticia	176
Cuéllar, Serrano, Gómez y Cía. Ltda.	177
Banco de la República	180
Compañía Colombiana de Tabaco	190
Productos La Rosa	195
Indulana	196
Gaseosa Colombiana, S. A.	208
Texas Petroleum Company	218
Britilana Benrey Ltda.	227
Fondo Rotatorio del Ejército	228
Caja de Vivienda Militar	241
Confecciones Wembley	242
Club Militar	253
Disquímica Ltda.	254
Calle Londoño y Cía. Ltda.	265
Casa Belga	266
Banco Cafetero	278
Instituto de Fomento Industrial	283
Chaid Neme y Hermanos Ltda.	284
Hotel Tequendama	303
Aga Fano	304
Fleischmann de Col. Inc.	312
Departamento de Litorales de la Armada	321
Industria Militar Aeronáutica	322
La Garantía A. Dishington	332
Fondo Rotatorio de la Armada	344

FONDO ROTATORIO ARMADA NACIONAL

